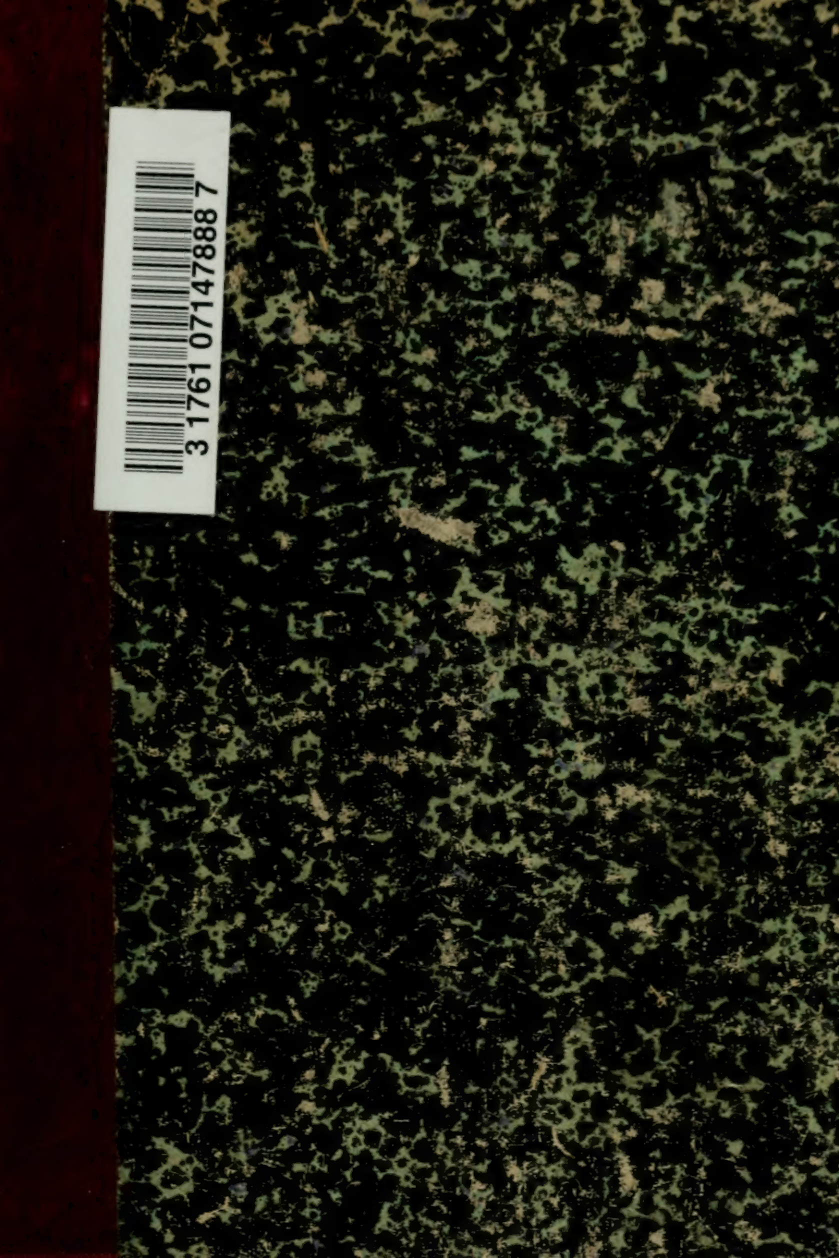

3 1761 07147888 7



LA MUJER GADITANA

LA
MUJER GADITANA

APUNTES DE ECONOMÍA SOCIAL

OBRA PÓSTUMA

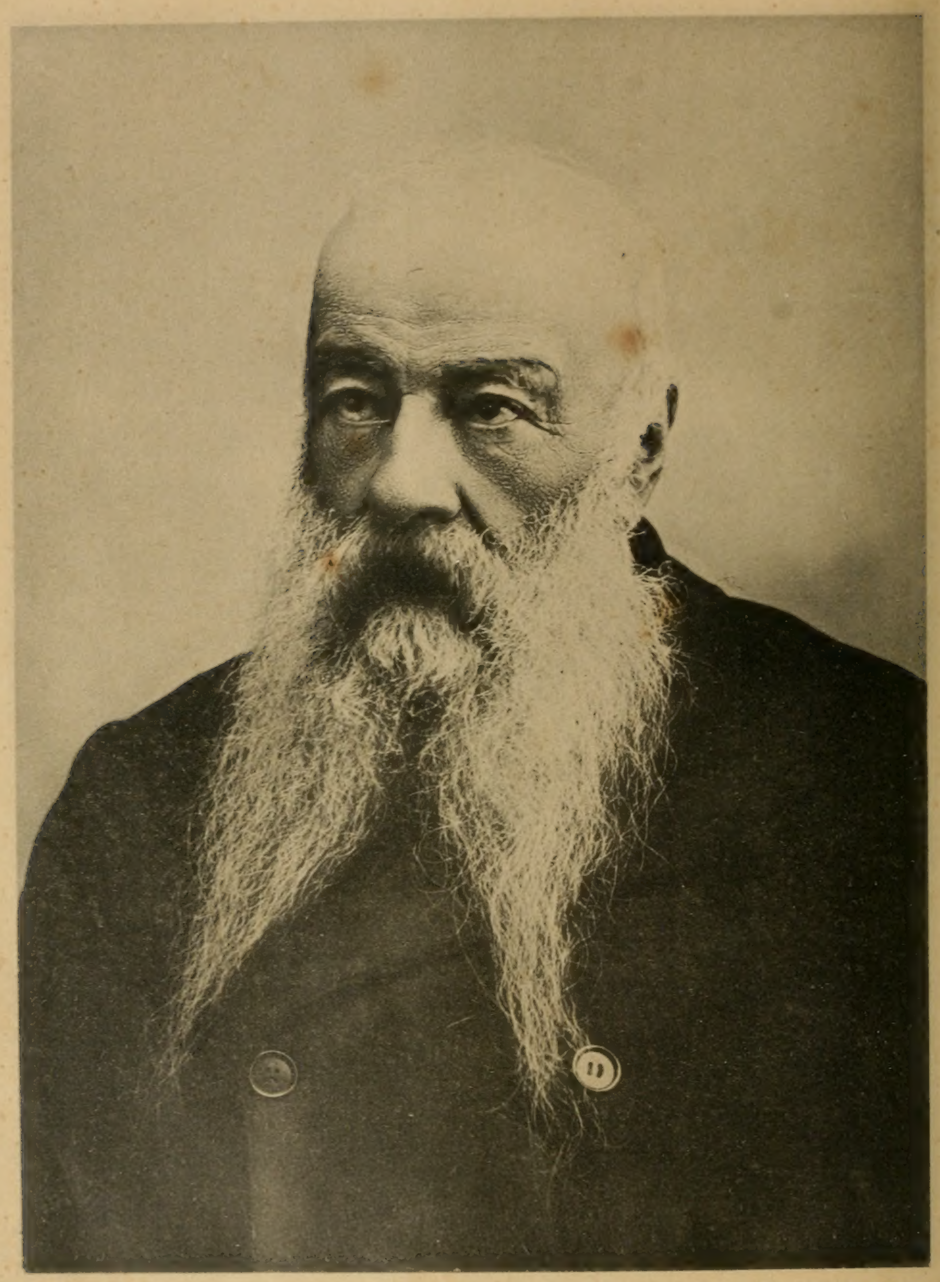
DE

D. FEDERICO RUBIO Y GALÍ
EL DOCTOR RUDERICO

CON EL RETRATO DEL AUTOR

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, 9.—Teléf. 3.020.
1902


LIBRARY
AUG 26 1966
UNIVERSITY OF TORONTO



CLICHÉ VALENTIN

FOTOTIPIA DE HAUSER Y MENET, MADRID

FEDERICO RUBIO Y GALÍ

Á

FEDEFICO RUBIO Y GALÍ

IN MEMORIAM

LA ENCINA SECULAR

Yo te saldo, secular encina,
rey d la selva ingente y misteriosa;
parec que mi espiritu reposa
cuano a tu excelsa majestad se inclina.

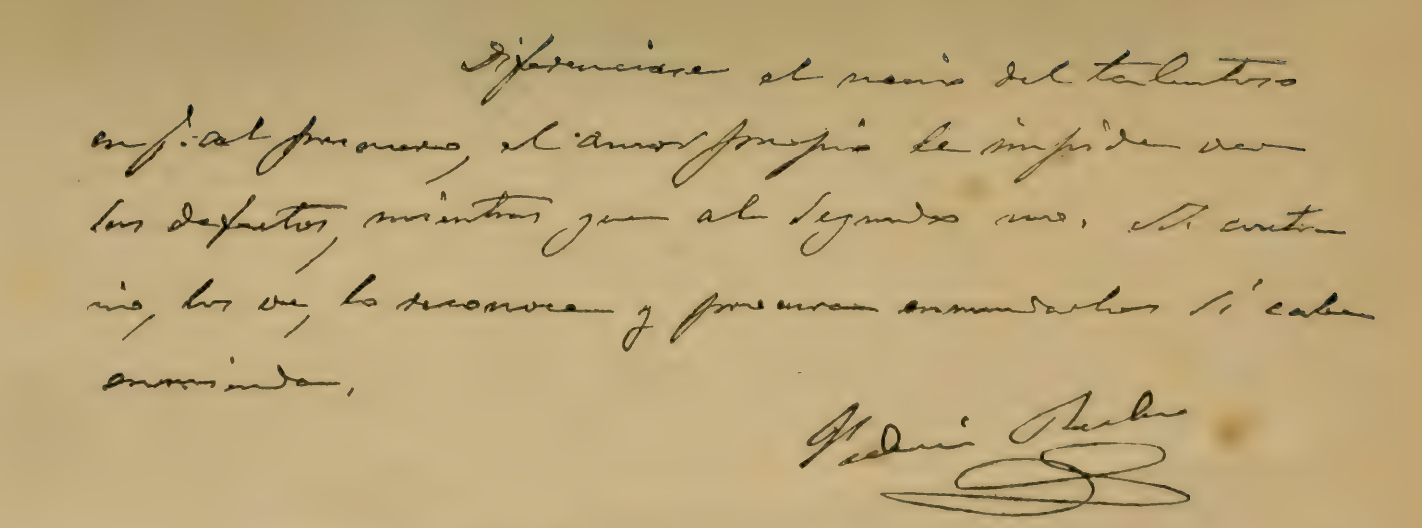
Tu profnda raiz el suelo mina,
yerues el tronco á altura prodigiosa;
y tramaje, cabellera undosa,
álzse al cielo y su extensión domina.

Sombı y flores y frutos y frescura
dε á las aves, con piedad materna,
eel regazo fiel de tu verdura.

Es tvejez la juventud eterna
la vida inmortal, que á la natura
n sabia ley de amor rige y gobierna.

LUIS MARCO.

M'd. 31 de Agosto de 1902, á las siete y media de la mañana.



Diferenciase el necio del talentoso en que al primero, el amor propio le impide ver los defectos, mientras que al segundo no. Al contrario, los ve, los reconoce y procura enmendarlos si cabe enmienda,

Federico Rubio

AUTÓGRAFO Y FIRMA DEL AUTOR.

Las precedentes líneas están reproducidas de las cuartillas que escribió D. Federico Rubio para su obra póstuma *La mujer gaditana*, veintisiete horas antes de fallecer, y el mismo día en que cumplió 75 años de edad.

A MANERA DE PROLOGO

I

DON FEDERICO RUBIO

El epígrafe de este boceto indica que no voy á hablar del Excelentísimo Señor, ni del doctor Rubio y Galí, sino del hombre íntimo. Es una semblanza moral; no un estudio acerca del médico, del sabio, del escritor, del maestro, del sociólogo, del fundador de instituciones de alto vuelo y hondo arraigo, grandiosas como su noble patriotismo, imperecederas cual su nombre y su gloria.

Su aspecto exterior impone y á la vez atrae: veinte años há llamáronle *El Padre Eterno;* inspira respeto, admiración y cariño, todo á un tiempo. Mi ilustre amigo D. Eduardo Benot me ha dicho varias veces: «En su juventud era Rubio el mancebo más gallardo de Andalucía y resaltaba entre los de su edad adolescente. Estuve á punto de ser discípulo suyo cuando él era profesor de armas en el Colegio de San Felipe Neri.»

Únanse ambas impresiones en una sola, y queda retratado también en lo moral nuestro D. Federico: es un anciano venerable por fuera y á la par lleva

dentro un verdadero joven, de los que tienen juventud sana y robusta, de los que saben ser siempre jóvenes. Y cuenta que azares de la fortuna le obligaron casi en la niñez á ser dueño de sí mismo, jefe de su familia, habiendo de luchar con la desventura y la estrechez, después de haber conocido la dicha doméstica y el vivir holgado; condiciones aquellas que, lejos de envejecerle el ánimo prematuramente, desarrollaron los ingénitos bríos de su mocedad fogosa, la cual persiste aún hoy cuando celebramos su *Jubileo médico*.

Si, á semejanza de los guerreros medioevales, hubiera de poner D. Federico en su escudo un mote para resumir el carácter de sus hazañas, tomaríalo del idioma inglés y escribiría este lema: *Self-Help* (el que se ayuda á sí mismo). Él solo se formó su carácter, su carrera, su presente y su porvenir; á la vez que se amparaba á sí mismo, era el amparo de sus padres y hermanos. En esa escuela de la energía y del cariño se educó para las más grandes empresas del trabajo y de la abnegación. Y cuando hubo dominado á la adversidad que envolvía á su persona y á lo suyos, acordóse entonces de la adversidad que á otros rodea, sin que acaso puedan domeñarla ellos. Desde esa ya lejana época pudo borrar el *Self*, pero nunca ha borrado el *Help* en el mote de su blasón. Y sigue siendo tan joven en su senectud, «patrocinando, aliviando de dolores y enfermedades, ayudando á salir á flote, favoreciendo y protegiendo, dando asistencia, remedio, socorro, amparo y alientos». Que eso y mucho más expresan el verbo activo y neutro *to help*, el sustantivo inglés *the help*. Se ayudó y ayudó á los demás. Tales son sus gestas.

Ahí está explicado por qué es cirujano, por qué es maestro, por qué funda instituciones benéficas, docentes, científicas y literarias: todo ello arranca de

esa juventud vigorosa y perdurable que tiene este, al parecer, anciano. Su constitución moral necesita dar conforto al enfermo, al pobre, al discípulo, al principiante, al que forcejea por vencer dificultades de la vida corporal, anímica y hasta económica. Pero como D. Federico fue el artífice de su persona, exige la colaboración activa del socorrido, del enseñado, del que recibe su apoyo para remediar una dolencia física, una inopia moral, una depresión intelectiva, un desfallecimiento volitivo. D. Federico es esencialmente un educador por el bien y la verdad, tanto como para la verdad y el bien. En su vida íntima no hay más precepto que el ejemplo: semilla que prende y grana cuando cae en buen terreno y la cultiva con ahinco amoroso aquel á quien se ejemplariza sin predicarle.

De ahí que nada produzca mayor gozo á mi venerado maestro como ver subir á los demás la áspera cuesta de la vida por sus propios esfuerzos, aunque á él se le deba el primer empuje de vigor que ponga en movimiento la rueda principal del mecanismo de la voluntad de quienes al fin logran abrirse paso y ascender á costa de trabajo y de constancia.

Algunos ingratos ha criado: los olvidó para siempre, compadeciéndoles y perdonándoles. Nunca le he oído conceptos de odio, sino palabras de amor, hasta en las brusquedades de sus relampagueantes enfados. No busca la gratitud, ni se acuerda de la ingratitud. Piensa y obra lo bueno por serlo y nada más, sin atenerse á consecuencias adversas para él, con tal de que sean favorables para otros. Prevé los resultados posibles, buenos ó malos, de su afán por el bien altruista; en todo caso, persiste en seguir imperturbable siempre el camino trazado como norma de conducta por su pura conciencia. Y nada le arredró aún para dominar sus ímpetus bienhechores. No conoce el desengaño, al cabo de tres cuartos de siglo de

vivir luchando, primero para vencer él, después para que con su ayuda venzan los demás en el rudo combate de la existencia moderna. ¿No es esto una juventud lozana é inmarcesible?

Soñador le llaman algunos, pero es un evocador. Sus ideas son conjuros mágicos, y á su voz se convierten en hechos visibles y palpables el Instituto de la Moncloa, la Escuela de Enfermeras de Santa Isabel de Hungría, la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas*. Sus pensamientos toman carne en seguida y se hacen obra, sin desvanecerse en vanos propósitos ó en palabras fugaces. Reune cualidades de ánimo al parecer opuestas, porque suelen darse por separado en la generalidad de las personas ilustres. Fantasea, reflexiona, labora... y repite muchas veces seguidas esta serie de actos interiores y exteriores. ¡Imaginativo, pensador y activo! ¿Cabe más feliz y rara combinación de facultades en el hombre más superhombre? Pues añádase que es la persona que más se mueve y se conmueve por el sentimiento.

Hay que enfocar á D. Federico en esas varias posturas naturales de su alma, para trazar bien su imagen completa y viva. Luego quedan para el claroscuro y para los toques fuertes los destellos del ingenio andaluz, del luchador enérgico, del maestro genial; y hasta los chispazos del hombre bondadosísimo que á veces frunce el entrecejo y grita para hacerse creer á sí propio, que está muy enfadado con los demás. Y entonces, al minuto, acaba por acariciar á quienes gritó... los cuales le agradecen y bendicen esas cariñosas brusquedades forzadas de un corazón juvenil que late en el pecho de un gigante, como jugaría ruidoso un niño dentro de la broncínea armadura de un Aquiles.

He rehuído la tentación de hablar del sabio, diciéndome á mí mismo que en D. Federico hay tam-

bién un santo. Si al primero se le admira y respeta, al segundo se le ama y venera. La verdad es luz y refulge desde lejos; el bien es calor y se propaga por contacto inmediato ó irradiación próxima. Sus eminentes virtudes privadas y públicas merecen ser tan conocidas como lo son sus geniales aptitudes y tareas, cuya fama recorre el mundo civilizado y perdurará á través de las generaciones futuras.

(*El Imparcial*, 25 Junio 1900.)

II

SUS FUNDACIONES

En 11 de Mayo de 1880 se creó en el Hospital de la Princesa un centro docente de Cirugía general y especialidades quirúrgicas, con el título de *Instituto de Terapéutica Operatoria*, siendo nombrado Director del mismo D. Federico Rubio. En 16 de Junio de 1895, á los postres del banquete anual en celebración del fin de curso, emitióse el pensamiento de construir un Instituto autónomo, poniéndose por S. M. la Reina la primera piedra cuatro semanas después, y dándose término á la obra á los once meses de empezada, al año de iniciarse la idea, siendo el arquitecto don Manuel Martínez Angel.

En 1.º de Octubre último abría el curso el venerable Director-Fundador, admitiéndose ya enfermos en las consultas y en las salas. Y en 1.º del mes actual se dignaba la augusta Señora que rige los destinos de nuestra patria, con tan admirable acierto, visitar el Instituto; acompañándola en la visita S. A. R. la Infanta Doña Isabel, el Arzobispo-Obispo de la diócesis de Madrid, las autoridades y altos funcionarios pala-

tinos, sin arredrarles la recia turbonada de lluvia y viento que reinó ese día.

Tal es la historia del INSTITUTO RUBIO desde que nació y creció en la Princesa, hasta alcanzar su pleno desarrollo en la Moncloa.

Antes de llegar á la Cárcel Modelo llama ya la atención un grupo lejano de edificios de blancas paredes y rojas techumbres, asentándose en lo alto de un cerrillo entre pinares, como bandada de palomas que posaran por un instante el vuelo, para remontarlo en seguida á los aires. Esa fábrica es el nuevo Instituto, construcción aérea casi alada, que surgió por arte de encantamiento al conjuro de un Merlín á la moderna, en quien la magia es una voluntad de acero bien templado, puesta al servicio de una inteligencia de claro diamante y un corazón de oro purísimo.

Subamos y estudiemos; que estudio merece una obra donde la traza general y los más ínfimos detalles tienen la trabazón armónica, una y varia, de lo que germinó muchos años en una sola poderosa inteligencia y brotó en pocos meses por el tenaz esfuerzo de una sola voluntad potentísima. Por eso todo es allí conforme á su fin útil y tiene, por tanto, la suprema belleza, la belleza orgánica y viva.

Primero, un pabellón central avanzado, con el despacho y dormitorio de D. FEDERICO, de elegante sencillez casi monástica; la administración, el botiquín y el almacén de efectos para curar; la eremítica vivienda del profesor de guardia, comunicándose por teléfono con las tres enfermerías; el laboratorio histológico y microbiológico, de bello y severo aspecto, y la sala de operaciones. Esta merece punto y aparte.

Es una estancia de paredes y techo esmaltados con vidrio soluble de color gris perla, suelo de már-

moles comprimidos y una lindísima rotonda de cristales acanalados. Tuberías de níquel conducen el gas para el alumbrado y la calefacción, así como el agua esterilizada, fría y caliente. Estufas Siemens; esterilizador de instrumentos; lavabos fijos de porcelana; grifos y repisas y mesillas auxiliares y mesa de operar (donativo de los insignes Dres. Fargas y Cardenal, de Barcelona), todo ello niquelado; sumideros de bronce; aparatos portacuras de hierro, níquel, aluminio y cristal: esos elementos forman un conjunto armónico, sencillo, elegante y adecuadísimo á sus fines. Nada huelga y nada falta. Hasta si después de la operación hay que atender al colapso, á la hemorragia, allí están dos aposentos donde cuidar al operado mientras exista peligro inminente para trasladarlo á la enfermería común. Todo está previsto con la inteligencia de un padre y el amor de una madre.

A derecha é izquierda del pabellón central, con las fachadas en un plano posterior á la de éste, vénse las enfermerías de mujeres y de hombres, constituídas cada una por dos salas de á doce camas, un vestíbulo con altar y varios departamentos para los servicios generales.

Los mosáicos del suelo, el gris azulado de las camas, el gris perla y el rosa de los esmaltados techos y paredes, el blanco de las ropas, el amarillo y rojo de las maderas, el verde claro mate de los vidrios donde en las mesitas plegables se escribe la historia clínica de los enfermos, el crema pálido de los jarros y vasos para el agua... todo ello se funde en tonos suavísimos, de dulces medias-tintas y apacibles armonías de colores, por los torrentes de luz y las masas de aire que bañan y envuelven los objetos. Parece aquello lujoso y no es más que limpio y útil, necesidad impuesta por la cirugía moderna. Hay, sí,

verdadera belleza, exquisitismos de buen gusto; pero en cuanto á lujo, sólo de aire y de luz. Por eso contrasta tanto con el clásico concepto del hospital-mazmorra, hasta el punto de que los mismos enfermos exclaman á diario: «¡Qué hermosura! ¡Esta casa no parece un hospital!»

El pabellón de infecciosos tiene cinco camas en aposentos separados y vigilables de una vez. Al verlo el visitante, después de recorrer el Instituto, suele preguntarse casi afirmando: «¿Este es el departamento de pago?» ¡Tal es su hermosura y su comodidad! Y oye que le contestan: «*En el Instituto Rubio no hay nada de pago*. Esta es la enfermería de los más sin ventura entre los mayores infelices, de los que en el resto de los hospitales del mundo van á parar á los sótanos ó á las buhardillas, por temor de que contagien y agraven á los demás enfermos.» Y entonces crece el asombro del curioso al contemplar aquel prodigio de la ética y estética hospitalarias.

Hemos oído á muchos ilustres médicos, arquitectos é ingenieros de nuestra patria y de otras nacionalidades, declarar, convencidos y espontáneamente, que ninguno de los nosocomios quirúrgicos se asemeja al Instituto Rubio en previsiones clínicas realizadas con perfección ideal. Y no lo dicen sólo por el *cuerpo* de edificios é instalaciones, sino también, y más que nada, refiriéndose al *espíritu* del Instituto. Hermánanse en él una ciencia seria y no pedante, una mutua y diaria enseñanza no presuntuosa, una caridad sin alardes y no depresiva para el socorrido, una libertad justa que realza la persona humana individual y socialmente, un cúmulo de sentimientos y actos, de ideas y de palabras que al progreso y al bien se enderezan de consuno, huyendo de todo linaje de vanaglorias y aplausos.

Allí el enfermo no es un número abstracto, sino

una persona concreta á quien se conoce y llama por su nombre. Pasea fuera de las enfermerías, recibe en el lecho todas las mañanas á sus parientes y amigos, puede hablar con ellos á otras horas y diariamente en las salas de visita ó en el campo, si está en disposición de levantarse; come con los mismos que le cuidan y sirven; sigue siendo persona, miembro de la familia y de la sociedad, no un recluso apartado con cruel violencia del trato constante con los seres queridos. Conservan los infelices su vida espiritual y social. Como se les quiere y respeta, aprenden á tener amor y respeto á sus semejantes más felices que ellos. Se curan ó alivian las lacerias ó deformidades de su cuerpo, y sanan ó mejoran las heridas ó miserias del alma. ¿Es ó no nuevo todo esto en materia de hospitalidad? El Instituto Rubio no es un hospital, mezcla de cárcel, asilo y cuartel; es una Escuela de Cirugía puesta al servicio de enfermos libres y con el más alto sentido humanitario que se puede concebir, el de la caridad cristiana, atenta al hombre entero en cuerpo y alma, como individuo y como parte de la sociedad. Esta es su verdadera característica. Con valer tanto la revolución material hospitalaria hecha por el Dr. Rubio, todavía es más grande la revolución moral y educativa. Para llenar por completo sus fines, cuenta el Instituto con otro hermoso edificio para la consulta pública, gratuita, desempeñada por una falange de celebridades, discípulos del venerable y genial maestro, á quien aman y obedecen como patriarca de esa familia intelectual. En la planta alta están los bien provistos gabinetes; en la baja, dos salas de espera, con bancos, donde caben cerca de mil personas; y en el subsuelo, la cocina de vapor, el refectorio común y el departamento de lavado mecánico.

Gratuitos son también los servicios prestados por

las caritativas é inteligentes alumnas de la *Escuela de enfermeras de Santa Isabel de Hungría*, fundada por D. Federico Rubio y que consta de ocho internas y veinticuatro externas (*). Estas alumnas hacen una obra meritoria en alto grado para sí mismas y para los pobres enfermos. El primer requisito reglamentario es que profesen y practiquen la religión católica.

Las externas abandonan su casa, su familia, el habitual trabajo que les proporciona medios de atender á sus necesidades, para ir al Instituto varias horas diarias, con objeto de asistir á los enfermos, ayudar á los médicos y atender á las lecciones que el Director y otros profesores dan en la Clínica y en la cátedra.

Las internas visten de rayadillo, van descalzas de pie y pierna, sólo usan alpargatas abiertas y zuecos de madera; llevan el pelo cortado al rape y cubren la cabeza con un birrete ribeteado de amarillo. Sobre el peto de sus delantales blancos luce una morada cruz de Malta, con corona real en el centro y una inscripción bordada en seda amarilla que manifiesta el título de la Escuela. A los dos años de estudios teóricos y prácticos, recibirán el certificado de aptitud para ser enfermeras de medicina y cirugía, con lo cual se inaugura una profesión honrada y honrosa para la mujer española. Ellas ayudan á los profesores en la sala de operaciones, en los dispensarios y enfermerías; hacen guardias de doce horas (sin acostarse luego hasta la reglamentaria); asisten á conferencias orales; guisan, limpian, planchan; auxilian en todo momento á los enfermos, desempeñan con espontáneo celo y sana alegría su misión bienhechora en

(*) Reformado el Reglamento en este punto, suprimiéronse las alumnas externas; en cambio, se amplió á diez el número de las internas (1902).

perpetuo contacto con los desgraciados. Es preciso verlas, convencidas de que nada es *servil* cuando se trata del bien del prójimo, para admirar con qué puro gozo se han identificado en seguida con el cristianísimo espíritu del glorioso fundador de esta Escuela nueva, el cual se lo comunica con el ejemplo alto y hondo de sus acciones y palabras.

Soberano tipo de la más perfecta y acabada selección del pueblo andaluz, en su brillante historia de todos los tiempos, es el Dr. D. Federico Rubio. En él se dan con armonioso concierto las virtudes de su raza: exquisitismos de sensibilidad, juntamente con arrojos del valor sereno más viril; reconditeces y honduras del pensador más buzo en los mares de la idea, á la vez que arrestos y tenacidades de un carácter forjado para la acción perpetua; exuberancias imaginativas de artista, con rigideces inflexibles de lógico; presciencias de vate, iluminaciones interiores de profeta, fogosidades de apóstol, escrúpulos de místico, rudezas de guerrero, aplomo de filósofo, fuerza inquisitiva de sabio, abnegaciones de asceta; sales aristofanescas y rotundidades cervantinas en el decir; atrevimientos inverosímiles en ideas, palabras y actos, compaginándose con la rectitud de una conciencia purísima y de una severidad firme y prudente.

Al Dr. Rubio puede juzgarle quien no le conozca sin más que leer sus admirables *Reseñas* de los cinco primeros años (1880-1885) del Instituto de Terapéutica operatoria. No precisa ser médico ni cirujano para comprender la grandeza moral é intelectual de esta figura sin par entre los maestros clínicos. Basta tener educados los sentidos ético y estético para gozarse en descubrir allí las sublimidades de todo linaje que entre sus hojas palpitan y se esconden. Todo está en esos cinco preciosos tomos vivido, pensado y dicho

con sinceridad tan intensa y clara, que ciertamente le será imposible á quien quiera que se lo imponga hacer un retrato tan fiel de este maestro de todos y sólo eterno discípulo de sí mismo y de la Naturaleza, como el retrato que de sí propio traza el esclarecido autor, sin pretenderlo ni sospecharlo.

El título y la materia nada dicen que sirva de señuelo á la atención de los lectores de portadas, índices y prólogos. Pero léanse todas sus páginas, rebosantes de la más variada y armónica hermosura, y quedará el ánimo absorto al hallarse en medio de nunca imaginado tesoro, repleto de maravillosas gemas de todos colores y áureas filigranas de todos dibujos. Allí está la no mentida ni embaidora semblanza de un espíritu alto y hondo, de un alma generosa y noble, de un ingenio fuerte y dúctil, de un filósofo para quien las salas de un hospital de cirugía son el Pórtico y los jardines de Academo. Su método de inquirir la verdad por la verdad misma, es puramente socrático; su modo de comprender la belleza por la belleza misma, es puramente platónico; su manera de amar el bien por el bien mismo, es puramente cristiana. En blancos mármoles puso el Dr. Rubio los nombres de sus maestros en Cirugía, sobre las puertas de los aposentos del pabellón á los infecciosos destinado en su Instituto. Pero sus maestros inmortales en todo lo demás son Sócrates, Platón, San Pablo; de ellos procede por educación y casi como por atavismo del alma.

Vedle en la clínica, frente al enfermo y rodeado por los discípulos. Como placa sensible, donde nada hay pintado aún y todo puede pintarlo la luz del sol, pónese la razón del maestro ante aquel sér que sufre. Hace tabla rasa de toda idea preconcebida, de todo prejuicio científico, de todo amor propio, de toda ofuscación vana. Y con el método socrático de la du-

da racional por guía seguro, interrogando á la Naturaleza, preguntándose á sí mismo y á quienes le rodean, avizores todos los sentidos, despierta toda la atención, tensos todos los resortes del espíritu, abiertas por completo las alas para volar si es preciso en busca de la verdad, aunque para ello recorra los inacabables espacios imaginarios del hecho y de la hipótesis, va inquiriendo acá una línea, allá una sombra, acullá un rayo de luz, más lejos un algo casi informe; y con esas líneas rotas y sombras vagas y luces fugitivas y masas incognoscibles, labra entera, gallarda y hermosa la pura estatua marmórea ó broncínea de la verdad real.

Esa labor constructiva de un diagnóstico y de un tratamiento realízala el maestro rodeado por sus discípulos, no como quien escancia el vino generoso de la ciencia en copas mejor ó peor cinceladas, pero vacías, sino con el aún más generoso anhelo de una colaboración activa de muchas inteligencias que á un mismo fin se enderezan juntas con buena fe y óptima voluntad. Van primero escudriñando aquella piedra sellada, que es el enfermo; maestro y discípulos comienzan por desbastarla; sacan luego de puntos lo que será después la estatua que hay siempre dentro de una piedra para quien sabe encontrarla; y bajo la doble inspiración del genio humano y de la naturaleza divina, va labrándose á vista de todos, sin misterio ninguno ni paños que la oculten, la bella escultura de la verdad clínica.

Este desasimiento de sí mismo, que no teme la duda ni el error, la mofa ajena ni el propio halago de la pasión humana, sino que los afronta, lucha con ellos, los vence con el mayor de los vencimientos... y hasta los ama como acicate que espolea el ánimo varonil en la carrera tras la única gloria positiva de una conciencia satisfecha; esta abnegación de sí mismo en

aras de la verdad y del bien para los demás, por la hermosura de una y otro, es lo característico en don Federico Rubio. Ahí está el robusto cimiento de su obra como cirujano, como maestro, como escritor, como sociólogo en acción. Es el modelo del *vir bonus medendi peritus,* y es un varón evangélico.

Cirujano, tiene esa doble vista necesaria para el diagnóstico más abstruso, esa posesión de la anatomía y de la fisiología que hacen para él de diáfano cristal el cuerpo humano; esa concentración de espíritu simultánea con lo despierto de los sentidos, que le hacen ser dechado de observadores razonantes; ese valor interno y externo para decidirse y obrar; esa energía de carácter que no se doblega ante momentáneos desfallecimientos de ánimo ni azarosos accidentes repentinos de las cosas; esa prudente serenidad en medio del peligro; ese dominio pleno de sí mismo y de cuanto le rodea; esa rectitud que por nada ni por nadie se tuerce del camino trazado por su austera conciencia; esas dotes eminentes, en fin, que le hacen ser quien es en la Cirugía moderna.

Maestro, no quiere ni puede ser un pozo cerrado: antes saca á raudales las aguas vivas de su ciencia, y quiere á toda costa fertilizar juveniles entendimientos y abrevar la sed inextinta de cuantos á su voz acuden. Él mismo no concibe para sí otra misión más alta que la de enseñar á *aprender de la Naturaleza*, mostrando cuáles son las vías de ésta y los atajos de la inteligencia para topar con ellas y seguirlas. Su procedimiento pedagógico es discurrir en alta voz, por cuenta propia, delante de las personas y cosas objeto de su discurso, sin hacerse ilusiones favorables acerca de lo difícil ni inflar lo que le parece fácil. Sus estados de conciencia pónelos desnudos ante los ojos de los discípulos, quienes aprenden así con el ejemplo más claro la disciplina de su propio

espíritu para observar, meditar y obrar con cabal discernimiento de lo cierto y lo dudoso. Y allá se dan la mano en su magisterio inimitable la educación clínica con la especulativa, la educación operatoria quirúrgica con la educación moral más pura, la educación estrictamente médica con la más amplia educación civil y humanitaria. Porque, ante todo y sobre todo, la enseñanza del insigne maestro es y quiere ser grandemente educadora de la personalidad espontánea, para que crezca vigorosa, matando las malas hierbas de la falsa ciencia, rutinaria ó innovadora.

Escritor... ¡Cómo no ha de escribir bien si es un pensador! Léase la biografía de su querido y malogrado ayudante José Gil, tiernísima historia de un hombre sin historia; pero ¡con qué historiador! Léase la observación clínica de la enferma Joaquina Martínez, sobre todo la hermosísima digresión del final, dos veces bella, en sí misma y por el sitio donde aparece para confortar el ánimo. Léanse los cinco tomos de sus ya citadas *Reseñas,* obra interesante como la novela mejor trazada y más movida; interesante no sólo para los médicos y cirujanos, sino para el gran público culto y para los literatos de profesión. Allí hay un alma, un hombre, un sabio, un poeta, un maestro en el hacer y en el decir. Léase el último volumen por él publicado con el título de *La Felicidad.* Léase todo cuanto de su pluma brota, pues tiene mucho que admirar cómo piensa, cómo siente, cómo imagina y cómo escribe.

Sociólogo en acción (no de los que predican, sino de los que dan trigo) es D. Federico Rubio. El *Instituto Quirúrgico* de su nombre es brillantísima prueba de ello. La *Escuela de Enfermeras de Santa Isabel de Hungría* es otra demostración de lo mismo. El ejemplo diario de su vida profesional y civil es otro testimonio fehaciente. Los capítulos de su obra *La*

Felicidad, que tratan de la cuestión social y presentan soluciones prácticas, independientes de todas las escuelas, acreditan que no es sociólogo empírico, sino por empuje de todas sus facultades y potencias, desde las más espontáneas hasta las más reflexivas. Su doctrina se condensa en estos tres hermosos y cristianos pensamientos, el primero de los cuales está escrito á los pies de su cama en el Instituto, y los otros dos en las saletas de visitas para los enfermos que las reciben levantados:

«Por Dios, tú para todos; y así no tendrás ingratos, porque no buscarás agradecidos, y éstos te saldrán al camino.»

«Los conflictos sociales no han de resolverse abatiendo á los ricos, sino dignificando y mejorando las condiciones de los pobres.»

«Vivir es funcionar: no muere el que, volviendo al barro de que procede, continúa haciendo el bien más allá de su tiempo.»

El primer pensamiento es cristianamente altruista. Quien hace el bien por el bien supremo, siembra los beneficios sin contarlos y sin acepción de personas. La caridad no sabe que existe la ingratitud. El agradecimiento no olvida la caridad. El caritativo no dice «todos para mí», como el egoísta, sino «yo para todos».

El segundo pensamiento busca y apetece el bien de los más, sin pretender que nazca del mal de los menos. No traza el camino necesario para una futura solución definitiva, ignorada hoy por todas las escuelas; pero sí señala una senda inicial y práctica, que puede seguirse desde ahora y en tanto que haya en el mundo ricos y pobres.

El tercero es una demostración biológica de la inmortalidad del alma y de la perpetuidad fecunda del bien. Tanto más intensa y extensa (digámoslo así) es

lá vida futura, cuanto más y mejor se aprovecha para el bien la vida presente.

La razón pura y la razón práctica se funden aquí en una sola y misma: la razón única y suma, Dios y el alma, unidos por la caridad infinita y eterna.

En oscura noche de invierno, cayendo fría lluvia, silbando recio el viento, sube una sombra humana el áspero cerrillo, en la cima del cual se asienta en la Moncloa el Instituto Rubio. Resbalan los pies, metidos en el pegajoso barro de la cuesta arriba. Parece que se palpan las tinieblas. ¡Son tan densas! Y allá va aquel fantasma humano, subiendo, subiendo hasta llegar al puerto de sus afanes. ¿Quién es? D. Federico. ¿Adónde va? A su celda. ¿A qué? A hacer bien, con intenso amor.

Blancas las paredes de su aposento, de pino la mesa, de cuero el sillón, de madera basta el suelo, de hospital la cama y las ropas de ésta: tal es el humilde dormitorio, el humildísimo cuarto de trabajo.

Son las dos de la madrugada y aun vela el hombre bienhechor. Son las ocho de la mañana y ya está sentado otra vez ante la mesa. Es la hora del medio día y sale del Instituto después de inspeccionar, dirigir, operar, explicar conferencias á los profesores alumnos ó á las enfermeras internas y externas, y ver enfermos para quienes el Dr. Rubio es el Tribunal Supremo de la Cirugía.

Llega Nochebuena. Entre su regreso de Valencia y su salida para Jerez, llamado en ambas ciudades por tareas profesionales de su práctica civil, sube al Instituto, cena con sus enfermos y con sus enfermeras, celebrando los más cristianos ágapes conmemorativos de la noche en que nació el Redentor; banquete fraternal y sencillo, pero mil veces más sublime que el de Platón, pues en vez de filosofías y retóricas

de lo bello, reinan en torno de aquella mesa el amor de Dios y el amor al hombre, la solidaridad entre el que sufre y el que consuela, conforta y cura los males del cuerpo y del espíritu. ¡Bienaventurados los limpios de corazón!

Brillan en tanto á lo lejos las luces de Madrid, en cuyas vías públicas se realizan entonces groseras saturnales, mientras en muchas casas hay hambre, desnudez, dolores físicos y morales, abandono social, desconsuelo del alma. ¡Bienaventurados los misericordiosos!

Y á solas ya en su despacho, quizá piense el doctor Rubio, subiéndosele el corazón á la cabeza:

—¿Con qué recursos cuenta el Instituto para sostenerse? Con los de un manantial que no se agota nunca: ¡los de la Caridad! Desde el rico que hace un donativo de varios miles de pesetas, ó con 2.000 duros dota á perpetuidad una cama (que en placa niquelada conserva el nombre de un sér querido, en memoria del cual se practica esta santa obra), hasta el modesto bienhechor que dona una vez ó suscribe mensualmente una cuota ó un efecto útil para los fines de la Institución, todas las personas benéficas constituyen la Junta de Protectores. ¡Ella proveerá á todas las necesidades, y éstas quedarán satisfechas!

¿Quién terminará la capilla? (*) ¿Quién dotará las camas que aun están indotadas? ¿Quién construirá en su día el proyectado pabellón de convalecientes? ¡Quienes amen á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos! ¡Quienes quieran proteger á

(*) Poco tiempo después, el caritativo protector del Instituto, Sr. D. Lucas de Urquijo, concluyó la capilla, donde yace hoy el fundador, donando también todo lo necesario para el culto en ella. —L. M.

la ciencia española y dar socorro al infortunio más triste, al enfermo operado y desvalido! ¡No hay nada tan meritorio para con Dios, para consigo mismo y para con la humanidad!

Pronto será rico el Instituto para bien de los pobres, porque su riqueza está en el corazón de los buenos, de los misericordiosos, y en los entendimientos cultivados de las clases directrices de la sociedad, que saben cómo el bien es la única fortaleza inexpugnable contra los embates del mal. Al fin y al cabo, la sociología práctica cristiana es la única eterna, pues no sólo considera la vida presente, sino en primer término la vida futura.

Y las tareas de las dos católicas fundaciones, el INSTITUTO QUIRÚRGICO y la ESCUELA DE ENFERMERAS, son y quieren ser siempre, con plena conciencia de ello, *sociología práctica cristiana.* ¡Los buenos ayudarán! ¡Dios y los pobres les bendecirán!

(*La Ilustración Española y Americana*, 15 Marzo 1897.)

III

NON OMNIS MORIAR

Ayer cumplía setenta y cinco años de vida mortal. Hoy entra en la inmortalidad por las puertas de la muerte.

Non omnis moriar: pudo decir ó pensar en los últimos instantes lúcidos aquella luminosísima inteligencia, gloria de España, orgullo de su raza en ambos continentes, honra y prez de la especie humana. ¡Sí! Queda su espíritu, su obra generosa y redentora, su ejemplo inimitable; pero á quien debemos mirar, como á la estrella del Norte, alta, lejana, en lo inmen-

so de los cielos, y, no obstante, guía fiel de quienes peregrinamos en la tierra.

Patriota sin patriotería, sabio sin pedantismo, virtuoso sin alarde, santo sin saberlo, maestro á despecho suyo, bienhechor sin miras terrenas ni aun ultraterrenas, Federico Rubio deja tras sí una estela de admiración y de amor: él, que tanto admiraba todo lo noble; él, que amaba tanto la belleza, la verdad y el bien; él, que fué sembrando pródigo en las almas gérmenes de grandes ideas y grandes sentimientos; él, que vivió siempre para los demás, para el enfermo y el sano, el pobre y el rico, el sabio y el ignorante... y hasta con igual ecuanimidad para el bueno y el malo; él, que tuvo en su poderoso cerebro y en su paternal corazón ese divino optimismo comunicativo que levanta á los caídos, sin ofender á los bien hallados.

Quedan sus discípulos, hoy maestros muchos de ellos, á quienes dió generoso su ciencia, su experiencia, su apoyo decidido y constante, la base de su fortuna, de su renombre, de su porvenir, sin reservar egoísta para sí nada del tesoro inagotable de su talento inmenso, de su bondad infinita.

Quedan innúmeras personas que le deben la prolongación de su existencia, potentados acaso olvidadizos de esa deuda, harapientos que le bendicen de seguro, modestas familias de la clase media á quienes conservó seres queridos. Jamás hizo vil mercado de la profesión médica; y si á su entierro asistieran cuantos le deben directa ó indirectamente algún beneficio de cualquier índole, para el cuerpo ó para el alma, no habría espacio suficiente en las vías públicas de Madrid para contener tal muchedumbre de agradecidos y de admiradores.

Quedan sus hermosas fundaciones: la Escuela de Medicina de Sevilla, plantel de sabios ilustres y de

prácticos concienzudos; el Instituto de Terapéutica Operatoria, fundado el año 1880 en el Hospital de la Princesa, para la mutua enseñanza y aprendizaje de la Cirugía y sus especialidades; el Instituto Quirúrgico de la Moncloa, bautizado al nacer con el prestigioso nombre de Instituto Rubio por voz unánime del sentimiento público; la Escuela Católica de Enfermeras de Santa Isabel de Hungría, semillero de modestas mujeres ejercitadas en el útil ministerio de la mejor asistencia médico-quirúrgica de los enfermos; la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas,* calificada por propios y extraños (incluso por la misma respetable é ilustrada Prensa profesional de España y América) como la más hermosa publicación especial hecha en lengua castellana.

Quedan sus bellos libros publicados, sus artículos de periódico, sus trabajos de revista, tan primorosos de estilo, calientes de afectos y altos de miras; libros como *La Felicidad*, con el seudónimo de *Doctor Ruderico;* como sus originales y veraces *Reseñas del Instituto de Terapéutica operatoria,* modelo en el saber y en el decir; artículos como los de *Clínica social* y *Anatomía social* y muchos más, dignos de encomio y de estudio.

Quedan inéditas preciadas *Memorias de su niñez y juventud*, que debiéramos publicar sus discípulos y admiradores, con el consentimiento de la distinguidísima familia del santo y sabio varón ilustre que acabamos de perder.

Queda una encantadora obra, *Las mujeres gaditanas,* la cual está en prensa, y para la que hace tres noches velaba corrigiendo pruebas y adicionando cuartillas de original: obra escrita esta misma primavera en su retiro cordobés de Choza Redonda, con tan potente inteligencia y galana frescura, como si no pesaran sobre el insigne autor los años y los

desengaños, la vejez de una trabajada vida y los largos achaques de un fuerte organismo deteriorado de antiguo por pertinaz dolencia.

Quedan esparcidos por el mundo admiradores entusiastas de su gigantesca figura mental y moral, quienes en Sociedades sabias, en Revistas científicas y en los círculos de todo género de intelectuales le elogiaron en vida y le llorarán al saber su muerte, no con lágrimas ficticias de un luto oficial ó retórico, sino con las verdaderas que suben del corazón á los ojos.

Queda una familia numerosa, de quien fue patriarca: su hija, doña Sol Rubio de García del Busto; sus nietos, los Sres. de García del Busto y de Reixa, su nietecillo Alberto, y sus biznietos Federico, Sol, Caridad y Joaquinito Reixa, encanto del bondadoso abuelo, en quien adoraban; hermanos y sobrinos, para quienes fue siempre entrañable.

Y queda esta España, á la cual amó tan hondamente y honró con su vida y obras ejemplares; esta raza española del lado acá y del lado allá del Oceano, *Hispania major*, cuya fuerza y gloria, cuyo prestigio y valía en el anfictionado del mundo culto, eran hoy el afán más grande de D. Federico Rubio.

Liberal de abolengo, desde la cuna al sepulcro; demócrata convencido, sin declamaciones radicales; amante del *Pueblo*, en el amplio sentido que Roma dió á esta palabra, era presidente de la Comisión de Reformas sociales. Pero dejábale frío el apocamiento de la acción oficial del Estado para lograr lo bueno y lo justo, al paso que su fe ardiente le impelía á obrar el bien social por la unión particular de los buenos, justos y misericordiosos. ¡Y predicaba con el ejemplo, con el mayor ejemplo que ha podido darse en esta patria querida! Enseñar á los médicos en la clínica y en el periódico; operar y curar á los enfermos sin

pedirles documento justificativo de pobreza; publicar libros y regalarlos; dirigir desde la planta hasta el último detalle de instalación un Instituto docente y benéfico, cual el que lleva su nombre; pensar y redactar los estatutos, reglamentos é instrucciones que rigen al mismo; elegir las personas á cuya ilustrada caridad encomendase la alta gestión económica, moral, profesional y social de esa grandiosa fundación; del peculio adquirido honrosamente con su ciencia y su trabajo aportar más de cuarenta mil duros á esa obra, haciendo renuncia y cesión de ellos á los pobres; inquirir personalmente y de continuo cómo funciona ese organismo creado por él; socorrer al infortunio, en secreto, casi avergonzándose de su caridad propia y de la gratitud ajena: todo eso es un apostolado social que ejerciera como si fuese lo más liso y llano del mundo, sin otro fin que la gloria de su patria, el adelantamiento científico, la mejora de la humanidad y la dicha del prójimo. Así, para ser alabado, no necesitó que para él llegara la triste hora de las alabanzas póstumas.

¿Qué podemos realizar para corresponder á tamaños beneficios? Seguir su ejemplo, al paso que cada cual pueda, y no olvidarlo jamás; hacer que ninguna de sus amadas y geniales fundaciones desaparezca, ni aun flaquee un momento siquiera; prestándole el debido apoyo las clases médicas en su dominio, los ricos caritativos en el terreno de la beneficencia; el país entero de la *Hispania major* colaborando á tan altos fines como llenaron la vida de D. Federico Rubio; las corporaciones oficiales tomando nobles iniciativas de su competencia; el Estado, los altos poderes, asociándose con toda su significación al duelo nacional y viendo en seguida el modo de mostrar la gratitud de España, perpetuándola en la llorosa, distinguida familia del Dr. Rubio.

S. M. la Reina Doña María Cristina, al término de su Regencia, dió una norma al agradecimiento de la Nación á un español tan preclaro, proponiendo que se concediera un título de Castilla á D. Federico Rubio. El desinteresado bienhechor y sabio insigne, agradeciendo infinito la merced, por un hondo y respetable sentimiento del bien por el bien mismo, la declinó respetuosamente. S. M. el Rey Don Alfonso XIII tiene abierto el camino para esa recompensa nacional, con el gran ejemplo dado por su augusta madre. Tampoco admitieron títulos para sí otros hombres ilustres; pero los Reyes de España hicieron Duques á un hijo del general Martínez Campos, á la viuda del estadista Cánovas del Castillo. Y D. Federico Rubio deja una hija única, digna heredera de sus virtudes, señora por prosapia y por su exquisito trato social de gran dama.

Me impuse el deber de que las lágrimas no me impidieran escribir estas líneas, en nombre de mis amigos y comprofesores. ¡Ahora, ya puedo llorar!

Adiós, maestro. No: hasta la vista, padre mío; que por segundo padre te tuve. Mi saludo era siempre besarte la mano con que hiciste tantos beneficios y obras sublimes; mis postreros besos fueron en aquella tu frente que cobijó tantas y tan grandes ideas. En lo sucesivo, besaré dentro de mi alma tu sagrado recuerdo, tu imagen venerable y venerada.

No tengo que enseñar á los míos á quererte. Tú solo hiciste que te amaran los seres á quienes amo y que me aman.

¡Ahora, ya puedo llorar!... He concluído de escribir.

Luis Marco.

(*La Época*, 31 de Agosto de 1902.)

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Habiendo recibido atento B. L. M. del Ateneo de Madrid, acompañado de un cuestionario sobre diversos puntos de la vida social, me encontré (perplejo para contestarlo) ante un problema semejante al que á mi amigo D. Antonio Bejarano (q. e. p. d.), buen pintor y gastrónomo, se le presentaba con los pavos, de los cuales decía que eran las aves más dificultosas porque resultaban mucho para uno y poco para dos.

De igual manera, el cuestionario me resultaba poco para contestado escuetamente *sí ó no,* y mucho para entrar en detalles acerca de tanta cantidad de asuntos.

En el aprieto, me eché á pensar en los usos y costumbres de la sociedad en que pude formar los primeros juicios; y como me hallara

en Cádiz por entonces, Cádiz y sus mujeres vinieron á mi recuerdo.

Pero antes revelaré al lector un secreto que, por amor propio, he tenido guardado. Soy un chato de la inteligencia. Me faltan algunas facultades: carezco en absoluto de la memoria de nombres propios y de fechas; me mareo y atarugo ante una suma de tres cifras. Leo y leo; y según el tiempo que he dedicado á la lectura y el placer que con ella experimento, debe haber pasado por mis ojos una buena biblioteca. Pero si me preguntaran si había leído á Platón ú otro autor, me pondría colorado por no poder acordarme ni aun de los títulos de sus libros.

En cambio, como todo tiene su compensación en este mundo, no sé si las ideas que se me ocurren son mías, ó si es que las he oído ó leído en alguna parte. Sospecho que soy un plagiario sin saberlo, un pecador irresponsable, como beato que sueña con una orgía. Otra compensación tengo que agradecer. Suple á la falta de memoria para las cosas más esenciales, cierto acaloramiento de cabeza que me permite ver lo pasado como á una evocación. Si tal me sucediera con lo fu-

turo, sería profeta. Sea lo que fuere, y traten de averiguarlo los psicólogos, el caso es que á esa evocación veo, como en un cinematógrafo, todos los cuadros de mi vida pasada, con movimiento, color, sonidos y ruidos, gestos y palabras. Ya en ese estado, una visión sucede á otra visión, sin dejarme punto de reposo día y noche, hasta que tomo la pluma y trazo como puedo en el papel lo que me bulle y rellena la cabeza. Así la descargo y entro en reposo, como mujer que sale de embarazo.

No tengo, pues, que hacer sino dejarme ir y no revelar para el público más placas que las precisas, á fin de no hacer la exhibición larga y molesta.

LA MUJER GADITANA

INTRODUCCIÓN

¿Qué tienen de más ó de menos que las no gaditanas?

Eso precisamente es lo que, no yo, sino el lector, podrá inquirir.

Yo apunto. Que él saque por sí las consecuencias: si positivas, positivas; si negativas, negativas. A mí me da lo mismo; deseo solamente que resulte la verdad.

RAÍCES

BREVES INDICACIONES HISTÓRICAS DE CÁDIZ CON RELACIÓN Á SUS ESTADOS SOCIALES

Por la historia escrita en libros sagrados y profanos, consta Cádiz como una de las ciudades más antiguas.

Quien quiera hacer gala de erudito, ya tiene con este asunto materia para lucirse.

Mi objeto es otro: esclarecer, poner en claro. Y puesto que nadie ha de negar la antigüedad histórica de Cádiz, paso de largo.

***

Prehistoria gaditana.—Antes de la escritura, antes de las tradiciones que de boca en boca se transmitieron de una á otra generación, existieron criaturas: primero vegetales, luego animales y últimamente racionales. No fueron sus vidas tan calladas que no dejaran vestigio de su paso; señales que, inter-

pretadas por la ciencia, vienen á ser como los caracteres cúficos que lee de corrido y traduce el inteligente.

A la luz de esa prehistoria, resulta Cádiz como uno de los primeros poblados del mundo conocido.

Las razones de tal afirmación saltan á los ojos.

Allí se estableció primeramente el hombre, donde encontró las dos condiciones indispensables para vivir: tierra firme donde estar y alimentos naturales á mano, ofrecidos sin dificultad, sin trabajo y sin necesidad de industria.

***

Los terrenos firmes se forman de tres modos: por *sedimentación* de aguas cenagosas y acarreos, por *erupción* y por *emersión*.

Los terrenos de sedimentación tardan muchos siglos en ser habitables. A una inundación sucede otra, y sólo cuando van haciéndose lejanas, cuando el suelo en los intervalos adquiere cierta consistencia, puede establecerse población á favor de *palafitos*, construcciones fundadas sobre estacas. Así

fueron los orígenes de París, Sevilla y otras ciudades lacustres.

Los terrenos eruptivos también tardan mucho en hacerse habitables. Antes que las erupciones lo permitan, no es posible calcular el tiempo transcurrido. Después, los suelos que determinan son estériles; lentos en su disgregación, resultan inaptos para la vida vegetal y animal, hasta que el aire, el agua y el sol los descomponen.

Los terrenos que surgen por emersión tienen origen orgánico; toman su nacimiento en el fondo del mar por acumulación, multiplicación y superposiciones de masas de corales que, ganando cierta altura, son sustituídos por madréporas, y más tarde por la invasión y fijación de diversas especies de moluscos. Así se forman rocas salientes sobre la superficie del mar, islas y dilatados continentes.

Cádiz está asentado sobre esa clase de terreno, sobre rocas de calcárea conchilífera arenisca, que podemos examinar en la cantería de sus casas y murallas. No es necesario ser geólogo para verlo, ni gran pensador para sacar las consecuencias.

Una roca incrustada de suculentos moluscos vivos, sobre otros que murieron, ofrece opíparo festín, al que acuden constantes crustáceos y otros animales comestibles: lo que es igual á tener el hombre mesa puesta á toda hora, gratuita y sin más pena que alargar la mano.

El oleaje á veces, la resaca y los temporales, eran los únicos inconvenientes con que tenía que luchar. Pero siempre quedan algunos puntos protegidos del sotavento. Un pequeño muro de arena, una cubierta de algas y maderas arrojadas por el mar, bastaban para defensa y abrigo de cabañas.

Las leyes naturales son constantes, no sucede lo que con las promulgadas por los hombres.

Allí donde encuentra alimento seguro y permanente, allí se establece el hombre, allí deja de ser nómada y se convierte en sedentario. Se irá si lo echan otros hombres ó le matan; pero los que le sustituyen, allí se quedan. La población continúa permanente.

Las consecuencias que se derivan de estos datos tienen su importancia social, trascen-

dente, en la sucesión de los tiempos hasta nuestros días.

Primeramente se ve con toda claridad que los primitivos pobladores de Cádiz y sus sucesores no fueron antropófagos.

El hombre, por salvaje que sea, sólo es antropófago por hambre. Más tarde puede serlo por hábito y placer de gula; llegando á constituir un régimen social de tal modo arraigado y articulado con la existencia, que, á suprimir la antropofagia, perece la sociedad total. Del hecho pudiera presentarse más de un ejemplo. No he de perder el tiempo en ello. Bien sabido es que en islas de Oceanía su población indígena ha perecido al impedirle comer carne humana.

Nómadas, teniendo que correr constantemente largas jornadas á caza de animales, á no encontrarlos y allegar los precisos, tenían que perecer ó suplir las deficiencias con la carne de los viejos, mujeres, débiles y niños. No haciéndolo así, tenían que cambiar de régimen de vida adoptando un nuevo estado social sedentario, fundado en alguna industria, ganadería ó agricultura; no sabiendo ni pudiéndolo hacer, no siendo adaptables para

el cambio, no les quedaba más solución que perecer.

Viviendo en las condiciones en que vivían las primeras gentes de la peña gaditana, no fueron ni pudieron ser antropófagos, cual lo han sido en los principios, si no la generalidad de las colectividades humanas, bastante número de ellas.

Tampoco fueron roqueros, como los inmediatos habitantes desde la costa de Conil hasta más allá del Estrecho.

Los roqueros necesitan disponer de lanchas con que abordar á los buques que pasan cercanos á la costa, ó de playa poco profunda que les permita asaltar los buques encallados.

Además, los roqueros han de contar con tierra adentro para vender ó cambiar el fruto de sus rapiñas, y adonde huir y esconderse en caso de ser perseguidos. Ninguna de esas condiciones se han dado en Cádiz; y es evidente que, faltando las determinantes de las acciones, falta la determinación que las lleva á efecto.

Parece que nada podemos saber de aquellas gentes de tan remota existencia; y sin

embargo, muy incrédulo ha de ser el lector si no ve con la luz de su razón cómo forzosamente ha ser verdad lo que de ellas dejamos expuesto.



¿Cómo vivían aquellas gentes? Pues como viven hoy mismo, sobre poco más ó menos. Sí, como viven al presente los mariscadores actuales. Porque es ley que quienes viven de esas cosas primitivas, que no admiten cambio ni progreso, vivan troquelados perpetuamente en la misma turquesa. El esparraguero, el tagarninero, el piconero, el lacero, viven hoy tal y como vivieron hace mil años; y vivirán del mismo modo por los siglos de los siglos, como no dejen de ser esparraguero, tagarninero, piconero ó lacero.

Sobre el régimen alimenticio de los mariscadores hemos apuntado lo bastante, así como acerca de su rudimentario hogar.

Por lo demás, la observación demuestra que la ley es constante. Allí se encuentran más antiguos vestigios y en mayor número de la existencia humana, donde hay costas

abundantes en mariscos, ó bosques de encinares ó castaños.

En las faldas de la Sierra de San Pedro, al terminar en la de San Vicente, me llamó la atención el gran número de dólmenes que encontraba al paso, en dehesas encinares del Sr. D. Eugenio Garay y del Sr. Bayo. Contrasta con la pobreza de ellos en Sierra Morena, no pudiendo consistir en otra cosa sino en la calidad casi estéril de sus encinas.

Paréceme dejar establecido el origen del poblado gaditano, resultando ante su evidencia un mito fundado en fábula y verdad la figura de Hércules. Tal nombre debió ser genérico, así como de conquistador y hombre fuerte, aplicado en aquellos remotos tiempos á todo jefe invasor y victorioso. Cada período de civilización debió tener su capitán triunfante. El Egipto, como el mayor poder de los antiguos, debió mandar á Gades su Hércules egipcio; los Fenicios, el suyo; y los Griegos, á su vez, lo mismo.

Con esa triplicidad, la Historia, arrancando de tradiciones confusas en materia de hechos y personas, rotuladas con un solo y mismo nombre, ha dado lugar á cierta inde-

cisión sobre cuál fuera el verdadero fundador de la ciudad. Por lo que hemos dicho se declara que ninguno, que cuando llegaron á Cádiz existía ya un poblado. En hora buena que lo agrandasen algo con sus gentes y que introdujeran nueva civilización y algunos adelantos. Lo mismo hubieron de hacer posteriormente Fenicios y Griegos á nombre de sus respectivos capitanes ó Hércules, y ya examinaremos á la luz de las leyes naturales la parte de civilización que cada uno fue agregando al acervo común del pueblo gaditano.

Tales personajes fueron, pues, unos invasores como otros tantos más oscuros, que en unos y otros tiempos llegaron al asiento gaditano y acrecieron ó no su anterior población.

¿La aniquilaron por completo? Puede asegurarse bien que no. La dejaron subsistente. Los pobres mariscadores ocupantes no podían ofrecer resistencia, ni tenían para qué. Los invasores, á no dedicarse también á mariscar, tendrían que valerse de los naturales, ya reduciéndolos á esclavitud, ya á servidumbre, ya dejándolos estar, dada su misma insignificancia.

Los Hércules, en su turno respectivo, no vinieron de *turistas*. Vinieron para sacar las ventajas que pudieran.

El Hércules egipcio, conocedor de las artes de la pesca, tuvo que explotar, en el mismo punto donde erigió su torre, la captura de atunes. No era poco: al anterior poblado mariscador se sumó otro pescador, aumentando así la población y los medios de vivir. Preciso fue construir más barracas, casas y almacenes, algún templo; y tenemos ya, no el origen, pero sí la primera evolución de un progreso, y con él su correspondiente estado social.

Todo se desarrolla y desenvuelve de un germen que va evolucionando por sus grados y pasos sucesivos, lo mismo en lo físico que en lo moral.

Mirando á la filosofía de la historia, los tres Hércules representan las tres evoluciones principales del germen gaditano primitivo mariscador. El egipcio, ya hemos visto que necesariamente tuvo que introducir con su gente el arte de la pesca, algo de transportes marítimos, un rudimento de comercio con la exportación de los atunes, y algo de carpin-

tería de ribera para construir algunos barcos ó carenarlos cuando menos.

El segundo Hércules, ó sea el fenicio, no vino sólo por atunes. Vino para dilatar su comercio, para aprovecharse de los productos y frutos de la tierra adentro, de las minas de cobre y plata. Cádiz quedó siendo lo que era antes y además cabeza de colonización, punto de escala para traer el estaño de Inglaterra, puerto de entrada y salida de buques, playa comercial y en cierto modo plaza fuerte. Gran desarrollo debió tener la población en dicha época, siendo de presumir que alcanzara uno de sus períodos de mayor apogeo, y que relativamente á los tiempos, fuese, después de Tiro, la primera ciudad en importancia.

Otro Hércules vino postrimero con propósitos decididos de invasión y conquista. Uno de tantos capitanes griegos como en diversos tiempos invadieron nuestras costas, estableciendo colonias en muchos puntos, dejando su casta subsistente en Valencia, Cádiz y varias partes de Galicia.

Se ponderaba las riquezas de Tartesia, los jardines de las Hespérides, sus manzanas de

oro; sus lanas, cual ningunas, apreciadas para tejer mantos de púrpura y de reflejos dorados; y, como un antecesor de Hernán Cortés, dijo «¡Vamos por ello!»

Claro está que Cádiz fue el punto de embarque y base de operaciones, que la ciudad resistiría ó no. Los pueblos de la provincia sí; quedan en ellos vestigios y tradiciones históricas de lucha. Turdetanos, tartesos ó tartesios, fueron vencidos y arrojados: unos perecieron; otros se refugiaron en las sierras; algunos llegaron en la huída hasta los límites donde más tarde fue Sagunto, y allí se establecieron.

Quedan vestigios por la costa del Mediterráneo, los cuales difieren de los de las calzadas romanas, y que por tradición llevan el nombre de Camino de Hércules.



Como puede verse por lo dicho, Cádiz pasó de mariscadora á pescadora, de ahí á puerto de mar, marinera de costas, naviera y comerciante. Luego, sobre estos factores, punto de escala, almacén de depósito, base de operaciones de guerra y plaza fuerte.

De aquí al estado actual, pasando por Cartagineses, Romanos, Bárbaros del Norte, Mahometanos y Reconquistadores, no han cambiado de un modo considerable los elementos sociales.

Todo ha sido un subir y bajar, altas y bajas, períodos de avance y de retroceso: épocas de decadencia, hasta venir casi á los principios de mariscadores y pescadores; épocas de resurrección y aun de engrandecimiento, como á fines del siglo XVII y casi todo el XVIII, emulando á las ciudades marítimas de mayor prosperidad. En dichos siglos acuden de todas partes de Europa hombres de negocios para aprovecharse de su comercio. Ponen el pie en ella innúmeros negociantes y viajeros; la casta, ya mestiza de los primeros indígenas con Egipcios, Fenicios y Griegos, se mezcla y se diluye con la de provincianos vascos, catalanes, castellanos, mallorquines, y extranjeros de todas partes: irlandeses, escoceses, ingleses, franceses, italianos, alemanes y suizos. La suma de estas múltiples semillas, desenvolviéndose en el elemento más plástico, fijo y sedentario de la mujer, da lugar á la presente casta gaditana.

Las altas y las bajas sucesivas, tal y tan continuo empobrecer y enriquecerse, han impuesto é impreso en dicha casta el sello, el cuño especial y particular que la distingue física y moralmente, del modo y forma que verá el lector si tiene la paciencia de seguir pensando en lo que muy ligeramente apunto.

***

¿Qué es especie humana, qué raza, qué casta?

Por más que las anteriores preguntas parezcan resueltas en la etnología, la verdad obliga á declarar que no están resueltas, ni mucho menos.

Respetando la Biblia cual debe respetarse, y considerando su texto en muchas partes como simbólico, para dar á entender, por metáfora ó figura, cosas que los ignorantes no pueden conocer de otro modo; admitiendo de buen grado un Adán y una Eva como primera pareja asistida de la gracia, es evidente que el mundo no se fraguó en seis días, sino que los tales fueron períodos de siglos. Que hasta pasados muchos, el hombre

no habitó ni pudo ser habitante de la tierra. Que ha sido el último animal que aparece cronológicamente en los estratos terrenos. Y que sin gran violencia de la fe, ampliando la exégesis, como indica el Padre Ceferino, puede permitirse al naturalista y al etnólogo pensar ó inclinarse á la opinión de haber sido más de una las parejas primitivas que tuvieron su origen en el barro minero-orgánico, limo de la tierra: no inmediatamente y en un momento, sino mediatamente, en un día figurado por la necesidad del lenguaje, ó sea en un largo período evolutivo, en que el limo se transformó en fitozooglea, se desenvolvió en célula, primero vegetal y después animal, de donde salieron los dos reinos de la Naturaleza, hasta llegar al antropomorfo, y de uno ó varios mejor organizados y perfectos el bípedo antropoide, y por fin el hombre dotado de palabra.

Cierto que no se han encontrado todavía los fehacientes vestigios de tales antropomorfos, pero sí cráneos y esqueletos denunciadores de gentes paleoantrópicas, cuyo tipo no corresponde á la perfección ni la belleza del Apolo y de la Venus bíblicos, Adán y Eva.

Por nuestra parte, no tenemos autoridad, ni mucho menos empeño, en introducir variaciones tan importantes en la interpretación del texto bíblico; pero menos se puede impedir que la Ciencia establezca las hipótesis y funde sus teorías con el propósito de inquirir lo cierto, ni mi propia voluntad tiene dominio sobre mi cabeza para hacerle admitir ó desechar una opinión científica. En último término, quien procura conocer la verdad sincera y desinteresadamente busca á Dios, que es la verdad pura; y ésta con la bondad y la belleza infinitas son los atributos por donde mejor lo sentimos y reconocemos.

De todas suertes, sea cualquiera el valor y resultado de las antedichas hipótesis, lo que no ofrece género de duda es que no hay *especies* humanas: no hay más que *una sola* y *exclusiva* especie. La prueba es concluyente: las especies más análogas, el asno y el caballo, el carnero y la cabra, si se cruzan no producen híbridos fecundos; resultan híbridos estériles.

Mientras más distantes las razas humanas, más fecundos aparecen sus elementos de cruza. Los mulatos son más fecundos que los

negros y blancos entre sí. A cada paso se ven comprobaciones. Sin buscarlas, saltan á la vista.

La observación que sigue es personal. Un señor abogado, de la familia de los Santa María, de Alcalá de Guadaira, fué de magistrado á la Audiencia de Manila; jubilado, trájose á la vuelta un criadillo malayo, lo más feo, desvencijado y de mal ver que se pueda imaginar; tanto, que las gentes le pusieron el apodo de *Jarapo*. Pues bien, á pesar de su facha repugnante, al año comenzaron á aparecer *Jarapitos* en Alcalá; y á los dos años, si su amo no lo larga á Manila con viento fresco, cambia la casta de Alcalá por otra de mestizos. Las razas humanas, en cuanto á variedades, se asemejan á los perros: hay multitud de ellas, muy diversas las unas de las otras, pero forman una sola especie; todas pueden cruzarse y reproducirse. Hay razas evidentemente mejores y peores. Puede depender de la acción del medio externo actuando sobre los individuos durante siglos. Este punto está averiguado experimentalmente por la fisiología y la zootecnia.

Los toros y caballos de alta talla nacidos

en las campiñas andaluzas, si se trasladan á la sierra, disminuyen de altura y cambian de cualidades y forma á las pocas generaciones. Los estudios prácticos de los ingleses sobre sus razas de ganados no dejan lugar á dudas. El sol, la luz, el agua, el aire, los alimentos, el suelo, etc., *el medio externo*, en una palabra, cambia y modifica las razas y crea las subdivisiones taxonómicas de castas y familias.

Traslado á tal propósito el siguiente párrafo del publicista agrícola cordobés D. José Pérez de Gracia (1):

«Nuestra antigua raza merina, hoy casi »perdida, debía las condiciones de finura á »una conjunción especial del régimen dieté»tico y gimnástico, observado por nuestras »antiguas cabañas de tiempo inmemorial.

»En el largo período de la Reconquista co»menzaron los rebaños españoles á observar »el sistema de trashumación.

»Los terrenos del Centro y Mediodía de »España, cuyos pastos eran á veces del pri»mer ocupante, debían ser consumidos du-

(1) *Los forrajes y el ensilado en España*, p. 67.

»rante el invierno y primavera, pues en ve-
»rano los ganados de las montañas, acostum-
»brados á la eterna verdura, no los tomaban;
»y para este objeto comenzaron á organizar-
»se las manadas, que bajaban á pastar los
»meses fríos á Extremadura y Andalucía, y
»que apenas terminados éstos subían otra
»vez por las extensas veredas á veranear en
»los montes leoneses y castellanos. La cos-
»tumbre se hizo ley económica, y este hecho
»se repitió sin interrupción trescientos años,
»creando, como es natural, un tipo especial
»adaptado á tales circunstancias, de pequeña
»talla y firme esqueleto, avezado al duro
»ejercicio de la trashumación, de poca carne,
»sumamente fina, como debida á una rica
»variedad de alimentos; sobrio y resistente,
»de vellón cubriendo todo el cuerpo, como
»protegiendo al animal de toda suerte de in-
»temperies y varios climas en que constante-
»mente vivía; de lana corta, como creada
»por un estómago reducido á las duras exi-
»gencias del viaje, y muy fina y ondulada,
»muy adaptable y dulce, como para proteger
»aún más al animal; tipo que por la consan-
»guinidad y la igualdad de régimen, seguido

»con tenaz constancia, adquirió unos carac-
»teres tales de consistencia, de fijeza, que aún
»hoy, que llevamos cien años de haber va-
»riado totalmente aquellas circunstancias, no
»ha desaparecido y conserva signos de su pe-
»renne belleza, que no fue bondad sino por
»razones de tiempo.

»El tipo de lanas merinas, finas, cortas,
»fue notable en los mercados de Europa. Por
»un accidente de la industria de los tejidos,
»se buscó al animal que la producía: se vino
»á España por él, se importó en todos los
»países, y nuestras lanas y todas las simila-
»res valieron á peso de oro. Pero la indus-
»tria creyó á poco que era mejor la fibra
»más larga y empezó á exigirla: los alema-
»nes, los franceses y los ingleses comenza-
»ron á reformar los tipos importados para
»producir lo que el mercado exigía: y éste
»siguió pagando las lanas, cada vez de fibra
»más larga, cada vez á precios más caros
»por crecientes exigencias, y cada vez más
»baratos los de fibra corta. En España se
»continuó haciendo tipo merino de lanas
»cortas; como que no sabían hacer otra cosa,
»y aun ésto lo hacían por razones de acci-

»dente independientes de la reflexión. Cam»biaron los tiempos: la Revolución francesa »produjo en España la desamortización de »bienes; se acabaron las dehesas comunales, »las grandes veredas, el vivir de milagro y »de conquista; y con esto el tipo merino, »perfectamente bello y admirable pero ab»solutamente irracional, como producto de »la casualidad, se embasteció sin agrandar»se, perdió la finura y el hermoso rizado la »lana, se descubrieron las extremidades y se »alargaron (¡como que ya no atravesarían »montañas!), se destocó la cara y creció el »hueso; y de aquel tipo que Europa nos en»vidió, sólo nos quedaron los cuernos.»

Véase, pues, cuánto pueden variar las formas, condiciones y aptitudes de los individuos, en virtud de las condiciones del medio externo.

Preveo cómo no dejará de haber algún lector que tuerza el gesto y proteste de que confundamos hombres y animales, y queramos aplicar una misma doctrina á racionales y carneros. Pero si bien lo medita, habrá de ver que cualquiera que sea la diferencia, como seres orgánicos, como vertebrados y

como mamíferos, están sujetos á la misma ley biológica.

No es ocasión ahora, ni éste el lugar, de discutir las diferencias existentes entre racionales é irracionales: nos apartaría demasiado de nuestro asunto. Pero desde luego se puede asegurar que la mayoría de las gentes tienen ideas falsas ó exageradas acerca de la separación radical y absoluta, en todo y por todo, de la especie humana y las demás.

Existe tanta ó más diferencia entre un solípedo y un paquidermo, como entre los cuadrumanos y el bosquimán.

El amor propio nos ha llevado á considerarnos, no solamente como el sér más perfecto de la creación, sino como cosa enteramente desligada y distinta de los demás. No es extraño. Ha sido preciso el transcurso de muchos siglos, la intervención de la palabra divina y hasta el sacrificio del Hijo de Dios, para que los hombres mismos se consideren y reconozcan como hermanos. Todavía quedan castas que se consideran superiores y miran á los demás como se miraba á los Parias, como gente de otra especie, poco más que las bestias de carga.

No ha de costar menos tiempo para que se admitan en su punto las analogías y las diferencias existentes entre los diversos seres, incluso el sér humano, y sustituirse por la verdadera doctrina las que el orgullo, la vanidad y las mismas preocupaciones religiosas han arraigado.

—Pero, señor—habrá quien diga,—¿qué se adelanta con que el hombre se considere á sí mismo como andando en cuatro patas?

Nada, mirando así las cosas; porque es la verdad que anda en dos, y que hace esculturas, pinta cuadros, lanza puentes, construye máquinas poderosas con las cuales atraviesa el mar y domina las tempestades. Pero ¿hace nada de eso el patagón? Considérese que, si educado convenientemente podría llegar á hacerlo, era de todo punto indispensable separarlo y sacarlo totalmente de su medio externo; lo cual es nueva é inconcusa demostración y prueba de su influencia en la humanidad también.

Añado y pruebo más: que el medio externo actúa en los hombres más hondamente que en los animales, porque del medio externo surge para él la sociedad que, mejo-

rando grado á grado las condiciones duras, para la mejor moral é higiene, *crea* á su vez, en lo que denominamos medio interno, un nuevo mundo psíquico, que es quien erige estatuas, hace imágenes, las fija en lienzo ó talla, lanza puentes, etc.



Ahora bien; si hemos molestado á los lectores, perdonen indulgentes. No era posible, sin las premisas establecidas, sacar las justas consecuencias. Decir que las gaditanas son aseadas porque sí, no es demostrarlo, ni ofrece más utilidad que la futileza de una frase de dudosa discreción. Declarar los fundamentos de por qué son aseadas, por qué deben serlo y tienen que serlo, vale como prueba inconcusa; prueba que además es fecunda, pues fija y afirma dicha buena condición y da la clave para mejorar en otros pueblos esa condición misma.

Así de las demás. No me he propuesto adular á las gaditanas con el galanteo algo cursi que suelen los oradores emplear al comenzar los discursos. Me propongo retratar-

las tales cuales son y exponer las causas, los orígenes y los motivos de su especial fisonomía física y moral.

Cuatro palabras más sobre las relaciones del medio externo con el interno, para concluir y entrar en el fondo del asunto.

*
* *

El medio interno no es cosa de mi invención. La biología denomina medio externo á todo lo que rodea y puede influir y actuar en las criaturas, así vegetales como animales. Ya lo sabemos: luz, calor, aires, aguas, lugares, alimentos, etc.

Llámase medio interno á lo que ya constituye los organismos: sucos ó jugos acuosos, savia ó sangre, celulosa y tejido celular; principios inmediatos, como grasas, albúminas, glucosa, etc., etc. En una palabra, todo lo que constituye nuestra fábrica y está de piel adentro.

Ahora bien; entre el medio externo y el interno se establece un comercio de cambio y circulación. El medio externo se nos introduce por la boca en función de respirar, de

comer y de beber. Por la piel en función de iluminación, calorificación, aspiración é imbibición. Con este entrar de sólidos, líquidos, gases y fluídos imponderables, como el calor y la luz y la electricidad, se va creando y recomponiendo molécula á molécula y parte por parte el cuerpo humano, al igual que los otros animales, y esencialmente al igual también que los vegetales, aunque éstos carezcan de boca en apariencia.

A medida que entran cosas del medio externo en el medio interno de los individuos, van saliendo otras cosas, desecho de las funciones de la vida: excrementos sólidos y líquidos, sudor, gases espirados; productos que devolvemos al medio externo y que contribuyen á la economía general de la Naturaleza.

Tales cambios tienen su círculo en cada especie de seres; en algunos, muy cerrado, muy pequeño. En las madréporas, redúcese á apropiarse el agua del mar y tomar de ella lo preciso, fijar sus elementos calcáreos, emplearlos en construir su caparazón y vivienda, reproducirse y entregar su totalidad al mundo externo.

En los insectos el asunto se complica. En ellos se advierten señales inequívocas de inteligencia. El círculo descrito por el cambio del mundo externo con el interno se agranda considerablemente. La resultante de ese cambio no es una simple masa de caliza. Ya resultan funciones más trascendentales, cierta industria, etc. El medio interno, pues, forma algo en sí que se manifiesta fuera de sí: *produce*. No puede decirse que *crea*, porque sus actos son uniformes, medidos, de una manera y no de otra. Responde á un patrón determinado: no á un juicio libre, susceptible de acierto ó desacierto; sino á un impulso apetitivo, que no otra cosa es lo que se conoce con el nombre de instinto. Así, de más en más y grado á grado, se llega á ciertos mamíferos, que, como los elefantes y los perros, declaran como *producto* de su cambio con el medio externo fenómenos intelectuales, bajo el aspecto afectivo, moral y psíquico.

Llegando á este punto, nuestro mal hábito de ver las cosas, no como son, sino como nos las enseñan, tropieza con una dificultad, cual es la de concebir y darse cuenta de dónde residen los linderos que nos separan del

resto de los seres. No estableciéndolos en la razón, y no considerando á ésta como expresión de un alma que somos, ¿á qué quedamos, pues, reducidos?

***

Conozco haber llegado á una tesis demasiado profunda para ser tratada en apuntes. Compréndase ó no lo que dejamos indicado; créase ó difiérase de parecer, teníamos necesidad de establecer las premisas de que se deriva el estudio físico y moral de las mujeres gaditanas. Confieso que si la teoría de la evolución es conocida y aceptada en general por naturalistas y biólogos, no sucede lo mismo á psicólogos y moralistas.

Hácense hoy nuevos estudios bajo un doble aspecto psico-físico. Algo hay que esperar de ellos.

Perentoriamente, adelantaré una parte del resultado de mi parecer.

Existe un prejuicio y mala concepción de lo que debe entenderse por espíritu. El concepto de él es grosero. A fuerza de quererlo sublimar se rebaja, considerándolo como cosa sutil, que se evapora á modo del espíri-

tu de vino. Y no es eso: el espíritu es una ESENCIA *esencialmente* inobjetiva y *esencialmente* subjetiva; esto es, que no hiere ni se hace sensible á los sentidos exteriores, los cuales resultan sordos y ciegos para él. En cambio, hiere y despierta y se hace muy perceptible para los sentidos interiores.

Dicha entidad tampoco nace hecha en el hombre, como su propia carne y huesos no nacen hechos. Nace de un germen anterior, como nacen los organismos; que puede ó no llegar á ser, que puede desarrollarse ó quedar abortado á un nivel más bajo que el de algunas bestias, ó desenvolverse tanto y tanto que llegue á besar los pies del Supremo Hacedor. En el primer caso, claro está que no tiene otro porvenir reservado que el porvenir del fuego, el porvenir de la materia que constituye el medio externo y el medio interno, porque toda materia es fuego (calor) en último análisis. En el segundo, claro está también que su ciclo es ultraterreno y su existir más allá de los siglos.

Lo son las obras de los buenos. ¿No han de serlo ellos mismos?

* * *

Concluyo de lo dicho que el hombre no es inmortal en los principios, como no es hombre en la primera semana de embarazo. Puede llegar á serlo si alcanza la pubertad; pero antes sólo es un embrión, un feto, un niño. Tendrá toda la virtualidad que se quiera para llegar á hombre, pero no si le faltó actuar la potencialidad para lograrlo.

Hombres-niños son los salvajes. Hombres puramente animales, los que en su evolución entre el medio externo é interno no salen del círculo de sí mismos, de lo que inmediatamente apetecen, bueno ó malo, justo ó injusto, con tal que sea para sí. Tales personas reducen su existencia á lo que la reduce la madrépora: comer, reproducirse y dejar su caparazón relegado á la tierra; á la tierra, que no es más que una concreción del sol, y por tanto, del fuego.



La evolución psíquica requiere más estudio que la evolución orgánica. Es más profunda. Sería temerario en el actual momento poner siquiera los jalones de este asunto. Pero en

verdad digo: que ese otro nuevo mundo que constituye el positivo «*Yo-Conciencia*» procede de un germen originado por el comercio del medio externo con el interno, germen que puede llegar, y á veces llega, á la sublimidad supracrónica y supratópica; no en el antes, pero sí en el después. Y en verdad también afirmo que esa evolución en el campo del espíritu se fortifica, depura, crece y avalora con el dolor y el sufrimiento, la resignación y el amor: estados afectivos y morales que actuando históricamente é influyendo con la varia fortuna en los habitantes de Cádiz, y principalmente en las mujeres, ha dado lugar á una casta superior diferenciada que procuraremos describir.

***

Desde el punto y hora en que tuvo lugar la evolución de los habitantes de mariscadores á pescadores, se efectuó en el hombre y en la mujer un cambio social que modificó el modo de vivir. El hombre se hizo menos estante; la mujer, más sedentaria.

No es preciso haber vivido en aquellos

tiempos, para afirmarlo como cosa vista y averiguada. La lógica, la razón, la experiencia actual y las leyes naturales, dejan ver y comprender el hecho de una manera perfecta.

No comprendo el afán reaccionario de llevarnos á estados de tiempos que pasaron, por el pueril sentir de que *todo tiempo pasado fue mejor*. No deben apurarse; no desaparece lo viejo tan aína. Quien tenga tales gustos, puede irse á vivir á la isla de los Mosquitos: lo pasará muy ricamente en cueros, tirado á la bartola, untado el cuerpo con manteca de palma y sin tener que trabajar ni menearse; le basta con pasarse la mano por el otro brazo ó la barriga, arrollar los mosquitos pegados á su piel, hacer con ellos una bola, y ¡al boquete de los labios hasta hartarse!

Facilísimo es conducir á los enamorados del pretérito á cien lugares de España, donde podrán vivir como en los tiempos de nuestro Rey y Señor Don Felipe II.

Sin movernos de Cádiz, podrán ir á varios sitios extramuros donde puedan ver al mismo mariscador de la prehistoria, con su mujer y familia, viviendo sobre poco más ó menos como cuando se vieron sorprendidos por el

Hércules egipcio. Se comete un error necio creyendo que las cosas se extinguen de todo en todo. No hay diluvio en que no quede algún arca. No hay época ni civilización, por adelantada que esté, que no conserve restos de usos, costumbres y sangre de los tiempos más remotos. Y hago en ello hincapié porque este hecho, completamente cierto, da la clave y explica varias cosas que resultan en las mujeres gaditanas, y ciertos casos singulares de atavismo como el que voy á referir.

Siendo disector en el Colegio de Medicina, encontré sobre la mesa del anfiteatro el cadáver de un hombre que llamó fuertemente mi atención.

Advierto que los cadáveres ejercen el efecto de excitarme la cabeza. Todo en ellos atrae mi curiosidad. Si no se les mirara con horror y repugnancia, podría leerse en ellos cosas profundísimas: su aspecto, talla, actitud, edad, fisonomía, sexo y otras cosas exteriores, parecen mostrar un libro que relata la vida del ya cadáver.

Aquél era un hombre de cincuenta años, de estatura más que regular, fornido, con esqueleto ancho y músculos robustos, exagera-

damente velludo, tostado con la pátina que da el mar. Debió morir de cosa aguda, según lo entero y fuerte. Me pareció marinero; pero sus manos, proporcionalmente pequeñas y carnudas, rectificaron la impresión. En cambio, los pies anchos, fuertemente callosos por la planta, de gruesos dedos é independientes, contradecían la profesión del marinero que anda sobre tablas lisas, y denunciaban al mariscador.

Pedí la hoja de procedencia: declaraba venir del Hospital de San Juan de Dios, haber muerto de pulmonía, y llamarse D. T.

Nombre y apellidos eran iguales á los de un antiguo catedrático que no alcancé, pero cuyo nombre había llegado á mis oídos. Hice averiguaciones: y en efecto, aquel cadáver procedía de una familia distinguida, era hijo único de dicho profesor. Se había educado en correspondencia con su clase; pero, rudo ó poco aficionado á los estudios, no pasó de la primera enseñanza.

Vivió regularmente á expensas de su padre, hasta que éste falleció. Luego fue tirando de la exigua herencia, sin ocuparse en nada. Por distraerse, se aficionó á pescar con caña;

pero al cabo, la falta de recursos le llevó á mariscar. Así, mariscando habitualmente y echando la caña en ocasiones propicias, pasó la vida, hasta que la pulmonía le puso término. Sus hábitos, sus relaciones sociales, su vestir, sus costumbres, su fisonomía, su cuerpo, todo había variado de lo que ofrece una persona bien nacida.



Decía, pues, que desde el punto en que el mariscador pasó á pescador, dejó de ser sedentario él, y acrecentóse en su mujer esta condición.

Mariscando, hombres y mujeres ejecutan iguales actos. Si hay alguna diferencia, es poca. La mujer, como el marido, arranca moluscos, apresa los crustáceos, recoge leñas y maderas que el mar arroja, reune las algas y las pone al sol, para una vez secas hacer lumbre ó que sirvan de lecho en la barraca; cuida algo del lavado, poco del cosido, porque visten de jirones. Guisar, no es muy preciso: ostras, almejas, erizos, saben muy bien crudos; pero, en fin, por un refinamien-

to relativo, se cuecen cangrejos y camarones con el agua del mar. La pesca de orilla, con anzuelo ó nasa, no varía los hábitos ni el modo de vivir; pero la pesca en barcos y con redes, sí; mucho más, si la pesca es de altura.

A medida de tales progresos se fue modificando en varias direcciones la existencia social, ya desde el punto de vista de la relación de los sexos, ya desde el de la maternidad y la familia. Antes que la ley religiosa actuara en los humanos, tuvo que regirse la asociación del hombre y la mujer por la necesidad económica. El mariscador no pudo asociarse más que á una sola mujer, para mantenerse ella misma, como él, con su propio trabajo.

Ya pescador de altura, varían las circunstancias y el régimen. La familia tuvo que sufrir profundo cambio. Ausente del hogar el varón por más ó menos tiempo, la mujer quedaba desamparada á sus propios esfuerzos. No constituído el matrimonio, se juntaba el hombre con la mujer que le fuera más fácil y tuviera más á mano. De aquí, un estado mixto de poliandria y poligamia, en el que por grados y á medida que aumentase la

sucesión, tenía que vencer la poliandria y su consecuencia ineludible en la constitución social: esto es, el matriarcado. Los hijos no conocían padres, sino solamente madres. Ellas, pues, eran dueñas y cabeza de familia, y por consiguiente, jefes del clan ó población.

Estudiando las condiciones del terreno, la evolución de dicho estado social no pudo tener cumplido efecto en los puntos apropiados para mariscar. Debió tenerlo en lugares de playa donde el mar no ofreciese rocas ni rompientes, donde pudieran anclar los barcos sin constante peligro.

La Caleta parece á primera vista reunir tales condiciones, pero su pequeñez hace que en la pleamar no quede tierra para el establecimiento de barracas ni poblado; en tal virtud, la gente pescadora tuvo que alejarse algún tanto del peñón gaditano y establecerse por los alrededores de la torre de Sancti-petri. Seguramente, tanto por lo dicho como porque desde allí hasta el Estrecho se establece el paso y pesquería de los atunes, en ese litoral hubieron de erigirse las manchas de poblado matriarcales, correspondientes á la industria que las había de sostener.

Algún rastro se colige por la tradición y por la historia, que fija el principal templo de Hércules, torre ó columna de Hércules, hacia dicho Sanctipetri. También quedan algunas indicaciones y barruntos de que por allí hubo ejército de amazonas, y que invadieron las costas africanas, arraigando su institución. Y obsérvese, que el hecho de dedicarse las mujeres al oficio de la guerra, es consecuencia precisa de una última evolución de las sociedades matriarcales.

De todas suertes, Cádiz, aunque por su topografía quedase siendo más mariscadora que pescadora, por la circunstancia natural de su bahía y puerto, tuvo que erigirse en cabeza, depósito y punto de distribución de los productos de la pesca, y en lugar donde se construyesen barcos y aparejos y donde se reparasen. Tales elementos comerciales é industriales no alcanzaron á extinguir el primero, ó sea el mariscador; el cual, obsérvese bien, *hoy mismo persiste subsistente*, aunque velado y oculto por industrias más valiosas é importantes que ocupan á mucho mayor número de gentes.

Márcase bien aquí el segundo período de

la vida gaditana, donde empieza su época histórica y que por muchos siglos graba en sus monedas, con atunes esculpidos y el arpón, tridente ó fija, con que se les hiere y apresa.

Bien puede decirse que desde este punto quedaron establecidos los elementos esenciales constitutivos de la ciudad gaditana, y que de él en adelante no se produce sino una serie de oleajes en que el nivel de su prosperidad sube ó baja como las aguas del mar que le rodea.

Y deseo que se fije bien la atención del lector en este hecho capital: las altas y bajas, las prosperidades y decadencias de la población, nunca llegan á alcanzar ni afectar á las dos industrias primordiales, mariscadora y pesquera. Vienen y van en los círculos de las industrias posteriores: naviera, comercial, bancaria, constructoras de edificios, mobiliarios, etc.: pero, las dos primitivas jamás desaparecen.



Las cosas morales tienen su raíz en los fundamentos de la vida social.—En el estu-

dio particularizado que hemos de hacer de las mujeres gaditanas se verá patentizada la realidad de esta ley y se comprenderán los motivos de sus efectos y consecuencias.

***

Elementos religiosos.—Las diversas religiones positivas que han venido ejerciendo su poderoso influjo en Cádiz, y el número de sus gentes de diferentes creencias, han dado lugar á un espíritu especial, difícil de analizar y dar á conocer. A primera vista sólo se advierte que las mujeres son más tolerantes que la generalidad de las otras españolas.

Cada pueblo cree en su dogma por los siglos de los siglos... hasta que otro dogma se abre paso y le sustituye.

Cádiz, dominada por egipcios, levantó templos y adoró á sus divinidades. Dominada por fenicios, levantó templos y adoró á las suyas. Dominada por griegos, cartagineses y romanos, hizo otro tanto. Y así llegó á un grado de creencia tan vaga é indiferente en la forma y en los ritos, como fuerte en el sentimiento de una cosa superior, de un Sér Supremo creador del cielo y de la tierra.

Desde tal punto de vista resulta muy ferviente; comparado con otros que exteriorizan sus devociones por calles, plazas y calvarios, parece tibio.

Pocos pueblos españoles invocan menos á Dios y á los santos en público. Pocos también que los invoquen más en la soledad y en los actos íntimos de la vida.

No podía ni debía ser de otra manera. Las gaditanas, en trato y relaciones constantes con infinitos extranjeros durante los siglos pasados y presentes, de generación en generación, no podían ni debían, por justas consideraciones y necesario comedimiento, ser intolerantes con las creencias de los demás ni hacer gala inoportuna de las suyas propias.

***

Caracteres físicos.—Los caracteres físicos de la casta gaditana se perciben mejor en la mujer que en el hombre. El motivo consiste en que aquí la mujer es completamente sedentaria, y el hombre no. A éste lo desvía de un tipo medio uniforme la frecuencia de los forasteros que se establecen en la ciudad,

los diversos oficios, los viajes, el género de vida y otras circunstancias.

Muchos de los que habitan la ciudad son recién venidos, de un año á un siglo antes, ya de Italia, ya de Irlanda, ya de la montaña de Santander, etc.

La mujer, por el contrario, generalmente es gaditana de abolengo, apellídese Harmony ó Smit: su madre y sus abuelos remontan la prosapia puede que á los fenicios ó á las mujeres del matriarcado. Que así como hemos visto las primeras industrias naturales subsistentes, si bien oscurecidas, de igual manera perdura la sangre primitiva y *ab origine* en la gaditana, aunque velada y modificada con el batido de otras sangres nuevas.

De aquí resulta una casta especial, que se parece á todas y á ninguna de las razas arias y orientales, diferenciándose de cada una de ellas por tenues rasgos poco acentuados, pero perceptibles, y que las gentes suelen expresar de esta manera: «Las gaditanas tienen un no sé qué.»

En efecto, tienen *un no sé qué*, que es curioso y conveniente averiguar.

***

Lo primero que se necesita para ello es colocarse en el punto de vista anotado, no dejarse llevar de prejuicios, tomar para la observación el mayor número posible de ejemplares y buscar en la suma el término medio.

Así evitaremos incurrir en la ligereza de aquel turista que llegando á Sevilla vió á una criada barriendo en un balcón, y sacando su cartera, apuntó: «En Sevilla las mujeres son rubias y se ocupan en barrer.»

Cuando afirmo alguna cosa de las mujeres gaditanas, entiéndase que no implica que no haya alguna de quien no pueda afirmarse sino lo contrario. Nadie que tenga ojos negará que generalmente son guapas; sin embargo, hay algunas feas. A este propósito recuerdo un señor alto, flaco, color aceituno, nariz larga, delgada y corva. Era viudo, corredor de aduanas.

Como hombre no tenía nada de guapo, pero tampoco llamaba la atención por feo. Tenía siete hijas, siete; y todas ellas, por desgracia, eran fiel trasunto del padre, porque la talla, delgadez, color verdoso y nariz desproporcionada, las hacía tan uniformemente feas que daba compasión.

Luego, como carecían de madre, el señor tenía que llevarlas á todas partes, generalmente juntas: él, del brazo de la mayor, que tendría treinta años; delante las dos que seguían en edad; más allá las otras dos por igual orden; y á la cabeza las dos hijas últimas, de dieciocho y diecinueve años. Decíanlas por mote «los siete pecados mortales».

Las excepciones confirman las reglas, y la regla en Cádiz es que la mujer sea bella.

Su belleza no es tan acentuada como la griega, ni tan correcta. Tiene bastante de ella, que no en balde fue griega la invasión y dominación del tercer Hércules; pero como posteriormente han entrado en la cruza otros muchos elementos, queda el griego apagado, menos patente que en algunos litorales de Valencia, y menos puro sobre todo que en las costas de Galicia. Es una belleza fina, dulce, sencilla como la flor del almendro.

Los ojos, la nariz, la boca, sin ser extraordinariamente hermosos, están armónicamente colocados en el bien proporcionado óvalo facial, destellando expresión simpática y atractiva.

El color, blanco pálido ó levemente sonrosado; sus sombras, algo azules.

El cuerpo, esbelto, flexible, alto de pechos, ancho de caderas. Muslos y brazos mórbidos, rodilla en cintura, pierna regular y su caña delgada, pie muy breve y alto de empeine.

Su actitud, en pie ó sentada, es digna, bien aplomada y modesta. El andar, gracioso, sin desgarro: paso blando, acompasado y leve.

Ninguno de los dichos caracteres se debe á la casualidad. Todos tienen su motivo.

La gaditana, como hemos dicho, es un producto de los más híbridos. Sin remontarnos á los orígenes, basta pasar la vista por la *Guia de forasteros* y leer los apellidos. Lo que pasa hoy pasó antes. Podrán verse en dicho nomenclator nombres castellanos, ingleses, italianos, franceses, rusos, alemanes y de todas las naciones. Estas capas sociales de hoy proceden de otras estratificaciones anteriores más antiguas que, no por serlo, dejan de subsistir en sus descendientes; de igual modo é idéntica manera que, aun muertos, pulverizados y consumidos los hue-

sos de los primitivos mariscadores, subsisten sus sucesores sustentándose lo mismo.

La hibridez ha debilitado los rasgos orientales, egipcios y griegos, como ha poco dijimos, pero ha dejado impreso cierto hálito de aquellas gentes, hálito que se percibe si con atención y cuidado se olfatea, y que suele advertirse donde menos se espera, en la cocina: en los pucheros y cazuelas de uso general, tan iguales é idénticos á los fenicios que, si introduciéndonos furtivamente en el Museo Británico cambiáramos sus ollas y cazuelas de Tiro por ollas y cazuelas de Medina, nadie podría conocerlo.

El tipo más cercano, aunque bastante distanciado, de la mujer gaditana, podría resultar de la fusión hecha mentalmente de la genovesa y veneciana. La genovesa es más alta, más linfática, menos esbelta; la veneciana más lánguida, más nerviosa, de ojos mayores y nariz más perfecta.

El color blanco, limpio, pálido ó levemente sonrosado, depende de la constante vida urbana que hace la mujer. Sale poco al sol, nada al campo. Los domingos y días festivos, á misa por la mañana temprano. A pa-

seo por las tardes, de las siete á las ocho, en el verano; más frecuentemente de noche, á la plaza de Mina ó San Antonio.

El sonrosado y las sombras azules lo produce la finura del epidermis, transparentando los capilares arteriales y venosos; y la delgadez epidérmica, la vida doméstica y urbana.

El cuerpo esbelto, flexible, alto de pecho y ancho de caderas, procede del pavimento, desprovisto de cuestas, hoyos y tropiezos.

Igualmente el andar. Emplean en aire y gracia de movimientos lo que no tienen necesidad de gastar en esfuerzo para vencer obstáculos y guardar el equilibrio.

El pie breve y alto de empeine depende de la regularidad de las aceras y de las cortas distancias de un punto á otro de la ciudad. Agréguese que las gaditanas no soportan pesos ni tienen que sostener más que el de su propia persona. Si tuviesen que vivir en Londres ó París y no dispusieran de carruaje, ya tendrían que echar el paso largo, hacer jornadas; y su pie bajaría de empeine y crecería, so pena de no llegar á ninguna parte.

La actitud y el andar graciosos, provienen:

la primera, de la buena educación que induce el buen trato social; lo segundo, del pavimento, anchura de caderas y demás circunstancias que dejamos indicadas.

***

Una cosa es la *instrucción* y otra la *educación.*

La instrucción de la mujer gaditana es escasa y superficial; casi igual, poco más ó menos, que la de las señoras de clase media para arriba en las otras capitales españolas.

En cambio, su educación no deja nada que desear. No la trueco por la de Londres ó París. Nada he conocido en las ciudades de Europa ni de América que la supere.

Tanto es así, que por afectarla y copiarla cierta clase de personas, lo hacen caricaturescamente, exagerando la nota y denunciando así una finura supuesta, relamida, que ha dado lugar á la calificación de *cursi.*

Dicha palabra, nacida en Cádiz, ha motivado la investigación de los curiosos y varios pareceres, equivocados en mi concepto. No

tuvo origen en nada de lo supuesto y publicado en diversos periódicos. Nació de la real existencia de la exageración afectada de formas, expresión, lenguaje recalcado sobre la *s,* maneras y vestidos, que dan á esa clase de personas un carácter de *doublé*, de cosa pretenciosa, falsa, afectada y ridícula. La palabra nació de la necesidad de significar esa cosa, ese defecto, y surgió felizmente porque su fonética *¡curr...sii!* (que fue como se pronunció en su origen y en mis tiempos, prolongando mucho la *r* de la primera sílaba y la *i* de la segunda) se amolda perfectamente á la idea que estaba en el aire, sin cristalizar en un signo fonético. ¿Quién fue el ocurrente que primero pronunció la palabra? Importa poco. Creo que nació en el Colegio de Medicina. Me inclino á tal opinión por ser una ocurrencia, y en eso de ocurrencias no hay clase más ocurrente que la de los estudiantes. Tengo, además, otros motivos. Los colegiales, gente avispada, pero de poco fuste, buscan sus relaciones íntimas en sociedades de posición menguada, que es precisamente la que vive en continuo representar *Los pavos reales*.

En el Colegio se atribuía la invención de la palabra á un estudiante asturiano llamado Zarandeses, que por travieso, calavera y ocurrente dejó fama de dar tres y raya á los estudiantes andaluces.

La afectación de una cosa es la mejor prueba de la estimación que se le consagra. No se fabricarían diamantes americanos si los diamantes verdaderos dejaran de ser tan estimados.

La afectación de una educación superior, fina y esmerada, manifiesta de modo patente que la de la gaditana es envidiable, y así lo es en realidad.

Por lo común, á las mujeres ó se les habla en galanteo ó no se sabe qué decirles. Las gaditanas constituyen una excepción. Sin ser literatas, sin saber nada de ciencias, poquísimo de geografía y menos de historia, dan pábulo á conversaciones variadas y amenas, á un trato desinteresado y amable de sociedad y sumamente discreto, sobre los asuntos corrientes de la vida.

Se puede ser amigo íntimo de ellas sin compromiso; tienen el don de cultivar las amistades, estableciendo perfectamente el

límite entre tales afectos y los de sus relaciones amorosas.

La coquetería gaditana femenina es encantadora por su finura. Jamás traspasa los límites del pudor. Atrae, pero no provoca.

En el hablar tienen su tono y dejillo andaluz atenuado. No domina la *z* como en los pueblos de la provincia y otras capitales andaluzas; más bien abusan de la *s*.

El dejo y cadencia es dulce, pero natural; no meloso, como el de las cubanas y mejicanas. Son reposadas y modestas en su continente, vivas y graciosas en las frases.

Sus afecciones amorosas, menos ardientes que profundas.

De aquí resultan modelos de constancia y fidelidad.

Nada de lo que digo lo afirmo por esa simple costumbre de adular á las mujeres. Expongo lo observado por mis propios ojos, por estudio atento sobre los ejemplares vivos que he tenido ocasión de tratar. Son comunes, muy comunes en Cádiz los ejemplares de mujeres (entiéndase señoras) que sostienen noviazgos, sin esperanza de casamiento, desde la infancia á la vejez.

Tal fidelidad y tal desinterés y constancia llegan á veces á un grado cómico.

Vecina de mi casa conocí á una señorita de cincuenta y cinco años de edad. Desde los quince mantenía relaciones honestas con su novio, cinco años mayor de edad.

Por cierto que se apellidaba Mártir, aunque llevaba su estado con singular paciencia. Huérfano de un jefe, no recuerdo si de la marina ó del ejército, se crió al calor de su madre y una hermana que vivían de la viudedad, y la hija, después, de la orfandad. Sin carrera, esperando que le lloviese del cielo algún empleo, se pasó siendo novio hasta la senectud. Así continuaban cuando salí de Cádiz: ella haciendo labores y él teniéndole las madejas para devanar, mirándose á la cara dulcemente, desde las once del día á las dos de la tarde, y desde las cuatro á las once de la noche.

Todo tiene su compensación en este mundo. Los anhelos insatisfechos placen más en la esperanza de lograrlos que con el hecho de obtenerlos.

Parecida constancia suele verse en los demás estados de relaciones amorosas, aun en

gaditanas que por su género de vida no parecen apropiadas para servir de ejemplo. Citaré, entre otros, el siguiente caso.

Por simpatías políticas trabé amistad con un piloto que había hecho su carrera en la trata de negros.

Era un hombre de veinticinco á veintisiete años; no había llegado á capitán. Alto, enjuto, ancho de pecho y recia contextura; ágil, de mirada franca, firme y penetrante; resuelto, exuberante de vida y energía; generoso á rayar en gastador: todo lo cual le hacía muy simpático y persona de dominio, por valor no afectado y natural gallardía.

Su armador, acaudalado ya, dejó el negocio de la trata, por entonces en sus postrimerías, y que los cruceros ingleses dificultaban, haciéndolo peligroso y eventual.

El capitán del barco se retiró con sus ahorros, y mi buen piloto quedó desembarcado con doscientas onzas en el bolsillo. Gozó con ellas mientras buscaba nueva colocación; no encontrándola en Cuba, vino á Cádiz. Aquí se alojó en una casa de huéspedes establecida por un buen cocinero, que casó con una

joven para él llamativamente hermosa, dejándola viuda y sin hijos á los tres años. Continuó ésta al frente de la casa; y á pesar de que su belleza en aquel tráfico resultaba como peseta á la puerta de iglesia, lo cierto es que ningún huésped ni solicitante pudo vanagloriarse de recogerla. Así pasaron dos años. No tenía facha de haber nacido para perpetua continencia: blanca, gruesecita, de estatura regular, pelo negro ondulado que azuleaba reflejos como las alas de las golondrinas; ojos grandes, hermosos, negros también como el abismo; cejas á pincel, largas pestañas, pecho algo exuberante, andar gracioso y firme.

Sin duda, de casada se acostumbró á oir con indiferencia requiebros y chicoleos; y lo probable es que, por cálculo, por no dar en menosprecio su hermosura, se había propuesto vivir inmaculada, en espera de un verdadero enamorado, de regular fortuna, que le ofreciese la mano de marido.

Pero llegó el piloto, que llamaremos Pepe; y á poco, fallidos todos los cálculos.

Todavía le quedaban cuartejos, que, bien gastados, pudieran durarle un par de años;

pero, dadivoso, apenas si llegaron á ocho meses.

Entretanto se ocupaba en dos cosas: en buscar embarque y conspirar contra Narváez. Por esto y por sus prendas nos hicimos amigos. Él ejercía influencia sobre mí y yo sobre él, no sé por qué y á pesar de mi menor edad (diecinueve años entonces).

No encontrando acomodo, llegó á gastar el último real. La amante le rogaba que no se preocupara por tan poca cosa; pero él no era para avenirse á vivir á costa de nadie, y mucho menos de una mujer. Con eso y con no haber cuajado su proyecto entre manos de sublevar la guarnición y apoderarse por sorpresa de la fragata *Cortés*, decidió abandonar á Cádiz para buscar trabajo en otra parte.

Yo, que poseía su confianza, sé bien cuánto le costaba el sacrificio; pero, verdaderamente delicado, tuvo suficiente fuerza de voluntad para soltarse de los brazos de su amante.

Prometiéronse sinceramente continuar las relaciones y volver á unirse tan pronto como pudiesen.

Como los marinos se transportan gratis los unos á los otros, tomó embarque para Veracruz. Supe que llegó bien y encontró un modesto acomodo en barco de vela que hacía su ruta en el golfo de Méjico; pero al año, poco más, atacado del vómito, falleció.

¡Verdadero dolor de hombre, que, á pesar de haberse educado en la trata, era modelo de nobleza, generosidad y valor!

La pobre amante lo lloró como á su bien perdido. No hizo hipócrita ocultación de sus amores. Vistió de luto riguroso por dos años. Me consta á ciencia cierta que tuvo pretendientes para casarse, de regular posición. «No perteneceré á más hombre que á mi Pepe», contestó; y cuando dejé á Cádiz continuaba en su viudez.

La fidelidad conyugal de la gaditana es la regla. La infidelidad, excepcional; tanto y tan escasa, que se la señala con el dedo.

No sé si las cosas habrán variado. En mi tiempo no se contaban en toda la ciudad más que cuatro ó cinco señoras sospechosas. Hablo de las clases bien criadas; porque hay barrios más pobres, de menor educación,

como el de Santa María y el de la Viña, que no pude estudiar á este respecto.

Pero, aun variando en ellos las costumbres, se puede asegurar que la fidelidad de la mujer casada es bastante superior á la de clases análogas en otras poblaciones.

No es todavía esto lo más preeminente de la casada. Las hay muy fieles, sumamente fieles... y sumamente fastidiosas é insoportables.

La celosa sin fundamento hace desgraciada la vida. Aun con fundamento, la gaditana sufre su dolor calladamente; llora á solas, trágase las lágrimas delante del marido y como cierva herida desfallece.



El histerismo en la mujer y la neurastenia en el hombre son dos enfermedades nerviosas que trastornan la afectividad y hacen desgraciados á quienes las padecen, y más desgraciadas á sus familias.

No está la gaditana exenta de padecer el histerismo. Pero, téngase en cuenta que dicha enfermedad tiene multitud de grados y de

formas: unas que trastornan la afectividad considerablemente, y otras poco; de lo cual resulta que ofrezca más ó menos perjuicio en sus efectos sociales y sobre la familia (1).

Bajo tal aspecto, divido el histerismo en tres formas ó clases: *sensitivo-motora*, *caco-afectiva* y *total ó mixta*.

Perdone el lector si me detengo y alargo al apuntar esta materia. Conviene ser estudiada y conocida. No es enfermedad mortal, sino en muy raras ocasiones; pero es quizá la que más contribuye á la infelicidad de la especie humana.



Forma sensitivo-motora.—Es la más común, la mejor estudiada y conocida. Se caracteriza por desórdenes de la motilidad y la sensibilidad: por parálisis y anestesias parciales, ora de un miembro, ora de varios, ya de un punto, ya de otro. Suelen dichas parálisis y anestesias (quiere decir, pérdida de

(1) Este aspecto social de la histeria apenas se ha estudiado. El Dr. D. Pascual Candela leyó un discurso sobre dicho tema, ante la Real Academia de Medicina de Madrid.

sensibilidad) ofrecer el curioso fenómeno del transporte, por ejemplo: del brazo derecho paralizado, pasa al izquierdo la inmovilidad, readquiriéndola el primero, ó viceversa; ó de un brazo á una pierna, de un párpado á otro. Dichas parálisis son resolutivas, esto es, desaparecen espontáneamente. Duran más ó menos tiempo: á veces minutos; algunas persisten períodos ó temporadas largas.

En otras ocasiones los fenómenos son de contracturas: pónese una región ú otra inmóvil, no por flacidez é impotencia muscular, sino por rigidez. Iguales caracteres ofrecen los desórdenes de la sensibilidad: de pronto aparece una zona ó región completamente insensible; de igual modo, desaparece esa anestesia para presentarse en otro punto más distante. Puede pellizcarse ó herirse la parte anestesiada, atravesarse con una aguja, sin que la histérica lo perciba ó sienta la menor incomodidad.

También, como las parálisis y anestesias, las contracturas son resolutivas.

En la forma que describimos, son frecuentes los ataques hístero-epilépticos. La crisis convulsiva se acompaña de pérdida del cono-

cimiento, agitación *clónica* del cuello y extremidades, y espuma en la boca; en ocasiones sanguinolenta, por mordedura de la lengua. Estas enfermas son hipnotizables; se les sugestiona con facilidad y se les puede reducir al estado cataléptico.

En ellas la voluntad está debilitada, son lánguidas; y no producen más penalidades para la familia que las correspondientes al pesar de ver sufrir y vivir enferma á una persona querida. Dicha forma, tan común en Cádiz como en cualquiera otra parte, suele ser contagiosa por influjo psíquico parecido al del bostezo.

Siendo muy niño, ocurrió uno de esos contagios en el Puerto de Santa María. Debo advertir que en dicha ciudad existen dos castas acentuadamente distintas: la del barrio alto y la del bajo. Esta es enteramente igual á la gaditana; puede decirse lo mismo de la una que de la otra.

La del barrio alto es casi tartesia, á pesar de los siglos transcurridos.

Los muchachos del barrio bajo, todavía en mi infancia, salíamos á pelear y apedrearnos con los chiquillos del barrio alto; empezando

el combate por los niños, con frecuencia se hacía de zagalones.

El contagio hístero-epiléptico ocurrió de la siguiente manera: poco antes de la expulsión de los frailes, y por Semana Santa, se anunciaron misiones en el convento de Capuchinos; venía á hacerlas un predicador famoso, y eso atrajo á la iglesia á todo el mujerío y no pocos hombres.

El predicador, efectivamente, merecía el concepto de que gozaba. Dotado de fe ardiente, empleando un lenguaje sencillo y natural, llevaba en su palabra la vehemencia propia del convencido.

Tomó por asunto de su discurso la necesidad de arrepentirse del pecado, haciendo penitencia para librarse del infierno; y de tal manera metió en un puño el corazón de los oyentes, que, de pronto, un grito seguido de remolino de mujeres suspendió el sermón. Otros gritos estridentes respondieron de aquí y de allí al primero, con duplicados remolinos, cubriéndose de convulsas el suelo. Ruidos de golpes, voces de espanto, llamadas de socorro; unos que se empujan para acudir, otros para escapar; lamentos, resuellos sibi-

lantes, nuevos gritos, piernas desnudas, brazos que se agitan, cuellos que se retuercen, cabezas que chocan en el suelo, muchedumbre que se precipita obstruyendo las puertas de salida; unos que caen, otros que pasan sobre ellos; piernas rotas, cabellos desgreñados, mantillas perdidas; frailes que acuden con los socorros más á mano, cuál con zapatos viejos, cuál con velas encendidas y vedijas de lana quemada para darlas á oler.

Y así, aunque menos trágica, repítese una escena parecida á la del hundimiento del puente de barcas del Guadalete el día de su inauguración, á principios del siglo.



Forma cacoafectiva.—Su característica consiste en la voluntariedad y la aberración de los sentimientos.

La forma antecedente desordena los nervios sensitivos y motores. Esta otra, los centros psíquicos afectivos; es más profunda.

Ofrécese á la observación bajo tres variedades ó subtipos, á saber: *doliente*, *víctima* y *érato-sugestivo*.

Subtipo doliente.—Es bastante común. Se caracteriza por una exagerada dengosidad femenil, por habitual descontento y desagrado de todo (con el marido principalmente), por un egoísmo profundísimo. Se queja á todas horas, cuando menos de jaqueca, y tiene cierto goce en dársela á cuantos le rodean. Nunca está para nada. Siempre malita, no se ocupa de su casa y obligaciones. Sólo muestra actividad para los caprichos; pero hasta en ellos es inconstante. Constante, no lo es más que para quejarse de sus males físicos y morales, en llamarse desgraciada y en querer que la compadezcan. Á esto reduce el círculo de su vida. No hace caso de los hijos; del marido, nada más que para mortificarle y tratarle con despego. Dice que nadie le hace caso, que está abandonada y tratada como un perro.

No cumple ni es atenta con las personas de su mayor obligación. Y si son de respeto para su marido, peor que peor; no las recibe, las desaira, y parece que se complace en alejarlas.

No admite más visita que la de alguna pobre mujer que va á fingirle sentir mucho sus

dolencias, escuchando con atención el difuso relato de sus quejas y sus males, para sacarle algunos cuartos. Queréllase de los médicos si no recetan, y si le recetan no toma la medicina y dice que le ha hecho mal. Exige que se muden de casa; y si se mudan, rabia por no ser de su gusto, así sea un palacio, y la pega con el marido. Exige cambiar de aires, que la lleven á baños. Accede el esposo, abandona sus asuntos, y le paga proporcionándole disgustos y aperreos. Varía de proyectos: si no se accede á su capricho, se exaspera; si se accede, no lo agradece y todavía se queja de vivir abandonada y estar enferma porque nadie le hace caso.

Con todo de ser tal clase de histéricas verdaderamente insoportables, ello es nada para el segundo subtipo, que, copiado á la letra exactamente de casos vivos, paso á presentar.



Subtipo víctima.—Tales mujeres no se duelen tanto, aunque sí algo, de sus males físicos. Se duelen, con una verbosidad y ahinco particulares que á veces hace darles crédito, de

sus disgustos, de sus penas horribles, de sus aflicciones morales. Desde luego declara la enferma que es desgraciadísima en su matrimonio á todo el que se le acerca, sea hombre ó mujer, joven ó viejo, tenga ó no confianza con ellos. Agrega con acento rencoroso y compungido que es una víctima desdichada de su perverso esposo, que la tiene abandonada, que no le da ni lo más indispensable para la vida; y con tal tema de quejas y acusaciones, lleva su difamación de casa en casa, días tras días, años tras años, llorando sus supuestas desventuras y buscando consuelos.

De los hijos hace poco caso. De la casa, ninguno. De la hacienda, cuanto puede por destruirla. Del marido, no hay que decir. Para ella es un *monstruo:* frase estereotipada, que con frecuencia repite. Quiere que la compadezcan. Si no lo consigue, va á otra parte con la música, hasta que logra que la escuchen. Nunca faltan busconas que la exploten y le saquen dinero, dándole cordelejo.

El verdadero víctima, el marido, se encuentra sin defensa. Si trata de corregirla, queda convicto de desamor y dureza. Si de divorciarse, queda confeso de abandonar sus

deberes. Si calla, es que desprecia. Si responde, la maltrata.

Si la deja que maneje su casa, no se ocupa de tal cosa. Permite que los criados hagan mangas y capirotes, contrae deudas, y dice á todo el mundo que el marido es un tacaño y le escatima lo indispensable para vivir.

Si la releva de la administración doméstica, es un tirano que la mira peor que á una criada.

Si procura atraerla con algún obsequio, alhaja ó joya, la recibe indiferente, la deja sobre la mesa, y al otro día desaparece sin saber adónde ha ido.

Si en la tirantez de relaciones el marido prescinde de la histérica, enciéndese ella en celos, sigue sus pasos, paga espías que sigan al *monstruo*, y ya hay aperreo para rato.

Si procura tranquilizarla acariciándola, es un hombre brutal, que la considera como si fuese el orinal.

Con esto del orinal, va también á todas partes; va hasta al confesonario. Y lo que es peor: son pocos los sacerdotes que las corrijan y reprendan, haciendo ver á la falsa penitente que lo del orinal es una frase adulte-

rina; y que la casada que tal significación da al cumplimiento de sus deberes, manifiesta patentemente que ella, sí, considera á su marido como una ayuda de inyecciones.

Tales histéricas son, por lo común, beatas. Buscan en el confesor, no el perdón de las propias culpas, sino una persona más en quien desahogar las quejas. Si el confesor es sabio y virtuoso y no les da la razón ó las reprende, buscan otro y no vuelven al primero.

Si da con alguno que por ignorancia ó por malicia le lleve la corriente, ya tiene el pobre marido duplicada razón para echarse una cuerda al cuello: la mujer y el confesor.



Subtipo érato-sugestivo.—Sólo he podido estudiar tres ejemplares: dos en madrileñas, uno en catalana.

En España no parece frecuente: en Francia, á juzgar por su literatura (ó en París al menos), no debe ser tan raro; y sospecho que sea más común entre las norteamericanas y las rusas ricas.

De todos modos, no quiero asegurar nada

por haberlo oído. Quiero hablar de propia cosecha; mucha ó poca, de personal observación.

Conviene dejarlo sentado, tanto más cuanto que algo de lo que voy á referir parecerá increíble; mejor ficción de novelista, que relato de estudio serio.

¿Qué enfermedad es esa á que neológicamente califico de *érato-sugestiva?*

Veamos si acierto á dibujarla, tal y como á mi inspección se ha presentado.

Refiero, simplemente.

Un conocido joven, guapo, rico, hombre de carrera, bien educado, no tímido ni irresoluto; un hombre, en fin, viril, equilibrado, pundonoroso y estimable, casó con una madrileñita de edad proporcionada á él, graciosilla, menos guapa que el marido, rubia, de nariz algo respingada y carácter voluntarioso. Él se miraba en sus ojos azules, verdaderamente enamorado.

Al sentirse ella dominando á su marido, fue creciendo en voluntariedad; y al ver satisfechos sus caprichos, cayó en la indisplicencia de la hartura, interrumpida por algún leve ataque hístero-epiléptico.

Con la enfermedad de la mujer se despertaron ansias é inquietudes en el marido, que redobló sus esfuerzos por curarla y verla contenta. La llevó de aquí para allí, levantó casa y se estableció en varias capitales, según el deseo caprichoso de la histérica. A no mucho más de un año, ya estaban otra vez en Madrid; el pobre hombre, convertido en lazarillo de su esposa, carente de voluntad en absoluto, sustituída por la aberrada de la enferma consorte.

Entre sus caprichos, entró la promiscuidad de varones. Amigo ó conocido que se acercara, caía en las redes. Y el marido tan contentito, si veía á la mujer algún tanto más tranquila.

Llegó el caso de decir ella:

—¡Ay, que me da, que me da! Vé y que venga fulano.

Y salía desolado en busca de fulano, como si fuese á la botica por una medicina.

Llegó la cosa á más. Cuando veía á la mujer más nerviosa é indisplicente, la preguntaba:

—¿Quieres que avise á menganito?

Así vivieron: ella dengosa, mal contenta

y caprichosa; él y los varios amantes tan unidos, conformes y contentos, en santa paz, ayudándose mutuamente y todos á una.

Al fin murió ella, no sé de qué, fuera de Madrid, en uno de esos cambios de lugares que se le metían en la cabeza.

Él la lloró á lágrima corrida; y ¡vaya si la lloró!

Puede que alguno diga que éste no es caso de enfermedad, ni de histerismo, ni cosa que lo valga, sino un común y simple ejemplo de mujer liviana y hombre predestinado.

Esa sería la interpretación vulgar, pero no exacta, racional y científica, como veremos luego al analizar la materia.

Hago caso omiso de la catalana, porque sus rasgos y caracteres se incluyen en la anterior historia y en la siguiente.

La que voy á referir parece creación de novelista.

La conocen muchas gentes, por haber sido sus actores personajes sumamente relacionados. No tengo que temer, por consiguiente, que me consideren inventor de nada ni relator exagerado (1).

(1) Tengo el temor de cometer una indiscreción po-

Cierta señora regularmente guapa, sin ser una hermosura extraordinaria, delgada, de buenos ojos, no mal cuerpo, de escasa instrucción y más escaso talento, de buenas formas sociales, en correspondencia con su nacimiento y clase, casó con un rico propietario. Descuidado y mal administrador él, gastadora y caprichosa ella, bien pronto dejó de bastar la renta, y comenzaron las mermas del caudal. Siguieron viviendo, no obstante, con lujo y despilfarro sin pena del marido, que, pendiente de los ojos y de la voluntad de la mujer, sentíase hechizado. Pero de la noche á la mañana la señora, que salió en coche para tiendas, no volvió á su casa. Pasó un día, pasaron dos, una semana, y al fin se pudo averiguar que la señora se había fugado de Madrid con un caballero.

---

niendo en letras de molde asuntos de la vida privada. Bien meditado, reservando los nombres y absteniéndome de dibujar personalmente á los autores, no creo lastimarlos. Sólo podrían personalizarlos quienes antes de mi relato conociesen los hechos; y para éstos, lo que aquí se refiera nada dice de que no tuviesen anterior conocimiento. Por otra parte, adviértase que escribo clínica, esto es, de enfermedades; y que los pacientes son considerados por los médicos como irresponsables, dignos de lástima, aunque como los borrachos sean ellos mismos fautores de su desgracia.

Súpose más tarde que viajaban por los Estados Unidos en amor y compaña.

Así pasaron tres años, al cabo de los cuales una mañana, de repente, se presenta en su casa la señora, como si volviera de tiendas, y saluda á su esposo:

—*¡Buenos dias!*

—Buenos días—respondió él entre sorpresa y gozo.

No se dijeron más; sin añadir una palabra, ella se fué á su alcoba á hacer sus menesteres.

Ya he advertido que su instrucción era poca y su talento escaso; ahora añadiré que era fría, inafectiva, no conociendo más amor que el de ella misma.

Todas sus facultades parecían reducirse á una voluntad dura, firme, caprichosa y desdeñosa; pero voluntad aplicada al exclusivo servicio de su propia persona, y que, por causas no bien estudiadas todavía, constituye uno de los misterios de la criatura humana, que nos hace ver á cada paso personas que se imponen y dominan, ejerciendo influencia y poder sobre las demás.

La influencia de la voluntad de la mujer

sobre el hombre es un hecho conocido. Al fin y al cabo, por lo común (y aunque parezca lo contrario), el hombre concluye por hacer lo que la mujer desea; y esta facultad, esta propiedad, subiendo de punto en determinadas histéricas, les hace ejercer un despótico dominio, una especie de sugestión avasalladora de que es muy difícil sustraerse.

El caso es que tal señora, de tan discutible valer físico y tan escaso moral, de naturaleza fría, gozaba la virtud de imponerse, de hacer prevalecer su voluntad resuelta y caprichosa.

Esa virtud, que, como hemos dicho, tiene la mujer en cierto grado, ella la poseía reforzada hasta un extremo monstruoso y patológico.

Estudié con curiosa atención el tipo, y puedo asegurar que no era libidinosa, ni menos apasionada. Por no serlo, aseguraba el triunfo. No amaba nada ni á nadie. Si acaso, algo á su marido. El varón le era indiferente. Admitía sus obsequios por vanidad, por verse adulada y sentirse dominadora; más tarde por ser servida, por conveniencia propia, por sostener el gasto de sus lujos.

El amante con quien se fugó concluyó por arruinarse y darse un tiro. Ni ella mostró pesadumbre, ni volvió á acordarse del santo de su nombre.

Un banquero que, á la vuelta de su excursión, comenzó por suministrar fondos con hipoteca, fue sojuzgado, pasó á préstamos gratuitos, cada vez más cuantiosos; dió de fondo y vino en quiebra.

Un propietario se cruzó entretanto y quedó desplumado.

Un ministro solterón, galanteador perdurable, milano de palomas sencillas, por las que había entrado y salido sacudiéndose el polvo de la ropa y haciendo alarde de sus víctimas, también cayó en la percha; y si no se arruinó, por no tener peculio que liquidar, vivió empeñado, á tropezones y convertido en un babieca.

Un personaje político de los más conspicuos, abogado de gran bufete, con bastantes sueldos por sus cargos y otras zarandajas, anduvo de cabeza.

Y todos alternaban juntos, amigos y bien avenidos.

Sería difícil relatar la vida de tal mujer.

Creo mejor y más sencillo referir un episodio.

Visitábala como médico el doctor C.

Sobre los *pipirileques* de la histérica, estaba afecta de una estrechez del recto que la obligaba á tener que ponerse numerosos enemas, usar purgas y pasarse en el retrete la mayor parte del día. La estrechez rectal había determinado desórdenes periuterinos y trayectos fistulosos. Su estado reclamaba tratamientos médicos y quirúrgicos, y para llenar estos fines el doctor C. propuso que me asociara á él. Con tal motivo conocí y pude observar el caso de referencia.

Un día, á cosa de la una de la tarde, fuí á hacerle la visita. Hallábase en cama, como habitualmente. Su mediana belleza estaba marchita por la enfermedad y por los años: cuarenta, sobre poco más ó menos. También por el abuso de la morfina, haciendo tanto uso de la jeringuilla de Pravaz como de los irrigadores. Resultaba lo que el vulgo significa con la frase: *Un caballo de toros.* Sin embargo, su imperio aparecía en toda su plenitud, como puede verse en el siguiente cuadro que se ofrecía á mi presencia.

En el espacioso y sobrealhajado dormitorio de un hotel, hallábase acostada y reclinada sobre almohadones de seda y plumas.

A la derecha, el doctor C. en pie, silencioso y mirándome por encima de las gafas. Más abajo, de rodillas en el suelo, el personaje ilustre, con la escuálida mano de la enferma entre las suyas, y con aspecto compungido.

En el lado izquierdo del lecho me coloqué yo para observar á la paciente. Más abajo, por no ser menos, el ministro *galantuomo*, hincada también una rodilla en tierra, cogía con su diestra la izquierda de la diosa y la apretaba con efusión. A los pies del lecho, asomando parte del tronco encorvado, con ambos codos sobre el respaldo de los pies de la cama y la cabeza caída, el banquero arruinado, como en espera de que le arrojaran una mirada de limosna. En un ángulo del dormitorio, sentado en una pequeña butaca, el marido, impasible.

En el otro ángulo, sentado también, los codos en las rodillas, la cabeza entre las palmas de las manos y mirando al suelo, el que un día fue rico propietario y era entonces un pobre aburrido.

—¿Cómo se siente usted?—la dije.

—Muy mal, cada vez peor—me contestó con tono airado.

Separé la mano izquierda de la del ministro para poderla pulsar. La miré fijamente y la dije:

—¡Vaya, vaya! No está usted peor ni mejor. Consecuencia de alguna rabieta. Tome una taza de tila. Eso pasará.

Saludé en general con la cabeza, y me retiré.

El doctor C. se despidió también, alcanzándome á la salida del jardín.

Venía sonriendo y exclamando:

«—¡Me ha hecho usted feliz! Estaba preso desde las once de la mañana y no sabía cómo escapar. Adivina usted las cosas. A esa hora vengo y hago la visita; más tarde comienza con sus lavativas y *toilette*, y ya no está visible hasta las cuatro. Me extrañó verla en compañía de todos sus amantes, cosa que no suele suceder hasta la noche. Apenas había cruzado los saludos, ¡ji, ji!, se presentó la doncella anunciando á un francés que deseaba hablar con la señora, ¡ji, ji! Esta ordenó que entrara, ¡ji, ji!, con lo cual aumentó mi ex-

trañeza, porque no recibe nunca más que á mí cuando no está emperegilada, y menos á un extraño. ¡Ji, ji!

»Pasó el francés, bien portado, deshecho en cumplimientos, declarando ser representante de la joyería tal de París, y que deseaba enseñar á la señora el muestrario sin compromiso de ninguna especie.

»—¡A verlo, á verlo!—estaba diciendo la señora, antes de que el francés concluyese su última frase. Tantas circunstancias, ¡ji, ji! me hicieron comprender que aquello venía preparado de antemano, y que comisionista y señora estaban en inteligencia. Salió el francés breves momentos y volvió acompañado de un dependiente trayendo una caja, que colocaron sobre la cama. Levantó la tapa, descubriendo el primer paño, que contenía anillos, broches, alfileres y otras cosas no feas, pero sin valor extraordinario. Las miró desdeñosa y puso de manifiesto el otro paño.

»—¿Qué vale esta pulsera?

»—Quinientos francos, señora. La mitad del precio que en cualquiera joyería de Madrid.

»—Bueno, me quedo con ella. Esta me la regala mi marido.

»El marido siguió impasible, como seguro de que no había de costarle un céntimo. Separó la pulsera y siguió diciendo:

»—¿Y este broche?

»—¡Ah! Este broche también es muy barato. Mil francos.

»—Bueno. Pues con éste me quedo yo. Yo me lo regalo.

»Levantó aquel cajón y apareció el tercero. En él venían las alhajas de mayor importancia.

»—¿Qué cuesta este aderezo?

»—¡Precioso, señora! Nuevo modelo, original del dibujante de la casa. Piedras finas, todas de primera clase. Para su mérito, casi dado. Lo podría arreglar en 25.000 francos.

»—Me gusta. Este me lo regala Fulano—señalando al *galantuomo*.

»El aludido guardó silencio; ella separó el aderezo, dirigió una mirada al ministro é hizo una flexión de cabeza, como queriendo decir: el que calla otorga.

»—¿Y este collar?

»—¡Oh, señora! Este collar de perlas y brillantes es una alhaja extraordinaria. Cosa de primera. Para una reina ó regalo de boda de

alguna gran duquesa. Esto no lo podría dar la casa por menos de 75.000 francos, ni un céntimo menos. Por 100.000 francos no encontrará usted ninguno igual en París.

»Y sin regatear ni pedir rebaja, precipitadamente dijo:

»—Bueno; éste me lo regala Mengano (el personaje).

»A esto, desde que la enferma se fijó en el collar, un color se le iba al aludido y otro se le venía; y como atarugado con las ansias, al retirar la joya la señora, se atrevió á decirla:

»—Pero, Fulanita, ¿no te parece que por ese precio podrías tener otro mejor?

»¡Tal dijiste! El francés pretendió demostrar que eso era imposible; pero no pudo meter baza, porque la ira, las voces, los insultos salían á borbotones de la boca de la caprichosa.

»—¡Miserable, cochino, indecente, marrano!

»Todos los dicterios posibles cayeron sobre la cabeza de la víctima, que, afligido, desolado y fuera de sí, procuraba calmarla diciéndola:

»—Pero, Fulanita, si el collar es tuyo, si tengo mucho gusto en regalártelo, si no me he opuesto, si sólo he hecho una observación muy natural cuando se compra una cosa.

»Pero nada; ella volvió con desprecio el collar á la caja y se quedó con las demás cosas. Se despidió el francés, completamente seguro de que el personaje le daría 75.000 francos, dejándolo arrodillado y suplicante demandando perdón á la ofendida, hasta que llega usted á poner fin á la escena. ¡Ji, ji!»

Siempre dicho señor fue blando de boca con el sexo femenino, pero nunca llegó á tan borrego como con esa mujer.

Como, por otra parte, carecía de talento y su belleza estaba á cero, más y más me intrigaba el problema; hasta encontrar su solución en el capítulo de las *observaciones de los fenómenos sugestivos*.

En efecto, dichos fenómenos se determinan por la acción de la voluntad más poderosa de una persona sobre otra.

La sugestión se manifiesta y patentiza por quedar la voluntad del sugestionado á merced del sugestionador.

Resulta un fenómeno psíquico de sustitución y transporte, cosa parecida á la que notamos en la histeria ordinaria, que de un brazo pasa á otro la insensibilidad. La diferencia consiste en que, en un caso, el hecho ocurre en el mismo individuo, y en el otro entre personas diferentes.

La histérica érato-sugestiva no sabe lo que hace ni por qué lo hace. Dueña de una voluntad sin freno, ya por mala educación, ya por impulso de su histerismo, se convierte en voluntariosa y caprichosa. Llega á la edad del amor, no lo siente; porque tales enfermas son esencialmente egoístas y no conocen más amor que el de ellas mismas.

El hombre, por tanto, les resulta una cosa indiferente. La relación sexual no les pasa de là sensación de unas cosquillas. Admiten y procuran galanteos para ser mimadas, agasajadas, obedecidas y reinar sobre los hombres.

Por eso tales mujeres no se satisfacen con su esposo, ni con uno ó dos amantes. Procuran aumentar los esclavos de su imperio. No les conceden generosamente sus favores, sino por propio interés; arrojándoselos, sin em-

bargo, como de limosna de tarde en tarde, cual merced especial.

No les consienten imposición alguna ni derecho sobre ella. Al contrario, si un amante bisoño se atreve á darla celos, lo despide con cajas destempladas, diciéndole sin empacho que es dueña de sí misma y no esclava de nadie; que ya se podría dar por satisfecho con que se dignara mirarle y participar de sus favores alguna que otra vez.

Ese mismo imperio, mezclado de desdén, mantiene al hombre en temores de perder el bien amado; se hace paciente y se amolda á su ridícula situación.

Entra, para explicar el caso, otro factor muy importante. La histérica tiene *aura*. Aura llamo á un hálito ó atmósfera que todo sér vivo emana. Los vegetales, en forma olorosa, virosa, acre ó herbácea. En los animales no lo percibimos tan bien por falta de atención; sin embargo, nadie desconoce el olor del establo, ni deja de diferenciar perfectamente el de las cabras y el de los borregos, el olor de las palomas y el de las gallinas.

Poseyendo un olfato sumamente fino, distingo por él muchas cosas que la mayoría de

las gentes no perciben: distingo muy bien el olor del cólera morbo, lo diagnostico por su olor patognomónico; como la mayoría de los cirujanos, sin levantar un apósito, puedo diagnosticar si debajo hay ó no gangrena.

El olfato es el sentido más inequívoco de todos: se puede confundir un objeto visual con otro, un ruido ó un sonido; lo que no puede confundirse es el olor viroso de la higuera con el olor de una conífera.

Ahora bien; la mujer tiene su olor, como el hombre tiene el suyo. No es uniforme, varía individualmente como las fisonomías, en que, siendo unas mismas las facciones, son diferentes las caras.

El histerismo acentúa el *aura ó halo* femenil; y las érato-sugestivas emanan una atmósfera de carne femenina sumamente atractiva, que marea y predispone á perder pie.

Dadas dichas explicaciones, no puedo añadir más sobre la materia; recomendando á los estudiosos que, fijándose en lo dicho, prosigan los estudios, pero cuando ya sean viejos y no corran el peligro de verse *á la concha de Vénus amarrados.*

***

Las mujeres gaditanas, afectivamente consideradas, tienen un valor inestimable. Cariñosas sin exageración empalagosa, constantes, iguales, consecuentes, temperadas de apetito, indulgentes, modestas, honestas, graciosas, sin desgarro ni garbos cual el de muchas señoras y mujeres de otras poblaciones andaluzas, constituyen las madres de familia más perfectas que en ningún otro punto ó país he conocido.

Para no dejar tan importante materia á merced de simple afirmación que pudiera interpretarse como exagerado afán de favorecerlas ó adularlas, voy á proseguir el método que hasta aquí: no afirmar nada sino sobre ejemplares vivos, no elegidos exprofeso, sino tomados sistemáticamente por el orden de la fecha en que se presentaron á mi observación.

Como lo más inmediato á un escritor es el escritor mismo, su familia y relaciones, ha de dispensárseme que alguna vez el apuntador salga fuera de la concha.

Diré que fuí con mi familia á vivir en Cádiz el año 39. Que hasta el 43 ejerció mi padre allí cargo de autoridad. Que era, fue

y siguió siendo hasta morir liberal, de los que llamaban *exaltados;* sirvió voluntariamente en las tropas de Riego; fue prisionero en Jódar; se fugó del depósito de Francia y volvió á España; fue apaleado por *negro,* después perseguido, más de una vez penado; y últimamente, perseguido, penado y desterrado por *ayacucho*.

Con tal vida, puede suponerse lo aperreada que sería la de su familia; y, sobre todo, la mía, por ser el hijo mayor y testigo impotente de la ruina.

Naturalmente, me había criado en un encendimiento fiero contra carlistas, absolutistas, moderados y todo lo que oliera á retroceso.

La verdad es, que lo que se llamaba entonces *partido moderado* era tan reaccionario de inclinación y procederes, que sólo le sujetaba en su liberalismo vergonzante y de mala gana el no caer en el campo de D. Carlos.

Odiaba, pues, también al partido moderado; y allí estaban mi voluntad, mi alma y mi inutilidad de diecisiete, dieciocho y diecinueve años, donde quiera que se tratara de combatir aquellas situaciones.

Entretanto, extremándose los rigores de la pobreza, pude conocer y valorar el sentimiento caritativo gaditano. Digo mal; falta la palabra.

La caridad que conocemos es la frailera, la limosna. La caridad gaditana es más eficaz y delicada; es auxilio que llega sin pedirlo. Es la aplicación de las costumbres marineras de acudir á socorrer al náufrago. Es providencia que vela atenta donde surge una necesidad, para correr á salvarla antes de que ahogue.

Y ya volveremos á este asunto. Pero conste que no he de hablar de él por el calor de la propia gratitud, sino por el frío estudio de la vida.

Claro está que arrastrábamos difícilmente la existencia, á favor de un círculo de amigos y conocidos; pero yo lo agrandé con el del Colegio de Medicina, donde empezé á estudiar; y con el de la redacción de *El Nacional*, periódico progresista avanzado de Cádiz, donde busqué sociedad y elementos políticos para alistarme.

Las cualidades, virtudes y defectos del pueblo gaditano (y de las gaditanas sobre

todo, principalmente por ser más sedentarias y más plásticas que el hombre) ya hemos dicho y creo que probado cómo vienen y proceden de su historia, de la acción del medio externo sobre el interno, obrando secularmente sobre su mundo psíquico á través de multitud de generaciones.

No insistiré de nuevo en dichos fundamentos; pero me permito recordar que los actuales pobladores, así sean inmediatos hijos de ruso ó de holandés, por sus madres ó abuelas cuentan cuando menos de uno á cien ascendientes originarios gaditanos, que han experimentado los vaivenes de su historia, gozando muchas veces de la plenitud de la fortuna, sintiendo otras tantas los sufrimientos de la pobreza.

Pueblo de comerciantes, es cosa de cada día el ver bajar una casa y subir otra.

De ninguna otra ciudad puede haber surgido aquella copla andaluza tan sentida como verdadera:

Me han dicho dice tu madre
Que no me quieras por probe;
El mundo da muchas vueltas,
Ayer se cayó una torre.

Así, señoras potentadas suelen luego verse reducidas á vivir de las labores de sus manos. Esto da lugar á ese espíritu de socorros mutuos que constituye una caridad excelsa, una verdadera providencia.

Mi familia así lo experimentó. Hubiéramos muerto antes que postular ó dar sablazos. No era necesario. Un señor escribano, regularmente acomodado, lejanísimo pariente por la familia de Pardillos, vino á decirnos que su señora se encargaba de pagarnos el arriendo de la casa. Otra amiga, so pretexto de que probáramos los garbanzos que había recibido, nos enviaba media arroba. Otra, dos jamones y una hoja de tocino para que celebráramos su matanza.

Acometida del tifus casi toda mi familia (tres hermanas, un hermano pequeño y una tía), no quedando en pie más que mi buena madre y yo, se instalaron en mi casa las vecinas para ayudar á la asistencia.

—No se ocupe usted del caldo—decía una,—mi criada lo bajará.

D. Ignacio Mata, médico vecino, nos asistió con el mayor cariño é interés, por pura amistad. Nos traía las medicinas y su seño-

ra nos proveía de mudas de ropa limpia.

¿Ni qué puedo decir que baste á dar idea de ese delicado espíritu benéfico, pueda encarecerlo, ni aun dar de él pálida noticia? Básteme decir que hasta el tendero de la esquina nos estuvo suministrando sus géneros al fiado, sin presentar la cuenta, hasta que, concluída mi carrera, pude satisfacer deuda tan sagrada.

Y téngase presente que lo que refiero no es un caso insólito; es conducta general.

Las relaciones en una ciudad apiñada en estrecho recinto son también más íntimas y estrechas.

Las gaditanas tienen mucho trato familiar y pronto se penetran de la situación de cada casa. Ven una familia que sucumbe y allí acuden, no con la limosna que rebaja, sino con el auxilio de la amiga que mira aquellas necesidades como desgracia propia.

Así llega en Cádiz esa virtud á grado tan excelso, que siendo una capital de las más pobres, puede ostentar el título glorioso de ser la primera en beneficencia, produciendo ella sola más patricios filántropos ilustres que las demás capitales.

Los Moras no son raros en Cádiz. Nunca falta uno ó dos Moras en cada generación.

Y si se compara esta ciudad empobrecida y decadente con la soberbia Barcelona, la millonaria Bilbao ó Madrid la derrochadora, ya se verá que por un bienhechor Vallejo en toda España, hay un Mora en solo Cádiz.



Ya habrá advertido el atento lector que son más acentuados los caracteres éticos de este pueblo singular que los físicos; por más que alguno de estos últimos, como la forma y pequeñez del pie femenino, sea tan visible y tan fundamentado en causas naturales.

No creo que necesite hacer muchos esfuerzos para demostrar su superior cultura. Todo el mundo lo reconoce, propios y extraños. No es cultura científica ni artística la que descuella, es otra que vale tanto ó más. Es cultura social, finura de trato, delicadeza de sentimientos, soltura de expresión y de modales, porte elegante y al mismo tiempo sencillo, modesto, decoroso y distinguido.

Esta clase de cultura es la que, por medio

de la educación, procuran para sus hijos y estiman más las clases nobles y superiores de Inglaterra, las cuales no se preocupan tanto de que sus hijos sean sabios ni eruditos, como de que tengan la presencia de caballeros, quiero decir, de *gentleman*.

Entre las particularidades de la Escuela Médica de Cádiz, precisamente la que más distingue á sus estudiantes de los demás de otras escuelas, consiste en que salen hechos personas distinguidas, de buena presentación por sus modales.

Aquí llegan bozalones, zurdos, mal fachados, de los pueblos limítrofes ó de otras provincias, y á los tres ó cuatro años están aptos para presentarse y alternar en la mejor sociedad.

No sucede así en los Colegios y Universidades de otras partes.

Hijos, generalmente, de médicos rurales ó de familias humildes, concluyen la carrera con facha de señoritos de lugar ó barberos compuestos.

El trato con las gaditanas los desbasta y pule en poco tiempo; y el que empezó la carrera con facha de paleto, la concluye con-

vertido en un joven de buenas formas y agradable trato.

En España hay que deplorar que no se atienda nada á parte tan esencial de la buena educación. Resulta algo cuidada en las señoritas, por influjo de los colegios de las beatas francesas, mejor todavía de las inglesas ursulinas; pero respecto á los varones, es una desdicha. Así, nada más frecuente que tropezar con marqueses que parecen aperadores. Hay duques, que más semejan cocheros ó mozos de café que tales duques. Entregadas casi en absoluto la primera y segunda enseñanza á las órdenes monásticas, de todo se cuidan menos de eso. Visten hábitos los preceptores, y los alumnos carecen de modelos que imitar.

Los conventos, incluso los que *presumen* pertenecer á órdenes sabias, están rellenos de gente de basta cuna y mala educación: aun si hubiere alguno sabio, asoma en él la grosería original.

No hay qué decir de alguna comunidad que viste de levita. No resultan levitas, sino levitones de contrata; y con ellos, el sombrero viejo espeluznado y los gordos zapa-

tones, más parecen dependientes de funeraria que personas decentes.

Así nos va saliendo una generación de ayudamisas, entre motilones y chupavelas, poco á propósito para enmendar el estado atrasadísimo de España; la cual, por lo mismo, está necesitada de hombres ágiles, bien portados, de gran empuje, progresivos, que no miren atrás, sino adelante, persiguiendo resueltamente nobles ideales por medio de la honradez y del trabajo.

Tampoco la cultura gaditana ha venido de las nubes. También tiene su raíz en causas y motivos racionales. A ella han concurrido desde el principio de los tiempos las gentes más adelantadas con relación á sus épocas respectivas: los Egipcios, cuando el Egipto ejercía la supremacía continental en la tierra conocida; los Fenicios, cuando fueron los viajeros, navegantes y comerciantes exclusivos; los Griegos con su plástica influencia artística y científica; los Romanos con su instinto jurídico y su ideal ambicioso de unificar el mundo bajo el cetro del *Senatus Populusque Romanus* que da al aire su bandera.

Algo, muy poco, legaron los Cartagineses: su época fue de grande decadencia; uno de esos períodos de caída que tanto, sin embargo, han contribuído é influído en la casta gaditana.

Los Cartagineses no necesitaban de Cádiz para nada. Como pueblo, tenían próximo Cartago, al otro lado de la costa africana. Como punto estratégico, fundaron Cartagena.

Los Bárbaros, fueron bárbaros en todas partes; en Cádiz no hicieron absolutamente nada y destruyeron cuanto pudo ser objeto de rapiña.

Sin embargo, en España, no por virtud, sino por fuerza vital de la historia, nos prestaron un importantísimo servicio: dieron el primer paso en pro de la unidad política y religiosa. Antes de ellos, en la época romana inclusive, España no era nación. Los Romanos mismos no llegaron á columbrar tal idea: tenían la de pueblo, nada más, la de ciudad exclusiva y egoísta. Italia misma era para ellos tan indiferente como España ó la Judea. Les bastaba con que les pagasen los tributos y, sumisos, no les promovieran gue-

rras. Así, pues, España era un simple territorio geográfico donde existían infinidad de agrupaciones más ó menos estables, independientes las unas de las otras y en continua guerra: clanes ó especies de cacicatos, sin más derecho que la fuerza.

La Mauritania, lanzando sobre nosotros sus infinitas huestes y pueblos, ya de Asia, ya del lado acá y allá del Atlas, nada tuvo que hacer en Cádiz; la dejó abandonada á sí misma.

No hay ciudad ó villorrio, por insignificante que sea, que no conserve algún resto ó vestigio de la morisma. Lo hay hasta en el Puerto de Santa María. Dudo que lo haya en Cádiz, al menos no he podido escudriñarlo. Están en Sevilla enhiestas é impecables las mezquitas; se las encuentra á cada paso. Ni una he visto en Cádiz; dudo que nunca se erigiesen.

Asunto es este muy importante. Hay la creencia vulgar de que Andalucía es esencialmente morisca: lo es Baza, lo es Granada, lo es Tarifa y otras, que no en balde reside la gente en una tierra por espacio de ocho siglos; pero es menos morisca de lo que

generalmente se cree. La religión y la diversa constitución de la familia, mantuvieron separados á mahometanos y cristianos. Vinieron con aquéllos muchas tribus de escasísimo atavismo, que se han extinguido bajo el poder de razas más atávicas. Les ha sucedido lo que á las ratas blancas en presencia de las grises: una pareja de éstas ha extinguido á millones de parejas blancas.

La carencia de sangre morisca en Cádiz ha dado margen á la mayor permanencia y fijeza de la griega, que, mezclada con las anteriores y las más recientes de importación europea, da el último tipo de la casta actual.

Hay en Cádiz algún que otro apellido mauritano: Benjumea, Arraez, pocos más. Proceden de moriscos convertidos después de la conquista, sin influencia apreciable en la cultura y étnica gaditanas.

La inmigración europea y americana modernas, esto es, desde el siglo XVI hasta el presente, no ha cambiado los fundamentos étnicos de la ciudad: italianos, ingleses, franceses, suizos, etc., sólo han contribuído á importar sus progresivos adelantos, impidiendo que Cádiz se estancara como queda-

ron estancadas en el período de la Edad Media todas la provincias españolas, incluso Barcelona, que todavía hoy mismo tiene por ideal el tiempo de sus condes y concelleres.

Esa emigración coetánea viene de orígenes más ó menos afines, el italiano principalmente, y los franceses de Marsella y litoral Mediterráneo. Así, pues, la casta no ha cambiado esencialmente de cómo era en tiempo de Argantonio: más batida, menos acentuada en sus rasgos primitivos, menos correcta su belleza griega, pero más perfeccionada y evolucionada en su mundo interior, ético y psíquico.

Actualmente, en todas las naciones, la sociedad se divide en tres clases: clase superior ó aristocracia, sea de sangre ó de dinero; clase media ó burguesía, y clase obrera.

Cádiz ofrece una excepción en tal sentido. No hay más clase que una, dividida por la educación: cultos, y menos cultos.

Empieza la primera división en los propietarios y capitalistas; sigue en los comerciantes y profesionales, abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, etc.; continúa en los artistas, funcionarios, marinos, militares,

empleados, corredores, administradores, escribientes, dependientes de comercio, artífices, plateros, relojeros y una multitud de personas caídas en pobreza, pero conservando sus maneras y buena educación.

Donde acaba esta clase, comienza insensiblemente la segunda, compuesta de marineros, obreros, albañiles, cerrajeros, zapateros, criados de servicio, faquines, carniceros, aguadores, etc.

Más se acusa la división social en Cádiz estudiando los barrios que componen la ciudad.

Tendiendo una línea de la Puerta del Mar á la Plaza de Toros, queda á la izquierda un segmento de población, ocupado por el barrio de Santa María. Esta parte está habitada en su mayoría por la gente de mar.

Otro segmento de círculo del lado Oeste de la ciudad, traza una línea que pasando frente al Colegio de Medicina va á buscar el Sudoeste de la muralla, comprendiendo el barrio de la Viña, habitado en su mayor parte por menestrales, panaderos, vendedores de plaza y gentes de ínfimos oficios.

Todo el centro y resto de la población, barrio de San Antonio, San Francisco, Des-

calzos, etc., está habitado por la clase más culta.

Considerado por barrios, ó sea tópicamente, saltan diferencias que merecen consideración, no sólo respecto á los estados de cultura, sino también de naturaleza étnica: quiere decir, de formas físicas, rasgos fisionómicos, usos y costumbres.

Los barrios céntricos, los mejores, suman una población mayor que los de Santa María y la Viña. Este hecho, por sí solo, demuestra la superior cultura gaditana; porque, no digo en Madrid, en París mismo, en el mismo Londres, si se estudia por barrios su número de habitantes, se verá que los barrios pobres, ocupados por gente poco culta y de imperfecta educación, suman mucho mayor número de personas que los otros. Haciéndose ese cómputo estadístico, se podrá averiguar la cultura relativa de cada población, asegurando desde luego que Cádiz no resultaría desaventajada (en España, no hay que decir) ni aun en parangón con Marsella y París.

A la gente de los barrios céntricos, á los mejores, es á la que hasta ahora me he refe-

rido para describir el tipo gaditano, sus caracteres físicos, psíquicos y morales.

Conviene dedicar un momento de atención á las gentes que habitan los barrios de Santa María y de la Viña, tan diversos y distantes entre sí.

***

En el de Santa María, no se encuentran O'Cruley, Smith, Sarthou, Macpherson, Carazo, Weit, Rudolf, ni ninguno de los otros extranjeros que tanto abundan en el centro; declarando tan sencilla observación la menor hibridez de sus familias.

En el barrio de Santa María, son todos apellidos españoles; bajo los cuales se encubre otra casta híbrida también, pero de prosapia mucho más remota, sin mezcla perceptible de la griega, y acentuadamente oriental.

Las gaditanas del barrio de Santa María son más morenas, más delgadas, algo más altas, con menos pecho y menor anchura de caderas, de óvalo facial más prolongado, de pelo negro y lacio, mayores ojos y de mirada más intensa.

Algo puede influir en la variedad de rasgos el régimen de vida; pero en no los ojos, el óvalo facial, el color y clase de pelo. Unas y otras gaditanas viven poco al sol. Menos reciben su influencia las del barrio de Santa María: y no son pálidas y blancas, sino morenas. Las calles son más estrechas y sombrías, las habitaciones más pequeñas también y de menos luz.

Dicho barrio lo habitan mariscadores, pescadores, lancheros, marineros, patrones de falucho, marineros de altura, fogoneros, carpinteros de ribera, calafates, veleros y otras gentes de mar.

Su población femenina es esencialmente sedentaria. Ya indicamos que las razas y castas las perpetúa la mujer más que el hombre. Este suele ir de aquí para allí. La mujer, generalmente, se adhiere al hogar y permanece en él de generación en generación. Además, este hecho es fisiológico en todo el orden de los vertebrados. Para mantener nuestras castas de toros bravos, lo que más se procura es la conservación de la vacada. Los toros, no importan tanto; más bien conviene variar de cuando en cuando la semilla. La hembra,

pues, es la que principalmente mantiene el tipo de la casta.

La fuerza atávica de las mujeres de ese barrio es extraordinaria. Eso prueba su fijeza secular.

La casta de mayor fuerza atávica conocida es la hebrea. A serme posible, cruzaría un hebreo con una gaditana del barrio de Santa María elegida por mí. Dudo quién llevaría el gato al agua en la descendencia.

Los gitanos también tienen una fuerza atávica poderosa. Ya, con ellos, hay datos para juzgar. En el mismo barrio hay una mancha de gitanos adscripta á las faenas del vecino matadero. Como es natural, algunos se han casado con mujeres del barrio. De los híbridos ha salido algún que otro torero.

Dichas familias cruzadas van diluyendo y perdiendo sus caracteres gitanescos, dominados y vencidos por los del tipo local.

Se ve aquí una ley realizada, una ley armónica: oficios más antiguos (mariscadores, pescadores, marineros), es gente de mayor fijación y más antigua.

En dicho barrio subsistía en mi tiempo un distrito de oscuros callejones, llamado la

Mirandilla. No me atreví á curiosearlo, por ser cosa peligrosa. Ignoro si la policía habrá cerrado aquel antro. Si no lo ha hecho, debe hacerlo, por más que como estudio sociológico fuese un lugar interesante. A juzgar por lo que pude ver en alguna cautelosa asomada, era ni más ni menos que las guaridas de las lobas de mar, tal y como estaban y vivían en ellas muchos siglos antes de la venida de Jesucristo.

De este barrio debieron salir las famosas bailarinas gaditanas. Sus actuales mujeres no danzan con las piernas y los brazos, danzan con todo el cuerpo; y es lástima que no vuelva á despertarse la afición á los bailes nacionales, tanto por su originalidad como por su significación histórica.



La población del barrio de la Viña es la menos gaditana de todas. Su origen es reciente, casi de nuestros días. Sus pobladores, gentes de los pueblos limítrofes y más distantes, que vienen á buscar acomodo. Son menestrales, gente de oficio: panaderos, al-

bañiles, criadas de servir, etc. Sus mujeres son de color más encendido, más gruesas. Carecen de caracteres étnicos especiales. Son trabajadoras y buscavidas.

*
* *

Aspecto sociológico y económico de las mujeres gaditanas.—Cuando se vuelve de un largo viaje por países extranjeros (de los Estados Unidos principalmente) y se pone el pie en Cádiz, lo primero que choca es ver á los transeuntes presentarse en un estar y agrupaciones muy diferentes de cómo nuestros ojos vienen acostumbrados á ver discurrir las gentes.

En las ciudades extranjeras vense pocas personas á pie quieto, y menos gentes de tertulia agrupadas en corros.

Aquí, son constantes en toda plaza ó calle de algún tránsito.

Allí, se ven discurrir á buen paso, declarando que van para hacer algo.

Aquí, van y vienen á paso lento, indeciso, como *haciendo tiempo*.

Allí, vense hombres ó mujeres aislados,

que van independientes á su negocio; ó á lo más, una pareja.

Aquí, se ve uno ó más grupos, formados por la familia entera: madre, esposo, tres ó cuatro niños y un mamón en los brazos del ama ó la niñera. Nunca he visto igual en Inglaterra ó Francia, ni en los Estados Unidos.

La significación de todo esto es esencialmente expresiva: dice á voces que hay poquísimo trabajo, lo cual es deplorable; dice también que aquí, en Cádiz principalmente, la familia forma una agrupación social constante, en el hogar y fuera del hogar, en paseo y en la calle, lo cual es muy digno de alabanza.

Hemos demostrado ya que el elemento plástico de la familia lo constituye la mujer. Basta observar lo que le ocurre en caso de enviudar.

Si el hombre muere y deja algunos bienes, la viuda sigue sosteniendo la casa y la familia, lo mismo ó mejor que en tiempo del marido. Si no deja bienes, casa y familia pasan luchando con las penurias de la pobreza; pero la sociedad familiar subsiste y permanece.

En los casos contrarios, cuando el marido

enviuda, estando bien acomodado, el orden doméstico se altera, duplícanse los gastos, los hijos se cuidan y educan mal; y es fortuna casual si, volviendo á nuevas nupcias, remedia los males y mantiene en paz y prosperidad á la familia.

Si es pobre, no hay que decir: el nuevo estado representa una catástrofe; aunque el padre sea bueno y virtuoso, casa y familia vienen á ruina. Hijos sucios y rotos, mal alimentados y vigilados, faltos del calor materno, sufren todos los rigores de los males físicos y una capitisdiminución social, que para tiernas criaturas es tan penosa como pueda serlo la muerte civil en los adultos.

La plasticidad femenina gaditana, rayando tan alto, presupone varias condiciones y virtudes de que no quiero hablar dogmáticamente, ni por autoridad de mi palabra.

Vuelvo, pues, al método elegido para tratar estas cosas: á tomar ejemplares (no elegidos exprofeso, sino cogidos en un como puñado) de las primeras gentes del círculo de mis conocimientos.

*
* *

La Redacción de «El Nacional».—El lector sabe por qué y en qué circunstancias fuí á buscar mis relaciones en dicho órgano político.

Habíase fundado por Don T. Campo para defender la causa progresista de los ataques, nada moderados, del periódico moderado del Sr. Durana.

Campo fue ardiente y desinteresado patriota de aquella viril generación, que, por desgracia, ha tenido pocos sucesores. A su muerte, quedó el periódico sin alma y sin sostén. Algunos progresistas se asociaron para sostenerlo, eligiendo á Don J. S. para administrador, director y editor responsable, todo en una pieza.

Pronto se cansaron los comprometidos de hacer algunas impensas; por lo cual Don J. se vió precisado á concertar con el impresor que éste se encargara de la caja y tirada por el importe de la suscripción; quedando á cargo del D. José el papel y otros gastos, para cubrirlos á la ventura con el importe de anuncios, remitidos y reclamos, que entonces, á la verdad, daban muy poco.

Redacción, no se pagaba: no era costumbre escribir de política á salario.

Suplía la tijera, algún artículo de literato novel que nunca falta, y el fondo lo llenaba la polémica, en la que los contendientes se ponían como un trapo.

Había, sin embargo, dos redactores constantes: Don F. S. y Don J. P.

No faltaba tampoco algún novel chiquichanca, que por terciar sus primeras armas ensartase algún que otro articulejo.

Ya tenemos, pues, aquí tres personas tomadas al acaso, cuyas familias y mujeres podrán servirnos para fundamentar nuestros estudios; y por si parecen pocas, agregaremos otro personaje más, que por su constante asistencia á la redacción, bien podemos traerlo á nuestro objeto.

Y comienzo por él, ya que el orden de los factores no altera el producto.

*
* *

Llamábase Don A. Huertas. No queda pelo ni hueso de él, ni sucesores; y puedo, sin cometer indiscreción, declarar su apellido.

Era un señor genuina y esencialmente gaditano: persona tan singular como simpá-

tica; educadísima, de sesenta y seis á sesenta y ocho años de edad, de poca talla y carnes.

Hijo único de rico comerciante de fines del siglo XVIII, quebró por efecto de la guerra con los ingleses. Arruinado, pero conservando su respetabilidad y la general estimación, dejó al huérfano viviendo de los últimos despojos de la anterior grandeza, hasta que andando los años se quedó, por todo quedar, con una criada de su antigua casa, diez ó doce años menor que él, y una pobre casita de escalerilla, situada en la Alameda; casilla que seguramente conservaba porque nadie se la quiso comprar.

En las décadas del 25 al 45, Cádiz se encontraba en uno de sus períodos de pobreza y decadencia.

A la muerte del Rey, el primer sentimiento de los políticos de la nueva era fue de simpatía para *La Cuna de la Libertad*, frase con que se requebraba á la ciudad. Para sacarla de postración, se la declaró puerto franco. Pero aquel esperezo de su comercio duró poco: lo esterilizaron la epidemia colérica y los efectos de la guerra civil.

Del 39 al 50, que habité la ciudad, todo el

hermoso barrio de San Carlos estaba inhabitado: cerradas sus sólidas, grandes y elegantes casas; rotos los cristales; desiertas y con hierba las calles. Todo respiraba allí soledad, tristeza, decadencia, ruina.

Don A. Huertas, sin embargo, parecía el hombre más contento y satisfecho del mundo y de su suerte.

Vestía á la moda de veinte años atrás, muy cepillado, muy limpio. Tenía un cierto aire de distinción, de superioridad velada y atenuada por su trato sencillo y agradable.

Parecía uno de esos aristócratas de abolengo, que, por serlo, tratan á las gentes con llaneza y se hacen populares.

Tenía al dedillo la historia gaditana, desde el combate de Trafalgar hasta el día de la fecha. Contaba innumerables sucesos de la época, sin repetirse, cual suele suceder á los ancianos; y con tal color, viveza y fina gracia, que obligaba á escucharle con placer y á quedar pendiente de sus labios.

Como dije, era asiduo asistente á la redacción; asistente nocturno. Presentábase, sin variar, á la una y cuarto de la noche. Allí estaba en la redacción, mientras F. S. y J. P.

corregían las pruebas ó escribían algún suelto de última hora.

De dos á dos y media de la noche solían retirarse: pero el Sr. Huertas bajaba al piso donde permanecían los cajistas ajustando el número: después se iba con los prensistas hasta media hora antes del alba, en invierno y en verano: hora en que tomaba el portante, lloviera ó no lloviera, venteara ó hiciera buen tiempo.

Era, pues, un verdadero nocturno.

De la imprenta dirigíase derechamente á la Plaza de San Juan de Dios. Allí, en un cafetín de madrugada para verduleros y marineros, tomaba una taza llamada de café y un panecillo ó dos cuartos de buñuelos.

Hecho tan económico desayuno, subía á la muralla: y por ella, muy despacio, volviéndose para contemplar los albores de la aurora y el apuntar del sol, se encaminaba á la alameda y entraba en su casa. Desnudábase, se metía en cama, y dormido ó desvelado, permanecía en ella hasta las diez y media de la noche. A esa hora, calzábase viejas babuchas morunas; echábase una bata tan vieja como las babuchas; se lavaba, afeitaba y

peinaba muy prolijamente los cabellos castaños, exentos de canas á pesar de la edad. Seguidamente, cepillaba y estiraba con cuidado levita, chaleco y pantalón: embetunaba las botas, se vestía y pasaba al comedor, donde la criada le tenía dispuesta una jícara de chocolate, un vaso de leche y un panecillo francés. A veces variaba el refrigerio. Si el pescado frito estaba barato, sustituía la criada el vaso de leche por cuatro cuartos de morralla. A este punto sonaban las doce y media en el reloj de San Antonio. Tomaba su encarnado paraguas, hiciese tiempo bueno ó malo, encaminándose despacio por la Plaza de Mina, calles del Tinte y de San Francisco á la redacción, parándose de cuando en cuando á saludar y platicar con los serenos.

Tan original y apreciabilísimo señor, bien se ve que estaba reducido á la más mínima expresión. Nadie podría presumir tanta pobreza sin conocer su género de vida. No fumaba; pero, de todas suertes, en el cafetín gastaba cuatro cuartos y en la cena un real cuando menos. La criada algo tendría que comer, suponiéndola tan parca como el amo. Algo en carbón y jabón para el lavado habría

que gastar. ¿De dónde salía la peseta diaria en que puede calcularse el mínimo presupuesto?

La casita de escalerilla sólo le daba albergue, ninguna renta. El piso bajo era almacén, pero estaba vacío casi siempre; arrendado, podría alcanzar á pagar la contribución.

El señor en nada se ocupaba. No iba á *El Nacional* por aficiones políticas. Era liberal, antiguo amigo de Isturiz y Mendizábal; pero del año 23 en adelante la política no existía para él. Concurría á la redacción por tener con quien hablar, y, estando al abrigo, pasar la noche.

¿Cómo, pues, vivía ó quién era aquí la providencia? Dijimos que la criada gaditana venía sirviendo en casa de los padres gratuitamente desde la ruina. Luego siguió sirviendo al hijo de igual modo, hasta llegar á la última extremidad, ingeniándose en hacer palillos de dientes ¡diez y seis horas diarias! para venderlos en los cafés y tiendas de comestibles.

No es fácil encontrar biografía tan elocuente como la de la santa criada del señor

Huertas, para ilustrar la tesis que inquirimos, acerca de las condiciones plásticas, morales y económicas de las mujeres gaditanas.

***

Menos original, más corriente, es la que atañe al honradísimo, culto, consecuente, inofensivo y buen amigo Don J. P.; alma blanca, ilustrado, prudente y de escrupulosa consecuencia.

A la verdad que no sé cómo figuraba en el campo avanzado del progreso. Su temple, su idiosincrasia, sus formas y maneras, eran más afines á lo que entonces se llamaba *La juventud dorada.*

Estoy cierto que, de haber figurado en el partido moderado, hubiese hecho gran carrera.

Bien lo reconocía; pero consagraba tal culto á la consecuencia con sus opiniones, que se ruborizaba á la fugaz idea de profanarlas.

Era abogado: había seguido con aplicación y lucimiento la carrera; pero socialmente era infantil, y para abogados no sir-

ven las personas sin hiel y algo inocentes.

¿A qué se debían esas virtudes, pero que en cierto grado hacían de un hombre de mérito un niño grande?

Tratemos de averiguarlo.

Hijo único de un matrimonio modelo de buenas costumbres, ordenado hasta el punto de que, con poquísimo caudal, la casa donde vivía y otras dos más pequeñas daban vado á pasarlo con decencia; criado al abrigo de la cariñosa autoridad paterna, creció sin tener que ejercitar la voluntad ni vencer ningún obstáculo. ¿Iba al Seminario? Le llevaba su padre. ¿A examinarse? Le conducía el padre.

Hubo de estudiar leyes; los padres con él. Y así no conoció más mundo que el doméstico, porque la madre era el alma de todo y el alma de su hijo, la que ordenaba al padre que se constituyese en ayo sempiterno de la criatura.

¿Cómo le dejaba que fuera redactor de un periódico avanzado y que volviese á su casa á deshora de la noche?

Pues porque aquella señora era liberal y apasionada de los políticos que conoció en su

juventud, quizá por cierto orgullo: la ambición de que el hijo llegase á personaje, cual los Argüelles y Calatravas de su particular devoción.

Como se ve, aquí resalta la gaditana, valiendo más en condiciones y carácter que marido é hijo.

Por exceso de amor y facultades domésticas, pecó respecto á la educación del hijo.

*
* *

El principal redactor, Don F. S., no siguió carrera, ni la quiso, ni la necesitó. De familia humildísima, salió un chico mal criado, voluntarioso y listo.

Aprendió á leer y escribir casi solo: no tuvo oficio alguno.

Le enamoró la lectura de las comedias de Calderón, y por aquí empezó su literatura.

Tertulio de barberías, mostró en ellas su carácter decidor y se vió cabeza de un grupo de artesanos progresistas.

Se casó, sin ocurrírsele con qué mantener sus obligaciones.

Travieso, patriota y roto, tenía mucho

adelantado para hacerse popular. Así llegó á convertirse en escritor y literato.

No es cosa de relatar los varios accidentes de su vida hasta que tuve ocasión de encontrarle, conocerle y ser su amigo.

Entró á escribir en *El Nacional* y se hizo dueño del cotarro; sostenía la política local que le daba la gana. Los señores progresistas de más viso, de mayor influencia y autoridad, que algo habían contribuído á sostener el periódico, vieron contrastada su voluntad.

A los comienzos, Don J. P., hombre avenidor, le hacía observaciones:

—¡Pero, S., que nos vamos á quedar sin suscriptores! ¡Que hace poco tuve que pedir á L. D. treinta duros para tapar la boca al almacenista de papel, y no es posible disgustarlo!

—Pues que se disguste—contestaba.—He de seguirle la varilla al alcalde, y lo he de reventar, que quiera ó que no quiera el señor L. D.

Y no había forma. Ni en eso ni en nada daba el brazo á torcer. Idea, proyecto ó línea de conducta que se le pusiese entre ceja

y ceja, no había modo de contrarrestarlos.

Esa voluntariedad y una acometividad intrépida, asistidas por despejado talento y nada escrupulosa travesura, eran sus dotes culminantes. Con tales armas se abría paso, venciendo los inconvenientes de sus propios defectos, su vestir desastrado, trato irrespetuoso, tono gritador y hablar á goterones. Tenaz en la enemiga, sus círculos populares más íntimos le abandonaron más de una vez. Como los progresistas de más viso no lo podían tragar, se encontró en algunas ocasiones aislado, solitario, sin contar más que con sus gritos y las planas de *El Nacional*.

No obstante, la persistencia de su parte, el cansancio y el temor de verse atacados en los contrarios, concluían por sacarlo á flote y darle la victoria.

En tal brega gozaba, empleando su actividad, sin curarse de las necesidades de la vida, sin ocurrírsele siquiera que es preciso hacer el trabajo productivo para vivir de él; antes bien, hacía alarde de despreciar el dinero, las riquezas y á los ricos, el vestir y el bienestar. Bajo ese aspecto tenía algo de Diógenes. Menos sucio y desastrado, gracias

á lo que ahora se sabrá, tenía sumo parecido con el ilustre escritor político de Madrid, don Carlos Rubio.

¿Cómo vivía?

Casado desde joven con una gaditanita de carácter humilde, prudente, dulce, igual, con visos de impasible, continuó ella con su anterior modo de vivir. Pintaba abanicos para sostener á su madre y una hermana menor. Muerta la madre, casó con S. y siguió manteniendo á su hermana y á S. Luego que á poco llegó aquélla á mujercita, la dedicó á chalequera, y con el producto de la labor de ambas vivía la familia.

Cierto que S. no podía ser más parco. Sin embargo, consumía un presupuesto diario de un real y dos cuartos. El real para la taza de café con leche que tomaba en el llamado del Comercio, todas las tardes á las cuatro, en la mesa donde establecía su tertulia política literaria. Los dos cuartos se empleaban en doce pitillos de contrabando.



Don J. S. era otra cosa. Parecía la persona más granada é importante de la re-

dacción, aunque en ella no tocaba pito.

Alto, buen mozo, limpio, bien vestido; cuarenta años de edad, ninguna instrucción, vulgar inteligencia; atento, fino trato, contemporizador.

Salió soldado y no tuvo dinero para librarse; entró en el Cuerpo de Carabineros y pasó el tiempo del servicio en oficinas; llegó á alférez y pidió la absoluta.

Sus ganancias en *El Nacional* llegarían á lo sumo á dos ó tres pesetas, escatimadas á la cuenta del papelero, y trampa adelante. Pero tenía mujer y bastante familia. ¿Cómo con tan escasa suma estaba bien portado caballero?

He aquí otro problema como el del señor Huertas, Don J. P. y Don F. S.

Su señora é hijas se llevaban día y noche cosiendo guantes, que les proporcionaba preferentemente un guantero correligionario, ardiente progresista.



¿No es verdad que mujeres así son verdaderas Providencias?

¿No enamoran y enternecen esas virtuosísimas criaturas, haciendo el mundo de la nada, sobrenadando tranquilas, firmes y pacientes por encima del oleaje de la buena y mala fortuna?

Confieso de buena voluntad que he sido afortunado en la designación del círculo social que hemos descrito.

Cuatro familias y cuatro ejemplares á cual más interesantes, así como concluyentes, para la revelación de lo que son las gaditanas, social y económicamente, en el círculo de la familia.

Cierto, que si, en vez del grupo examinado, hubiera echado mano al de los catedráticos del Colegio, no hubiese podido ofrecer una totalidad de ejemplos igualmente fehacientes. Pero, téngase en cuenta que sin determinantes no cabe determinación; y las esposas de los catedráticos, teniendo sus atenciones domésticas cubiertas, no tenían que hacer por gusto lo que sólo obliga á hacer la necesidad. Pero es seguro que si esas mismas señoras gaditanas, por rigores de la suerte ó por viudez, se vieran compelidas á ello, harían otro tanto que la santa criatura sirviente

del señor Huertas y las demás ya dichas.

Si conceptuara necesario añadir pruebas, tomaría otro círculo *ad libitum:* el de la primera tertulia á que asistí.

Lo haría con gusto, si no temiera ser pesado. Parto la diferencia y cojo al vuelo la primera persona que acude á mi memoria. Pero, antes he de hacer una advertencia: más adelante estudiaremos casos en mediana y próspera fortuna, para poder examinar las condiciones económico-sociales que en tales circunstancias ostenta la gaditana.

***

Pues como iba diciendo, en dicha tertulia amisté con un capitán mercante. Siempre me han sido tan simpáticos, como indiferentes los de guerra, salvo contadas excepciones.

Son hombres de trabajo, resueltos, francos, viriles, generosos y sencillos.

Sostenía mi dicho amigo honestas relaciones con la hija mayor de la casa. Esperaba mayor fortuna. Hallábase sin embarque un año largo: deslucida la levita, torcidos los tacones. El hombre estaba desesperado. Lejos

de sostener, tenía que ser sostenido por su pobre madre y sus hermanas. Gracias á un amigo proveedor de artículos para marinería, madre y hermanas tenían camisas y calzones de contrata que coser. Tal situación no era avenible con persona como él. Por fin, gracias también á otro amigo, almacenista de bacalao, se embarcó sin sueldo en una goleta que vino con dicho género á la plaza.

Mi capitán estaba bien conceptuado como marino.

Llegado á Inglaterra, el mismo compañero en cuyo barco hizo la travesía le recomendó á sus armadores, y consiguió acomodo en un buque viejo que hacía el tráfico del bacalao. Envió los socorros que pudo á la familia, y algún tiempo después mandó por un hermano menor, de edad de catorce años, para que navegase con él y aprendiera el oficio. Llegó en efecto el hermanito, y salieron al mar. En aquel mismo viaje, un temporal deshecho hundió el barco. Los dos hermanos sucumbieron. La familia continuó cosiendo ropas de contrata.

***

¡Qué dolorosa sería la vida si la muerte no viniese á poner fin á sus afanes, cuando nos coge cumpliendo nuestros deberes!

Rica y útil enseñanza de la sociedad la existencia mísera, las sencillas biografías que acabamos de relatar.

Surge patentemente confirmado que la fortuna varia, hace mejores á las gentes que la constante fortuna próspera.

Queda demostrado que las cualidades morales, aún más que las físicas, se transmiten por herencia. Hemos podido señalar algunos caracteres físicos que particularizan y diferencian algún tanto á la gaditana de las demás mujeres; y hemos hecho notar, que los rasgos diferenciales mayores, de más bulto y valor, residen en su esfera moral, sentimientos, carácter, dulce afabilidad, paciencia, orden, economía y dignidad humilde. Ni se desvanecen en la próspera fortuna, ni se degradan ni desesperan en la adversa.

Bajo este concepto, general en la gaditana, era un buen ejemplo la criada de don A. Huertas.

Aquel señor, cuya decadencia y pobreza conoce el lector, vivía dentro de sí, no como

rey destronado, sino en la plenitud de sí mismo, como rey en su trono. Superior á las contrariedades de la suerte, fue desprendiéndose de fausto, de goces de mesa, de representación, de relaciones, hasta de la luz del día. Vivía en sí mismo, en sus recuerdos, en el tranquilo bienestar de su conducta, al amor tibio, desinteresado y fragante de una pobre vieja, como el niño á los pechos de su madre.

Quizá haya quien piense que hubiera sido más digno y meritorio que el Sr. Huertas hiciese los palillos. Pero ahí está la diferencia. Un hombre no es capaz de inventar un tal recurso, ni pensarlo, ni llevarlo á cabo, y menos perseverar en él años y años.

El tipo personal de la señora madre de Don J. P. parece más corriente y de menos importancia. Sin embargo, á través de su sencilla historia hay cosas hondas.

Una señora esencialmente gaditana, afectiva, ordenada, de voluntad firme, sin violencia, de claro entendimiento y generosos propósitos, que domina por el amor hasta grado excesivo; directora de su casa, de su marido é hijo, sin esfuerzo ni imposición; que mantiene el decoro de su casa y da carrera cos-

tosa, sin más recursos que una renta muy pequeña, ¿es dicha señora un ejemplo que merezca menosprecio?

Para ser y hacer todo esto, necesitaba poseer no escaso número de condiciones y virtudes: mucho amor en el pecho, discreción, laboriosidad, paciencia, espíritu económico. Tenía una sola criada, de treinta reales al mes. Con ella iba á la plaza á primera hora, se enteraba de lo mejor y más barato, volvía á casa y hacía por su mano los almuerzos; más tarde, la comida y cena. Lavaba, planchaba y cosía la ropa, y todo limpiamente; de modo que, con quitarse el delantal y bajar las mangas, ya estaba dispuesta para recibir decorosamente una visita, sin que pudiera percatarse de que la señora abandonaba la cocina.

Así, los vecinos conceptuaban á esa familia como rica, ó al menos muy bien acomodada, cuando toda la riqueza consistía en las virtudes de una mujer genuinamente gaditana.

Nada quiero decir de la señora de don F. S.

***

El régimen alimenticio de las familias gaditanas atrasadas es singular; no tanto como el del Sr. Huertas, pero algo análogo.

El de la casa de Don F. S. era el siguiente: sopa de ajo para desayuno; puchero de judías y garbanzos con tocino para comida; gazpacho en el verano, ó ensalada de patatas en invierno para cena.

Téngase en cuenta, para valorar la economía, que el presupuesto personal del real y dos cuartos que gastaba Don F. en café y tabaco, también salía del trabajo de la mujer y de la hermana. Diariamente, al levantarse el esposo, encontraba en el bolsillo del chaleco el real y los dos cuartos.

Con eso y los cincuenta reales de arriendo de la casa, ya sumaban ochenta y ocho reales mal contados cada mes.

No se puede conocer la vida social de un pueblo sin descender á analizar tales minucias.

La familia de Don J. S. no dejaba de ofrecer su interés á este respecto. No tenían criada; madre é hijas hacían los menesteres de la casa. Don J. se presentaba bien portado, porque la levita ó el pantalón deslucidos eran

vueltos y quedaban como nuevos. Chaleco y pantalones, ellas los cortaban por otros y los cosían.

El aguador traía la compra por la mañana: carne barata, hígado, corazón, faldas ú hocico, según permitieran los cuartos disponibles; si no, tocino solamente.

Es de advertir que el renglón del aguador resultaba caro en Cádiz. Cierto que la mayor parte del año se consume del aljibe. Pero suelen venir primaveras secas, y entonces falta el agua en el verano; hay que comprarla, y cuesta un real y á veces dos la cuba.

Un filántropo gaditano dejó su cuantiosa fortuna á la ciudad para dotarla de aguas. No sé si las obras se habrán llevado á efecto. ¡Cuánto más cristiano y caritativo ese pensamiento que no el dejar los caudales para sufragios, en la creencia de que se puede sobornar á la justicia divina con dinero!

La pobreza gaditana no sale descarada al público. La mujer la oculta y disimula. Es preciso buscarla exprofeso, escudriñarla, sorprenderla en los hogares como un recóndito secreto. Y es que sólo la pobreza sucia sale á plaza con los churretes de la miseria; y la

mujer gaditana, como una de las cualidades que tan bien la caracterizan, se distingue por extremadamente limpia y aseada.

Tal limpieza salta á la cara hasta en las calles y las plazas. Siendo los municipios tan pobres como la generalidad de sus representados, no sólo en los barrios centrales, sino hasta en el de la Viña, se ve la vía pública limpia, así como las fachadas de las casas. No he conocido urbe más pulcra como no sea Florencia, donde llamándome la atención la pulcritud de sus calles y plazas, me eché á buscar una tarde alguna mancha de orines, alguna suciedad de perro ó de caballo; y así anduve por el centro y los barrios exteriores hasta que oscureció, volviendo á la fonda sin conseguirlo.



El aseo de la gaditana no se reduce á su persona y vestidos. Puede calificarse de extremado respecto á casa y mobiliario: encala con frecuencia los dormitorios, friega los suelos y las puertas, da cera y aguarrás á unos muebles y barniza otros; los sábados

hace limpieza general, desde la carbonera hasta el estrado.

La gaditana se lava diariamente todo el cuerpo, parte por parte. No suele bañarse sino por el verano en el mar, á causa de la escasez del agua. Algunas se bañan totalmente, aprovechando el agua del enjuagado de la ropa.

Hay cosas de la mayor trascendencia social que por muy corrientes no llaman la atención, pasando por delante de ellas sin percatarse. ¡Cuántos y cuántos gaditanos y forasteros han subido á las azoteas de Cádiz sin parar mientes en el lavadero por que han atravesado, ni en los palos de gancho en que se atan las cuerdas (tendederos), absortos con el espectáculo del mar y la graciosa decoración de la ciudad saliendo de la espuma para ser abrazados por el cielo! Pues allí, en los altos de la edificación que pisan, en la azotea, en aquellos palitroques, en el lavadero, se encierran los factores, mudos para el distraído, elocuentes para el observador, de una higiene económico-social de trascendencia; y que si da carácter y silueta especiales al panorama de la población, con sus

terrados y graciosas torrecillas, no se lo da menos á las moradoras.

El aseo personal es dificilísimo sin el lavado doméstico. Dar la ropa sucia á la lavandera es dispendioso, inseguro, no está al alcance sino de las buenas fortunas.

Las clases media y pobre carecen de suficiente ropa para tener con qué mudarse, entregada semanalmente á la lavandera.

Así se ven obligadas á mudarse de tarde en tarde. El abono del gasto es perentorio; y cuando hay pocos recursos, recae la falta en el aseo interior, y en el de la mesa y camas.

Las impensas del lavado son más fuertes de lo que se puede imaginar. Léase lo que mi genial y talentoso amigo Don J. de Castro y Serrano escribió, demostrando que cuesta más que un frac ó una levita una sola camisa.

Sin aseo, no es posible el decoro: se huele mal. Si cada uno se habitúa y aguanta sus malos olores, no le sucede igual con los del vecino. Dándonos mejor ó peor cuenta, huímos de la gente sucia.

El decoro gaditano se debe á su aseo; y su aseo, á la verdadera institución social que

desempeñan sus inadvertidos lavaderos domésticos.

Sin duda alguna, esas azoteas, esos tendederos, esa oficina *ad hoc* para el lavado y la colada, de que toda casa está provista, contiene uno de los factores principales de la cultura y de la vida gaditana.

Suprimid los lavaderos, y á los diez ó doce años sus gentes serían otras.

Con ellos, una criada, que sirve también para otros usos, hace el lavado y la colada.

Si la familia carece de sirvientes, lava ella misma, plancha y repasa la ropa. Este ejercicio gimnástico é higiénico contribuye al mayor desarrollo del pecho y brazos, desenvuelve hábitos laboriosos y de orden, dando lugar á una disciplina de trabajo. que trasciende á las demás esferas de la vida.

Por ley municipal debía ordenarse que no hubiera casa sin sifones, lavaderos y agua disponible. Véase una reforma social sumamente sencilla, que no reclaman los voceadores, siendo tanto ó más importante y eficaz que la jornada de ocho horas.

El obrero, que se empolva y suda, necesita más que otros el frecuente lavado de las ro-

pas. Tal como hoy se hace, es imposible: el coste absorbería la mayor parte del jornal. Proporcionarle medios fáciles y económicos para hacerlo, sería disminuir sus gastos un 10 por 100: ó lo que es igual, aumentar su jornal en otro tanto, así como las probabilidades de mantenerse en salud.

Puede que replique algún obrero que su propia mujer lava la ropa. No lo dudo. Pero será si no va con él á la fábrica, si vive en un suburbio no muy extenso y puede disponer de un lavadero público cercano, fuente ó río; y aun así, para tomar vez y poder secar la ropa, necesita abandonar casa y criaturas, desatender el guiso y perder horas y días. No hay excusas ni argumentos. Los axiomas son incontestables: y es un axioma como un templo, que la ropa sucia se debe lavar en casa.

Todavía resultan otras ventajas económicas: la ropa dura doble tiempo. Las lavanderas de oficio, procuran trabajar y hacer los menores esfuerzos posibles; suplen el de los puños golpeando la ropa con palas ó sacudiéndola fuertemente sobre peñas. Para gastar menos jabón, echan puñados de cloruro

de cal: donde cae un grano, quema la tela y resulta un agujero, devolviendo una criba en vez de la camisa; y para facilitar el planchado, abusan también del almidón y nos la traen convertida en cartonera.

Bien se ve que con tales procedimientos la ropa dura la mitad de lo que debe, y sin exageración puede calcularse en otro 5 ó 6 por 100 el aumento de gastos.

Considero al lector convencido de lo que acabo de decir. Mucho más podría agregar sobre la trascendencia social del lavado doméstico gaditano, su influjo en las costumbres y la cultura general: pero dejo á la clara inteligencia del lector que deduzca lo que omito en obsequio á la brevedad.

Sólo me permitiré añadir que el aseo es un gran estimulador del pudor y la vergüenza. El que no tiene empacho en presentarse sucio habitualmente, ha embotado su sentimiento de vergüenza. De ello á no sentir el pudor y mostrar las carnes no hay más que un simple paso.

El pudor de las mujeres gaditanas se debe en mucha parte á sus hábitos de aseo.

*
* *

Ya hemos anotado que lo lleva y lo dilata á la habitación y al mobiliario. Este, en mi tiempo, era escaso y sencillo: el necesario solamente. Claro está que variaba en relación con el bienestar de las familias; pero aun en las mejor acomodadas era sobrio, de severo gusto inglés.

No convertían sala y gabinete en almacén de cachivaches que no dejan circular.

Por aquel entonces subsistía en Cádiz algún comercio de maderas. Había depósitos de caoba, algún cedro, limoncillo y otras estimadas. Con ese motivo estaba algo próspero el arte de ebanistería. En la calle Ancha había más de un almacén que ostentaba muebles sólidos, elegantes y sencillos. Debían surtir á la provincia y capitales inmediatas.

Hoy el comercio de maderas ha desaparecido, y de la ebanistería apenas quedan las señales.

¡Triste destino de ciudad, cuyas prosperidades parecen flor de un día!

También hemos anotado la trascendencia del aseo á la vía pública y fachadas de edificios. Allí no se ven esos muros churretosos

que saltan á la cara en el mayor número de las poblaciones y en el mismo Madrid.

Llega la pulcritud al punto de pintar al óleo las fachadas: cosa que debe resultar costosísima, y tanto más meritoria si se considera que las casas rentan poco, son caras de construir y sin valor en venta.

Las fachadas son de calcárea arenisca moluscoidea, piedras de la mar, duras, eternas, pero de superficie escabrosa, sembrada de pequeñas oquedades, por lo que deben consumir una cantidad enorme de pintura.

Si parecen minucias las que digo, téngase en cuenta que, como ya hemos demostrado respecto á otros particulares, nada prueba como ellas hasta dónde raya la pulcritud gaditana, nada expresa tan bien y gráficamente los grados de cultura, nada retrata mejor ni da cuenta más exacta de las condiciones de los habitantes, nada da idea más patente de la relación directa é íntima que existe entre las cosas externas y las internas; y nada, en fin, autoriza tanto para afirmar que Cádiz es su gente y que su gente es Cádiz.

O lo que es lo mismo: que la graciosa,

clara y linda ciudad que ve el viajero bañándole los pies el Oceano, es el cabal y fiel retrato de la perfecta mujer gaditana.

RAMAS Y HOJAS

No se puede prescindir, tratándose de materias sociológicas, de traer á examen los centros de reunión donde comercian y se relacionan los individuos y familias entre sí.

Dando de lado á iglesias, espectáculos y paseos públicos, por ser más bien puntos de confluencia que de relaciones sociales, sin negar por eso lo que influyan en otros sentidos importantes, pasaremos á estudiar los campos donde juega la sociedad de las gentes.

La observación permite hacer una clasificación natural:

Sociedades unisexuales y *sociedades bisexuales*.—Las unisexuales son, entre otras: escuelas, colegios, universidades, lonjas de contratación, ateneos, academias, casinos, cafés, tabernas, casas de juego, etc.

Las bisexuales son contadas, y es lástima.

Se reducen á cuatro: visitas, tertulias, bailes y casas de lenocinio.

Si nos fijamos en comparar el carácter ético de las unisexuales y bisexuales, veremos de una manera patente que la opinión reinante en España está equivocada y es errónea de medio á medio.

Son más éticas, esto es, más morales, las bisexuales que las unisexuales.

Entre éstas hay muchas corruptoras y nocivas: casinos, cafés, tabernas y casas de juego.

En las bisexuales sólo hay una inmoral, pero no nociva (la última de ellas), y ya me explicaré.

Es inmoral; ¿quién podrá ponerlo en duda? No así nociva, porque atenúa males mayores; es como ciertas enfermedades, que evitan contraer otras de mayor gravedad.

Efectivamente, sólo un espíritu hipócrita puede dejar de confesar que la casa de lenocinio mengua los vicios solitarios, la prostitución clandestina, la seducción doméstica y la asquerosa inversión sexual. Paréceme, pues, que bien puede perdonarse el bollo por el coscorrón.

Las visitas ejercen una importancia social de tal especie, que no es necesario demostrarlo. Es el primer arma para conquistar relaciones. Sin visitas se viene al aislamiento, á vivir como hurón en agujero. Las tertulias y bailes de sociedad no son otra cosa que evolución é irradiación de la visita.

—*Poco visiteo*—dicen las gentes graves.— En efecto, el mucho visitar de la noche á la mañana tiene sus inconvenientes, aunque no fuera más que por el tiempo que robaría á otras atenciones más urgentes. Para evitar el escollo surgió el recurso de reducirlas á horas y días determinados; y como Cádiz es el pueblo que por sus circunstancias obliga á más frecuente trato, se vió en la necesidad de fijar hora no ocupada por el trabajo, resultando la tertulia.

La tertulia es, pues, una institución social muy seria, por más que haya servido de tema para espectáculos cómicos.

En Cádiz ha nacido, no precisamente por haber allí sido inventada. Evolución natural de la visita, nadie la inventó: como nadie ha inventado las palanganas, que vienen de los lebrillos, ni los lebrillos, que vienen de

las cazuelas; pero es justo declarar que era todavía

Madrid, castillo famoso
que al rey moro aliria el miedo,

cuando de mucho tiempo atrás existían tertulias gaditanas. De Cádiz seguramente se extendieron á la sociedad madrileña. Lástima grande que no se hayan generalizado, fuera de la corte, á más ciudades que Granada y alguna otra. La extranjera y malhadada importación de los casinos ha debilitado considerablemente á las tertulias, que nos son indígenas.

Tertulias que hacían agradable á los diplomáticos y viajeros la residencia en España, sintiéndola preferible á la de las otras naciones; trato que celebraron en correspondencias oficiales y extraoficiales, públicas y privadas.

No quiero perder el tiempo en denunciar los males que la corrompida importación de los casinos extranjeros nos está ocasionando; lo que puedo decir es que temo que resulte anticuado, y hoy inexistente, lo que debo relatar de las tertulias de mi tiempo. Si ya no existen, si han muerto chupadas por la suc-

ción de esos palacios de los juegos de azar y de la frivolidad, tómese lo que diga como relato histórico de las cosas que fueron.

***

Las tertulias eran numerosas y de varias gradaciones. Marcaban perfectamente todos los estados, capas y matices constitutivos de la población.

Comenzaban en las espléndidas reuniones de Carmen V.—ya diré de ella lo que es justo, cuando trate de los bailes.—Empezaban, digo, en engarces de brillantes, y por grados y escalones llegaba á los culos de vaso y botas descosidas.

No hay qué decir que eran esencialmente bisexuales, asistidas por personas de varia edad, desde graves ancianos de peluca, hasta niñas de trece á catorce años y jóvenes de diecisiete; dominando, sin embargo, la juventud, más ó menos circunspecta, más ó menos alegre y bulliciosa.

No he de describirlas punto por punto, sería cosa de nunca acabar; me reduzco á decir que esas reuniones, entonadas ó desen-

tonadas, han ejercido una influencia muy grande en el trato y cultura de la ciudad.

Hasta ahora, no he visto tratar el asunto sino sólo por el lado cómico. Cierto que lo tiene, como todas las cosas: de las más altas y graves se fraguan caricaturas. Pero eso de las tertulias es asunto que tiene que roer; son de mucho y profundo fondo, principalmente para el observador sociólogo.

De las tertulias salían el mayor número de amistades desinteresadas, de noviazgos y casamientos.

Dichas amistades tenían un carácter, un sello particular. No sé cómo explicarlo. Resultan parecidas á las que se adquieren en escuelas y colegios, las cuales no se olvidan nunca; pues siempre que se ve al contertulio causa alegría, y dan ganas de correr para darle un abrazo. ¡Cuántos y cuántos buenos y sinceros amigos he tenido en el discurso de mi vida, que por muertos y ausentes apenas si los puedo recordar, mientras que de las amistades contertulianas me acuerdo con frecuencia y gozo!

A un francés conocí en ellas y á quien traté cosa de unos meses, comisionista, guapo,

muy bien educado, ocurrente: simpatizamos. Ya pasado más de medio siglo; no he vuelto á saber de él. Ángeles para mi alma las veces que me pregunto: ¿qué será de Bisac? Y como con éste, me acontece con los demás á quienes me unió amistad en la tertulia.

Tampoco he vuelto á ver al capitán Herrera. ¡Cuántas veces he preguntado por él; cuántas veces, en tiempo de guerra, he leído la lista de los muertos ó heridos, para ver si no estaba su nombre!

Y lo mismo, y en más número, con las jóvenes y señoras. ¿Qué será de Fulanita? ¿Qué de Menganita? ¡Pobrecilla! ¿Se habrá muerto? ¿Qué de Aurora? ¡Angelical criatura! Ya estará hecha una vieja fea, como yo.

En esas sociedades reinaba una confianza comedida, la expansión y la alegría más ó menos bulliciosa.

En ellas se adiestraban las muchachas en la esgrima del trato con los hombres: aprendían el arte de agradar y aprisionarlos. Habituábanse á los encendimientos sin consecuencias, haciendo dueña de su persona á cada una, dándole tiempo para reflexionar y refrenar los deseos. Proporcionaban ameno

pasatiempo á los contertulios de todas las edades.

Las señoras platicaban las unas con las otras, haciendo labores de punto. Los hombres machuchos jugaban al tresillo. Algún galanteador, jubilado del servicio activo por los años, iba y venía á la oreja de las jóvenes, convertido en confidente y desinteresado consejero.

Jugábanse juegos de prendas. No solía faltar alguna persona que tocara el piano ó la guitarra, quien cantase coplas ó canciones, quien bailase con gracia el jaleo de Jerez.

El baile solía hacerse general con el vals ó rigodón. Las tertulias, por ende, resultaban escuelas de costumbres, tanto ó más que el teatro, proporcionadas á cada círculo de público y actores; porque, como dejamos indicado, las tertulias se establecían en escala de multitud de peldaños, desde el más alto al más humilde.

De todas suertes, en todos se alcanzaba un punto de educación delicado y muy difícil: dar paso del estado vago de inocente malicia, propia del que no conoce el mundo, en las relaciones entre hombre y mujer, á un

otro estado de mayor conocimiento, que es imposible suministrar por otros medios. Bajo este concepto la tertulia es irreemplazable y altamente moralizadora, porque de la niña boba líbrenos Dios.

***

† *Vedme perplejo con la pluma levantada, sin saber decidirme á dejarla correr ó volverla al tintero.*

Causan mi duda varias consideraciones. Nadie tiene derecho á sacar desnudo á nadie y ponerlo así á la expectación pública. Hasta el presente, para orillar la dificultad, me he valido de iniciales; pero temo, que aun así, y por lo que las iniciales tienen de charada, venga el peligro de estimular la curiosidad, poniendo en exhibición á quienes nada más lejos de mi ánimo que pretender molestar.

Por otra parte, este asunto de la podero-

† *Últimas cuartillas escritas por el autor (estando en pruebas la obra), en la madrugada del 30 de Agosto de 1902, de una á cuatro.*—L. M.

sa acción educativa de las tertulias, ni es fácil darlo á comprender, ni puedo dejarlo sin pruebas ejemplares, faltando al método que he seguido hasta aquí.

Cuando las personas que sirven de observación son regulares y dechados de vida, ningún inconveniente hay, antes al contrario, es justa complacencia declarar sus nombres; pero cuando, como suele suceder, el sujeto que se ha de retratar es un complexo de cosas excelentes y de cosas irregulares ó ridículas, la situación del escritor está expuesta á cometer abusos.

No encuentro manera de salvar el escollo en el caso presente, sino dando nombre falso al personaje vivo y efectivo de la silueta biográfica elegida entre varias que acuden á mi memoria, á propósito para dar idea de la acción educativa de las tertulias.

***

AMORES DE ANGEL CUSTODIO Y MARÍA PEPA

Aunque anteponga el nombre de Angel al de Pepa, ésta constituye el objetivo del estudio, el personaje principal.

Y cuenta que Custodio no era moco de pavo, como verá el lector.

Empecemos por él.

Vino á Cádiz, desde una ciudad de Andalucía, para estudiar Medicina. Se matriculó en primer año y quedó hecho colegial; ¿pero estudiante?... ¿Ni quien pensó tal? Tenía talento, ó más bien ingenio. Vivo, cogía las ideas al vuelo, como la mayoría de los andaluces, y luego las comentaba á la luz de una filosofía que él se fraguó para su uso particular.

Sostenía que el trabajo era una insensatez, dependiente del embrutecimiento de la humanidad; que el talento consistía en saber vivir sin trabajar, gozando alegremente cuanto se pudiera.

A tal programa se ajustaba.

Levantábase á las doce; á las dos iba al colegio; en los corros de estudiantes metia palique y suscitaba disputas; sonaba la campana para entrar en clase, y acompañaba á los estudiantes hasta la puerta; los dejaba entrar y volvía las espaldas, dirigiéndose al claustro, al jardín ó la plazuela para incorporarse á otro grupo de estudiantes, ya sa-

lidos del aula ó en espera del maestro. Así daban las cuatro, hora en que se enderezaba al café del teatro principal, estableciendo tertulia con los cómicos y jugando al dominó hasta las siete. A dicha hora iba á cenar á la casa de pupilos; y como un rehilete, con el bocado en la boca, á recorrer sus tres ó cuatro novias, empleando más ó menos tiempo, según y conforme se lo permitiera su principal ocupación ó casi profesión, consistente en cómico aficionado.

Alma de tales compañias, hacia en ellas los múltiples oficios de autor, galán, barba, parte por medio ó apuntador, indiferentemente y según lo que fuere menester.

Él concertaba á los aficionados, formaba la compañia, hacía la cuestación y el pago del local, pintaba las bambalinas y encendia las candilejas.

En tal tráfago era incansable arreglador de diferencias, celos artísticos y rozamientos. Gozaba con todo esto, convirtiendo en coto redondo de sus singulares amores la parte femenina de la compañía.

El punto de vista primordial de su filoso-

fia, ya lo dijimos. Bien mirado, era un epicureismo adaptado al siglo XIX.

Sostenía con sólidos argumentos que la vida mejor era la de estudiante... con tal de no estudiar.

Naturalmente, perdía los cursos ó no se presentaba á los exámenes.

Así llevaba cuatro años y hubiese continuado toda la vida. Porque, como él decía:

—¿Cuál más regalada ni alegre? ¿A qué clase ni condición se le permiten las libertades que á los estudiantes, sin cuidados, sin responsabilidades? Lo que en un hombre establecido es una falta ó un delito, en el estudiante es una gracia, ó á lo sumo una calaverada. ¿Quién como ellos puede vivir sin deshonor careciendo de dinero, ni hacer gala de no tener una peseta?

Por tan sólidas razones, se proponía hacer interminable la carrera.

Pues su doctrina en amores, no digamos. Véase la que sostenía en sus disputas:

—«Sois unos imbéciles. Ni siquiera entendéis la Biblia, ni sabéis sacar las consecuencias de su enseñanza. Continuáis tan brutos y tan adanes como Adán. Sin aten-

der á que está prohibido comerse la manzana, apenas se pone á tiro la primera Eva con la suya, ¡jam! á tragársela como el pez el anzuelo. Así estáis todos agarrados á alguno y pataleando. Estúpidos; desperdiciáis todos los goces del amor, y os tragáis su almendra venenosa y amarga. Os está prohibido conocerle; pero no olerle, tocarle, palparle, lamerle y hasta tirarle algún bocado, con tal de aprovechar el jugo solamente y echar á fuera el bagazo.»

No es preciso decir más para dar á conocer al personaje, y que el lector pueda darse cuenta de que era un tipo original, de deficiencia ética.

Lo más digno de llamar la atención en él y lo que más obligaba á meditar, era que dicha deficiencia desaparecía alguna vez, trocándose en un estado opuesto de supermoralidad. ¿Cómo, cuándo y por qué? Seguro estoy de que no podréis imaginarlo.

Paso á declararlo del modo más breve que me sea posible.

Angel no era bebedor; lo mismo era tomar una caña de manzanilla, que ya estaba trastornado. Repentinamente su carácter

alegre, decidor y disputador, se trocaba en taciturno; salia bruscamente de la reunión sin despedirse y se iba á su casa. A este primer período seguía otro segundo de excitación; se desnudaba, y en cueros vivos se ponia á hacer ejercicios atléticos, ya con simples actitudes, ya levantando una silla ó una mesa, ya dándose fuertes golpes en el pecho con los puños para mostrar su fortaleza. Así proseguía hasta cansarse, ofreciendo un tercer cambio; sentábase con las piernas encogidas, los puños en las sienes, la cabeza caida en actitud de profunda meditación, entablando el siguiente soliloquio:

—«Eres un bribón, Angel, un solemnísimo bribón, eres un perdido sin entrañas: tu pobre padre, ya viejo, trabajando noche y dia para darte carrera; y tú sin hacer más que divertirte, pasando años y años, robando á tus pobres hermanitas que quedarán huérfanas, sin arrimo y sin tener á quien volver la cara en su miseria. Angel, eres un mal hombre, un tunante.»

Entraba en excitación; se tiraba de los cabellos y se daba golpes en la cara.

—«¡Pobrecito padre mio! ¡Pobrecitas,

hermanas de mi vida!»—Y se echaba á llorar desconsoladamente.

Este tercer periodo solia ser más largo que el primero y el segundo; hasta que á fuerza de llorar y darse puñetazos se quedaba dormido, sentado en la silla, con las piernas encogidas, los pies sobre el travesaño y los puños en las sienes.

Asi, desnudo como su madre lo parió, dormia la mona una ó dos horas; se despertaba, recogia su ropa y se iba á la cama. Al otro dia, Angel Custodio volvia á ser, pensar, sentir y obrar según y conforme su propio epicureismo y su habitual alegria razonadora.

Para dar cuenta exacta del valor de la educación de Maria Pepa, he considerado preciso dar á conocer al hombre con quien tuvo que habérselas frente á frente.

Agréguese que Angel Custodio era un guapo mozo de veinticuatro años, simpático, ocurrente y alegre como queda dicho, algo pesado en el empeño de propagar, sostener y defender su particular epicureismo. Dicho empeño le hacia caer en indiscreto algunas veces, como resulta de la siguiente escena:

Estaba postrado en cama su compañero de carrera y pupilaje, J. N.; estudiante ya maduro, tan desaplicado en los comienzos de su carrera como Angel, perdió los dos primeros años. Su padre, médico en Málaga, de bastante crédito, retiró la asistencia al hijo, obligándole á un oficio.

Pasados así dos años, súplicas de la madre y promesas de Juan levantaron el castigo. Volvió á Cádiz para proseguir los estudios; y en efecto, cumplió regularmente y fue un estudiante del montón. Tenia malas pulgas, era algo egoista y bastante incontinente.

Con él disputaba Custodio de preferencia, queriéndole reducir á su interpretación de la Biblia.

Postrado J. en cama, como queda dicho, dolorido por grandes flemones, y de peor humor que el suyo habitual, llegó Angel con su matraca.

—¿No lo ves, bruto? ¡Si te lo tengo dicho! Bien empleado te está por no seguir mis consejos. El hombre es una bestia y tú más bestia todavía. ¡Mira cómo estás! ¡Me alegro!

—¡Déjame!

—¡Qué te he de dejar! Donde cae el burro allí se le dan los palos. ¿No te acuerdas ni de lo que tan primorosamente dijo Góngora?

Amantes, no toquéis si queréis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado
Como entre flor y flor sierpe escondida.

—Que me dejes, te digo.

—No; fastidiate...

Juan cogió una bota y se la tiró iracundo á la cabeza.

Angel salió huyendo de la alcoba, y detrás del quicio seguía diciendo:

«*Amantes, no toquéis...* etc.»

Juan, echando espumarajos por la boca, le gritaba:

—¡Chocino! ¡Indecente! ¡Véte de aquí!

* * *

Conoció Angel á María Pepa en el teatrillo de aficionados de la Posada del Caballo Blanco, entonces existente á la izquierda

del arco de entrada del Pópulo, adjunto á un costado del Ayuntamiento.

No se ha concedido la importancia que los teatros de aficionados han tenido y aún tienen en nuestra escena.

Por cada diez actores regulares salidos de ellos, no sale uno mediano del Conservatorio.

Y el Conservatorio cuesta bastante dinero al Estado, mientras que los teatros caseros no cuestan á nadie una peseta.

Consiste en que los Conservatorios son casas de beneficencia, ataviadas con cien disfraces de todo género de pedantismos.

Rígense por cómicos cansados, mejores ó peores; agotados de esa sensibilidad de posesión, *que hace al actor transmutarse en varios personajes, olvidándose de sí mismo, para creerse en escena verdadero rey ó verdadero mendigo, héroe vivo y efectivo, ó criminal empedernido.*

Van esos maestros desposeídos de pasión, de intuición, de calor y de color, á dar Cátedra *ridícula de ridiculeces; y toda su labor se reduce á procurar que el candidato para actor se reduzca á imitar lo poco que*

le queda al maestro: su amaneramiento, *ó lo que es lo mismo, su defecto.*

Así se pasan años y años sin salir de los Conservatorios más que grillos cantantes y declamadores; y mal, muy mal como se encuentra nuestra escena, daría grima y ganas de hacer pucheros, si separando de ella á los actores ó actrices que se han hecho por sí solos como aficionados, nos quedáramos sin más que los salidos del Conservatorio.

Pues como íbamos diciendo, María Pepa fué al teatro de la Posada del Caballo Blanco á tentar sus aptitudes para el teatro.

No la llevó el deseo de entretenerse ó divertirse con la dicha afición; la llevaron las circunstancias y su talento reflexivo.

Contaba veinte años y hacía uno que perdió su madre á consecuencia de la tisis.

Era de familia decente y muy humilde; el padre, empleado de 5.000 reales anuales, poco más que un escribiente.

Mientras la madre vivió, todo fue con arreglo, dentro de la estrechez.

Muerta, se perdió el difícil equilibrio. El padre se echó á tierra; no dejó de ser un

hombre regular, pero no sabía dar vado á sus funciones y á las de su mujer. Antes, entregaba íntegra la paga cuando la cobraba. Por aquellos felices tiempos, las clases civiles y aun militares la recibían con bastante irregularidad y atraso.

Viudo, aumentó sus gastos particulares; la falta de su mujer le llevó á buscar alguna distracción con amigos y tomar las once. Cobrando, no alcanzaba á lo fiado; no cobrando, ¿qué había de hacer? Echarse al surco y encogerse de hombros.

Considérese la vida de María Pepa: verdad que eran pocos de familia, el padre, ella y un hermano de doce á catorce años. No hacía poco con atender á todos los menesteres de la casa y educar á su hermano, á quien traía hecho un zarandillo, para que hiciera los mandados y le sirviese de perpetuo escudero cuando ella tenía necesidad de ir á alguna parte.

Procuraba, dando veinte vueltas al pensamiento, cómo podría alcanzar algún medio de ayudarse y mejorar de situación. No contaba más que con sus manos y su cabeza. Sabía leer y escribir con poca ortografía,

coser, asear la casa y echar sus cuentas como Dios le daba á entender. Su educación se reducía á la puramente materna, pero agigantada de manera portentosa en la Escuela de las tertulias.

A ellas la llevó su madre desde la edad de ocho años. Por no dejarla sola en casa se la llevaba á sus reuniones. La señora no gozaba de más descanso ni amenidad que las horas nocturnas en que, dando vado á su trabajosa vida doméstica, se ponía la mantilla y se iba á esparcir con el trato de la vecindad.

En aquellas tertulias de clase pobre pero decente, se fue educando de un modo casi exclusivo María Pepa. A los ocho años, las amenizaba diciendo relaciones con gracia y desparpajo. Tuvo ocasión de tratar y conocer gran copia de hombres y mujeres de diversas edades. Con esto resultó una muchacha muy lista, sabiendo más que Briján en medio de su ignorancia.

De decir relaciones, ascendió á recitar monólogos de las comedias románticas. Obtuvo fáciles aplausos y se le ocurrió: «¿Por qué no he de ser yo cómica?»

La contestación la encontrará el lector en lo que dejamos dicho de su encuentro con Angel Custodio en el teatro de aficionados de la Posada del Caballo Blanco.

***

Iba á él acompañada siempre de su hermano; no se lo despegaba de la falda; teníalo educado entre paje y perro de guardería, no porque ella necesitase quien la guardara, sino por propia decencia, por evitar, estando sola, algún atrevimiento, y en ultimo término, porque de más había aprendido en las tertulias «que el diablo las carga».

Diferénciase el necio del talentoso, en que al primero el amor propio le impide ver sus defectos, mientras que al segundo no. Al contrario, los ve, los reconoce y procura enmendarlos, si cabe enmienda.

Desde los primeros ensayos María Pepa quedó muy triste, muy descontenta de sus aptitudes para el teatro. No es lo mismo recitar un monólogo ó representar una escena en una sala particular, que un drama en el teatro. Para lo primero basta sentir bien,

pronunciar bien y modelar el tono á la situación; para el teatro se necesitan otras facultades.

María Pepa era delgada y pequeña de estatura; no era guapa ni fea; aunque fina, carecía de elegancia; su voz no tenía cuerpo ni volumen. No servía, pues, para primera ni para segunda dama; pudiera servir para graciosa. En su trato no dejaba de serlo, pero de un modo especial; más que gracia física era intelectual: su gracia consistía en ciertas ocurrencias agradables, un poquito picantes, oportunas siempre y siempre justas; alguna vez descarada, más de lo que corresponde á una joven de veinte años.

Lo más notable en ella eran los ojos; su dibujo no ofrecía nada extraordinario, pero la mirada era indescriptible. No era una mirada intensa y dura, ante la que hay que bajar los ojos; era una mirada suave, dulce, indulgente, pero mirada que, entrando por la pupila de aquel sobre quien la derramaba, parecía un haz de luz que, recorriéndole el cerebro, le barría y sacaba afuera el pensamiento más recóndito.

Llegar María Pepa al teatro y ponerse

Angel Custodio á hacerla el amor, fue cosa de un punto.

María Pepa no le conocía é ignoraba su filosófica doctrina y su exégesis bíblica; pero echarle la vista encima y calarlo de medio á medio, fue más breve que Custodio en su embestir.

La contestación consistió en reirsele en las barbas por la rapidez del flechazo.

Así continuaron, él en su empeño y ella en sus burlas, ante el hermano y ante la compañía.

A poco, ya sabia Maria Pepa de la vida y milagros de Custodio más que él mismo. Le provocaba en público á que la explicara sus doctrinas sobre el amor, principalmente delante de las otras actrices, entre las que solía contar más de una novia. Angel Custodio tomó miedo á los burlones desplantes de María, avergonzado y confuso con los compromisos en que le ponía con frecuencia. Enojado, queria odiarla, pero no lo lograba; otro sentimiento más fuerte, que él suponía ser su amor propio ofendido, le llevaba á reiterar la carga. Mientras más apretaba él, más se burlaba ella y con mayor descaro;

sus burlas llevaban toda la fuerza de las razones incontestables, como por ejemplo:

—Hombre, ¿cree usted que soy tan tonta como las tres ó cuatro novias que acostumbra usted traer al retortero?

—¿Es usted tan necio que me crea capaz de dejarme bazuquear por un tipo como usted?

—Pero, ¿quién es usted para pretender á una joven decente? Un estudiante de pega, mientras dura la paciencia de papá, y tan sólo de nombre; harto de calabazas y condenado á ser un quidam.

Tales fustazos y otros semejantes y aun más duros, llegaron á producirle algunos efectos parecidos á los que le causaba la manzanilla, sólo que más atenuados y constantes.

Hablaba solo, perdía su cháchara y buen humor. Aunque no desnudo, sentábase en las sillas con las piernas encogidas, los pies sobre el peldaño, los puños en las sienes; solía tirarse de los pelos y estar así largos ratos.

Hacía esfuerzos por huir del teatro de la Posada del Caballo Blanco y no aparecer

por allí ni á cien leguas; pero, como se decía él, abandonaba una empresa de la que era cuerpo y alma.

Por fin, se decidió á transigir:

—María Pepa, no me quiera usted, pero no se burle de mí ni me ponga en ridículo delante de las gentes; sea mi amiga y no me maltrate.

—Si usted cesa en sus majaderos empeños, no le maltrataré. Amiga suya no puedo ser; usted es un mal hombre en su trato con las mujeres. Para ser amigos, es preciso estimarse y respetarse mutuamente; y usted, perdóneme que ahora seriamente se lo diga, ni es estimable, ni menos respetable.

—¿Y qué podría hacer yo para conseguir la estimación y el respeto de que, según usted, carezco?

—Cumplir con sus deberes, variar de vida y de conducta, no abusar del amor de jóvenes incautas, levantarse á horas regulares, ir á cátedra, no desperdiciar la mitad del día jugando al dominó, ni las noches haciendo el oso y en estas compañías de aficionados: siendo hombre, en una palabra.

—Difícil es su programa. Hemos nacido

para vivir, para gozar; lo que usted me propone es como si usted quisiera que me metiese á fraile. Dejar la afición á hacer papeles, no veo por qué, ni qué mal hay en ello. Carezco de paciencia para leer libros y libros, me duermo con el susurreo de la voz del catedrático. Pienso ser cómico, como usted pretende ser cómica.

—Pues nada hay perdido. Siga usted como hasta aquí, pero no me importune más con su conversación. Por mi parte, debo declararle que desisto de mis pretensiones al teatro; conozco que no tengo facultades para él.

—Pues yo no. Mi padre se cansará de sostenerme, y entonces no me queda más recurso que la escena.

—Está usted en un error. Para ser cómico se necesita estudiar tanto como para ser médico. El estudio es más perentorio y más violento. Además, usted tiene menos facultades que yo para el teatro; carece usted de la sensibilidad necesaria para poseerse del papel. Que represente usted un viejo ó un joven, todo lo dice de igual modo: no acierta usted á ser joven ni viejo; siem-

pre resulta usted Angel Custodio, tan soso en las tablas, como decidor y vivo fuera de ellas.

Así quedó la conferencia.

Angel Custodio reventaba, y sentía irresistibles pujos por desahogarse.

Como me causase extrañeza verle preocupado y triste, le pregunté:

—¿Qué te pasa? ¿Se ha cansado ya tu padre de mandarte la mesada?

Y como si á una bota se la quitara el tapón, empezó á contarme calurosa y doloridamente c *por* b *toda la historia que de María Pepa dejo referida. Después de oirle con paciencia, diré mejor, con gusto, á pesar de lo prolijo del relato, le dije:*

—¡Pues alégrate, hombre! Has dado con la horma de tus zapatos. Si esa chiquilla, que es un prodigio de buena educación, de mundo y de talento no te salva, de Dios te venga el remedio. No seas majadero: renuncia á tu filosofía epicúrea; déjate ir por donde te lleve María Pepa, que ella sabe interpretar el Génesis mejor que tú.

No hay que decir que Angel Custodio se entregó á María Pepa con armas y bagajes.

Lo más singular del caso fué que, no sólo le curó de sus defectos éticos, sino que se convirtió en su pedagoga científica. Todas las noches le tomaba la lección de Anatomía, sentados á la mesa del comedor enfrente el uno del otro; mientras el pobre hermanillo en el testero daba cabezadas, haciendo oscilar la luz del velón.

Ténia interés, más que curiosidad, en conocer á María Pepa. Custodio me presentó. Fuera de su mirada, todo en ella parecía insignificante. En mi visita no ofreció ningún rasgo de franqueza descarada. Habló lo preciso para cumplir con la cortesía, y más bien me pareció algo tímida ó ruborizada. Angel le habría dicho que yo deseaba conocerla como á una cosa rara.

Y rara cosa era, en verdad. Ejemplar tan curioso como fehaciente y peregrino, de la acción educativa de las tertulias, porque María Pepa, no digo á colegio, ni á una amiga *de niñas fué siquiera; á leer, mal escribir y la doctrina, le enseñó su pobre madre.*

***

Bailes de sociedad.—Nunca falta en Cádiz alguna gran señora de buen gusto y superior talento que biengaste sus riquezas en fomentar esas espléndidas reuniones.

En aquellos tiempos, los bailes de Carmen eran el prototipo del buen tono.

Como algo tengo que decir de las grandes gaditanas, ya que hasta ahora sólo hemos podido estudiar las más humildes, reservo para luego el dar alguna idea de esta señora. El orden obliga á ocuparnos sólo y brevemente de los bailes.

Tenían lugar en una de las mejores casas de la plaza de San Antonio, casi enfrente de la iglesia.

Allí convocaba y reunía á lo más florido de la ciudad: sin que se entienda por eso lo más acaudalado, sino lo más distinguido por educación, buen porte y personal valer.

Su casa, convertida, no en un ascua de oro, sino en un rompimiento de aurora, abría las puertas á la decoración del patio y escaleras, sencilla y delicadamente adornadas con flores y telas sutiles del mejor gusto.

Los salones, artísticamente iluminados y pintados de claro, permitían á las gentes

circular sin estorbos. Ricas alfombras y divanes de valor, ramos y guirnaldas de flores bastaban para quitarles el sabor á escuetos.

Todo elegante, todo sencillo, encerrando un fondo de riqueza disimulada, que era el arte y el talento especial de la señora; hacía de sus bailes una cosa ideal, un cuento de *Las mil y una noches.*

Llenábanse patio y salones de caballeros, de señoras y señoritas, como no las he visto en parte alguna. No parecía aquello una reunión de criaturas, sino más bien un olimpo de semidiosas y de Gracias.

He tenido ocasión (no por mi clase, bien modesta, sino por la casualidad y por la costumbre de darse banquetes y recepciones regias á los asistentes á Congresos científicos ó por otros motivos) de asistir á ese género de fiestas en Palacios reales, salones de Ayuntamientos y casas de grandes potentados. No hay qué decir de su ostentación, su riqueza y concurrencia. Pues bien: no los cambio por los bailes de Carmen. Diríase que es parcialidad del amor patrio. Quiero explicar los fundamentos de mi manera de sentir.

Los arquitectos que construyen los pala-

cios, los artistas que exornan los salones para las grandes fiestas, se preocupan principalmente de expresar y conseguir la ostentación de las grandezas. Con esto, sobrecargan de oro, molduras, columnas y otros muchos adornos: construcciones y dorados, que así resultan de mal gusto y agobiantes, como se puede ver en el Louvre y otros palacios.

La casa de Carmen, ¡buena casa! Amplia, hermosa, clara, sólida, proporcionada, alta de techos, no producía esa impresión abrumadora, sino, al contrario, de expansión y bienestar. Luego, aunque la etiqueta se ha modificado mucho y hasta las personas regias procuran tratar á los concurrentes con agrado y dirigirles la palabra, siempre queda un fondo de tiesura que hace estar como gallina en corral ajeno.

En los bailes de Carmen, por ser la concurrencia menos extraña, siendo su etiqueta rigurosa, era al mismo tiempo franca, más igual: diría más fina, si la comparación no lastimara.

Además, como el mayor adorno de los bailes es el mujerío, no es fácil que se reuna otro cual el de Cádiz.

Hay inglesas que el pincel más delicado no las retrata; pero, comúnmente, al pasar de veinticinco años se descarnan y se ponen huesudas. Austriacas y prusianas las hay bellísimas, pero la masa general no resulta como en Cádiz.

En el mismo París, emporio de la moda, escuela del arte femenil, se advierte el artificio para conseguir los encantos de la belleza.

En Cádiz, no. La belleza se presenta sin él. Siguen la moda, pero la atenúan, le quitan la exageración. ¿Se usan en París sombreros grandes? Pues en Madrid, por ejemplo, se verán señoras que llevan paraguas por sombreros. Las gaditanas, siguiendo la moda, los llevan grandes, pero algo menores que la parisién.

Con eso, con no gastar caudales en modistas, con adornarse y aun hacerse sus vestidos, suplen las exageraciones y el recargo con la finura y la sencillez de mejor gusto. Por eso creo yo que se les aplica la palabra *vaporosas*. Al menos, la considero muy expresiva. Las mujeres de los bailes de Carmen resultaban vaporosas.

Allí no se veía esas señoras casadas, sobrecargadas de brillantes, grandes pendientes, brazaletes, collares, alfilerones de pechera y más y más relumbrones, como vitrinas ambulantes de joyero, declarando la misma vanidad que la carnicera que va en coche: las señoras llevaban una, dos ó tres joyas á lo más, oportunamente colocadas y con buen gusto; las señoritas ninguna, lazos y flores nada más.

Nadie puede calcular la influencia social que tienen estas cosas. Las mujeres gastadoras y vanidosas son tan arruinadoras de las casas, como el vicio del juego en los maridos.

¿Qué trabajo honrado ni qué renta basta á sufragar los gastos de ese lujo *ganso* y verdaderamente *cursi* que vemos en Madrid y en otras capitales? ¿Quién costea esas facturas de diez y veinticinco mil francos en modistos? ¿Quién puede, sin desorden, abandonar su casa y atenciones para pasar cuatro ó cinco meses, sin hacer otra cosa que gastar, en San Sebastián ó Biarritz? ¿Qué hábitos de trabajo damos á los hijos á quienes mantenemos tres ó cuatro meses *flaneando*, *flirteando*, *juergueando* y divertiéndose?

Las gaditanas, aun las de clase afortunada, no imponen á los padres y maridos tan locos sacrificios. Hoy mismo se contentan con pasar un mes ó quince días en Puerto Real, para respirar aire del campo. Cuando se ve familias de Sevilla, Granada, Madrid, Valladolid, Barcelona, Bilbao y hasta de pueblos insignificantes, en Biarritz y San Sebastián, es excepcional ver una gaditana.

Pero donde resaltaban más las preeminencias de los bailes de Carmen, era en el *buffet*. Por alta posición y educación que tengan las personas, les asoma el egoísmo grosero cuando no comen sentadas. En los mismos palacios reales se dan á la rebatiña, atropellando formas y consideraciones: hinchan los carrillos, asaltan á los sirvientes, entran á saco las cajas de tabaco, se llenan de confites los bolsillos, y cometen otras muchas groserías. En casa de Carmen los caballeros se constituían en auxiliares de los criados: servían primero á las señoras, y después á las señoritas de su mayor afección, ó á las que veían desatendidas.

*
* *

Creo haber dado á conocer las mujeres gaditanas física y moralmente; resultando que la plenitud de su valer se revela con mayor esplendor en sus funciones como madres de familia, y principalmente cuando tienen que desenvolver sus facultades luchando con la mala suerte.

Algo queda apuntado de su estudio como amante fiel, sumisa esposa. Mucho queda por decir respecto al particular, pero creo haber indicado lo preciso. Añadiré que de buena suele pasarse en varias cosas. Influye á veces inconvenientemente en hijos y marido: trata á éste como servidora; es común que le lave y le peine; cuando menos, que le ponga las medias, le calce y le arregle la corbata, ayudándole á vestir, cual ayuda de cámara. Esto hace que el hombre no se baste á sí mismo. Por cosa tan pequeña, al parecer, va debilitando su iniciativa; llegando hasta el punto de que si por cualquier evento le falta el trabajo, ocupación ó acomodo, se eche á tierra, se declare vencido, y no ponga de su parte la diligencia necesaria para buscar y obtener otro trabajo.

Los ejemplares del Sr. Mártir, del amante

secular de mi vecina, son numerosos. Multitud de gaditanos se pasan la vida esperando que les llueva del cielo un acomodo.

Igual influencia inconveniente ejerce sobre los hijos. Dígalo Don J. P.

Salen muy buenos, muy pegados á la madre y á la familia, demasiado apegados: pierden la resolución, y suelen quedar toda la vida hombres-niños.

Otros defectos más graves suelen provocar.

España es un país castigado por varias enfermedades éticas, de naturaleza endémica: por motivos que no son de este lugar, la mayoría de los hombres padecen más ó menos de *bohemia*. Hay clases enteras que no nombro, porque no se den por ofendidas, afectas de dicha enfermedad. Los militares, los que viven de sueldo, libran el porvenir á la paga y al ascenso. No se ocupan, por consiguiente, de otros modos de medrar. Los más ordenados entregan la mensualidad á sus mujeres, y que ellas se las arreglen. Así se pueden señalar hasta grandes personajes, que no saben manejar un cuarto é ignoran el valor de las cosas, teniendo económicamente que vivir en tutela como los pródigos. Si quedan

cesantes, si tienen que emigrar, en la *bohemia* sé zambullen de cabeza.

Nuestra literatura propia, genuinamente castellana, está plagada de bohemios. Los tramposos y hambrientos hijosdalgo han desaparecido de la vista, más que de la realidad; no visten trusa ni coleto, pero van de americana ó de levita. Al mismo Cid le pintan de bohemio, empeñando á un judío un baul con piedras en lugar de alhajas.

La totalidad de las gentes que vienen á menos, á la *bohemia* se acogen; é innúmeras personas que nos rodean y tratamos, bohemios son también.

Enfermedad endémica, digo, que agrava nuestros conflictos sociales, resta las mejores fuerzas á la producción y al trabajo, crea un parasitismo extenuador que, junto con la *monástico-manía,* enfermedad igualmente endémica y parasitaria, hacen que España esté consunta y no pueda desenvolverse.

Ejemplar acabadísimo, desde ese punto de vista, resulta en vida y en muerte Don F. S.

Hombre de más voluntad, más constancia y empeño no es fácil encontrar. Su talento, mucho: sus energías, intrépidas. Pues, sin

embargo, á esa persona, capaz para muchas cosas, jamás se le pasó por la mollera que vivir costaba dinero y había que procurarlo.

Las virtudes de su señora tenían la mayor parte de la culpa.

Y véase ahora cómo los defectos sociales, cual los morales, aparejan siempre consecuencias funestas.

Declarada por O'Donnell la guerra de África, le ocurrió á Don F. ser testigo; y sin pararse en más, con las manos en los bolsillos y lo encapillado, se metió en un transporte de tropas, y allá fué. Comió y se alojó en el barco, hasta que, hechó su alijo, tomó ruta.

A poco echó de ver que le faltaba la mujer, que no tenía en el bolsillo el real y dos cuartos, que era necesario comer y recogerse bajo techado para dormir. Se sintió enfermo y se fué al hospital; donde, ó la atmósfera nosocomial ó, lo que es más probable, el cólera, no declarado hasta después, puso término á la vida de Don F. S.

Por cuanto llevamos dicho se vendrá en conocimiento de que la gaditana vale bastante más que el gaditano. Son, á no dudar, tan cultos ellos como las hembras; pero á éstas les

basta una instrucción superficial, y á los hombres no.

Cádiz es una de las ciudades en que, si se quita la gente marinera, hay menor número de personas analfabetas. Pero ¿qué es eso en una capital mercantil?

La institución superior de su cultura científica la constituían el Seminario, una Escuela de Comercio (casi nominal), la Escuela de Medicina y el Ateneo, que entonces comenzaba con pujos de Filosofía ecléctica, proclamada de muy buena fe por su apóstol don Tomás García Luna.

Y nótese cómo la educación y la instrucción son cosas diferentes; cómo el pueblo más culto, Cádiz, que lo era y sigue siéndolo, no tenía como instrucción sino el nivel de cualquiera capital de España.

Los gaditanos son más finos, mucho mejor educados que los estudiantes de su Escuela de Medicina, pero son más ignorantes

Los colegiales forasteros salen, al fin, con buenas formas y maneras, pero es ya en los últimos años de su estudio. Por lo general, tardan más ó menos en soltar el pelo de la dehesa; el estudiante nacido en Cádiz mis-

mo no tiene que soltarlo, y desde luego se distingue de los otros condiscípulos.

Antiguamente existía la costumbre de la novatada, que desasnaba y avispaba pronto á los colegiales; pero algunos de los llamados *mayores*, sin ingenio ni gracia, abusaban de la costumbre, soliendo traspasar los límites discretos, rayando en pesadez é insulto.

El tiempo ha concluído con la tal costumbre. En la Escuela de Cádiz terminó el mismo año de mi ingreso, gracias á la fiera indignación de mi inofensivo condiscípulo y fiel amigo José Nadal May.



Después de haber estudiado monográficamente á la mujer gaditana bajo el aspecto de su laboriosidad y constancia en el trabajo, parece conveniente examinar si de dicho estudio puede sacarse alguna consecuencia aprovechable para la resolución de uno de los problemas generales más culminantes de la sociología, cual es el referente al trabajo de la mujer, no ya de esta ó aquella parte, sino de la mujer en general.

Considero muy útil traer este asunto á objetivo de examen, porque las ideas reinantes sobre él son confusas, caóticas, y se busca la solución por caminos errados.

Dígolo con cierta autoridad.

Formé parte de una Comisión para el estudio y proyecto de una ley sobre el trabajo de la mujer. Se discutió ampliamente, y después de mucho resultó un cienpiés de que ni los mismos autores quedaron satisfechos.

En resumen; vino á resultar una mala copia de la mala legislación que se pudo arrebañar del extranjero.

Una de las reformas que con mayor insistencia solicita el socialismo militante es la prohibición del trabajo de la mujer. Desde luego se entiende que dicha exigencia trae distingos, porque no puede pedir que se suprima el trabajo doméstico, so pena de que el hombre, al volver de la fábrica, tenga que encender el fuego y poner la puchera.

Tampoco puede pedir que la mujer no cuide de su sembrado, si es labradora; ayude á su marido en la escarda de la mala hierba, cuide y ordeñe la vaca, etc., etc.; y así, son tantas las excepciones que se imponen, que

pedir en globo la prohibición es lo mismo que pedir la luna.

Queda, pues, toda la alharaca reducida á pedir la prohibión del trabajo en fábricas, en minas y otros trabajos de pena. Pero si la mujer es tan persona como el hombre, ¿quién tiene derecho para coartar su libertad de acción, que es derecho natural é ilegislable? Si es viuda y tiene menores á quienes mantener, si fuere soltera y huérfana, sin más recursos que sus brazos, ¿quién le ha de cerrar las puertas en la fábrica, donde gana su jornal?

¿Que es antihigiénico, que es inmoral? Está bien dicho. Pero el hambre es más antihigiénico que nada.

Por otra parte, conviene decir las cosas claras: esa exigencia es un grosero regüeldo del glotón egoísmo.

Es que el obrero no ve más que lo que primero le salta á los ojos, y dice: «á más que trabajen, menos jornal; más al plato, menos tajadas».

Argumentos de tal especie no es extraño que se le ocurran.

Se le ocurrió á Malthus, que la daba de

pensador, é hizo con el argumento mucho ruido entre gentes que pasaban por sabias.

Verdad, y mucha verdad: resulta del estudio de la mujer gaditana que su trabajo apareja ciertos inconvenientes: uno de ellos, aflojar el amor al trabajo en el hombre y convertirlo en haragán. Díganlo si no la vergonzosa situación de los maridos de las cantantes, que llamaré *primo-donnos;* de las parteras, de las maestras de niñas, de las peinadoras, etc. Con todos ellos, salvo rara excepción, se podría hacer una cadena de zánganos y vagos.

La Naturaleza tiene sus leyes. La mujer nació para madre: para providencia, en caso necesario: para directora de su casa: para educadora ejemplar de hijos y marido: para *distribuidora* económica del producto del trabajo del hombre: para adorno, placeres, caricias, alegría y amor de la familia. ¿Parece poco? ¿Hay quien piense que resulta rebajada en la importancia de funciones comparativamente al hombre? Pues sostengo y pruebo que en todos sentidos son sus funciones tan altas, cuando menos.

Fijemos para la comparación el extremo

económico, que es, al parecer, en el que sale peor librada.

Supongamos un padre de familia que obtenga de su renta ó trabajo 1, 10, 100, 1.000 reales diarios, lo que se quiera suponer, y demos por supuesto que harto hace para allegar esas cantidades mayores ó menores. Pero todo acto de vida es un círculo de aporte y exporte, y la ciencia demuestra que la economía está constituída de igual suerte. Ahora bien; el aporte es función masculina, el exporte función femenina. Tanto vale importar diez y gastar diez, como importar doce y gastar doce: el ahorro es cero. Importar diez y exportar ocho, representa un superábit de dos, debidos á la función, ó llámese trabajo, de la mujer.

De todas suertes, aun suponiendo el caso primero de *gasto igual al ingreso*, resulta un trabajo de igual valor el del hombre fuera de casa, que el de la mujer dentro de ella: porque es evidente que si ganar diez, supone un esfuerzo de diez: gastar bien los mismos diez, supone otro esfuerzo de atención, diligencia y cuidados equivalentes á otros diez.

El obrero debe considerar que si lleva á

la fábrica á su mujer para aumentar el jornal de ambos en una peseta, esa peseta la gasta de más en el abandono de su ropa y aseo, en el descuido de su casa, en los alimentos mal comprados y peor preparados, en el mayor gasto de carbón, peor higiene y con mayores probabilidades de perder ambos la salud.

Como se ve con toda claridad, el trabajo de importación en la mujer no es productivo sino en la apariencia. En cambio, es tan productivo como el del hombre su trabajo de exporte ó de gastos ó trabajo doméstico, que de todos estos caracteres participa y de todas esas maneras puede apellidarse.

Ahora bien; lo primero que la clase obrera necesita es saber lo que pide y cómo puede obtenerlo. Es necio pedir al Estado lo que el Estado no tiene posibilidad de hacer. Es cómico reunir á unos señores graves y talentosos para que se calienten la cabeza legislando sobre una cosa ilegislable. Y tanto más vana, cuanto que está en la mano de quien la pide. ¿No queréis vosotros los obreros que las mujeres trabajen? Pues no mandéis vuestras hijas y mujeres á la fábrica,

porque seguramente que no ha de ir á haceros la competencia la mujer del señor gobernador. Diréis que irá la del zapatero, la viuda, la de la gente más pobre y numerosa. Dejadlas ir; ¿con qué derecho pretendéis imponeros para que se mueran de hambre? Menguado valer tendrá el obrero, ni como obrero ni como persona, y más menguado concepto de sí mismo, si teme la competencia de unas pobres, ignorantísimas é inhábiles mujeres acosadas por la necesidad.

Y vamos al aspecto aristocrático de la cuestión, que también las cuestiones socialistas tienen su aristocracia.

¿Por qué no ha de ser la mujer médica, abogada, ingeniera, catedrática, militara, diputada ó ministra? Por mí, que lo sea en buen hora. No vería con disgusto que mis hijas supiesen perfectamente química, derecho, anatomía, fisiología, historia, arte de la guerra, etc., etc.; pero sería muy contra mi gusto y consejo que hiciesen profesión de nada de esto. Al menos, si tuviese que elegir esposa, huiría como de la peste de semejantes profesionales, ya porque no me convirtiesen en *primo-donno,* ya porque busco en

la mujer la pureza de sus encantos como directora de su casa, maestra ejemplar de sus hijos, arregladora y distribuidora de los gastos, curadora y esplendor de mi decoro y alegría de mi familia. Nada de esto podría hacer leyendo pleitos y haciendo defensas en estrados. Y, francamente, no sé, como no sea un *bon vivant*, que haya hombre de otro gusto.



Quedaría incompleto el estudio de la mujer gaditana si no lo hiciésemos de las grandes señoras gaditanas. Hasta ahora nos hemos ocupado de las corrientes, del montón, de la clase decente más ó menos pobre. Falta decir algo de cómo y por qué se distinguen las que descuellan, y cómo y de qué modo lo consiguen.

Conocí á bastantes señoras allí, como la de Picardo. Su número no permite que recuerde el nombre de todas. Sería difícil, aun haciendo un esfuerzo, no cometer la injusticia de la preterición. Por otra parte, la característica de dichas grandes damas consistía en el deseo de la oscuridad. Si viviera

la señora de Picardo, tendría un grave disgusto al verse celebrada en letras de molde; me consideraría tan atrevido y grosero como si entrase en su gabinete sin tocar á la puerta y pedir permiso estando vistiéndose.

La otra característica consiste en el desarrollo de la sensibilidad para el placer del bien. Tal sentimiento marca uno de los grados más altos de la perfectibilidad humana. Gozar con el bien ajeno es antítesis de la envidia. Gozar buscando remedio para los males ajenos es sublimación de la anterior virtud. Estas grandes señoras, por lo general, más que medianamente acomodadas, ofrecían exterioridad tan modesta como distinguida. No usaban adornos, ni menos alhajas; su porte era el de una señora que va á una función de iglesia.

Con su *sentir el placer del bien,* eran los ejemplares y modelos de providencia, que al hablar de la gaditana en general pretendimos describir.

Me reduzco á lo dicho respecto á tan oscuras semisantas, apenas advertidas por el mundo; y paso á tratar de otro género de grandes señoras gaditanas, no oscuras, sino relucien-

tes estrellas, de las que llaman la atención, por uno ó varios conceptos. Acuden á mi memoria, como tipos ejemplares: Luz Chico, Carmen y Conchilla la sombrerera.

*
* *

Luz Chico. Así era el nombre y apellido. La gran señora. Doña María de la Luz Chico de Javier.

En Cádiz reina la costumbre de apear el tratamiento á medida que la persona es más distinguida. Siguen el orden inverso para significar la estimación que en las demás partes. Cuando llega muy alto, se le llama de tú, como se hace con Dios.

Así, á dicha señora la decían: Luz Chico á secas. Resultaba popular por varias culminancias sobre las demás criaturas: por su belleza extraordinaria y particular, por su señorío sobrehumano, por su gracia majestuosa.

No es fácil dar idea de su belleza hermosa. Cuando la conocí, bien tendría sus cuarenta años. Bastantes después, cuando la primera exposición de Londres en su palacio de cris-

tal, allí, donde en público, por su misma muchedumbre, nadie hace caso de nadie, y puede pasar el mismo Shah de Persia sin llamar la atención, Luz Chico se abría calle, y los transeuntes se paraban para verla y contemplarla embobados. Lo que digo no es figura retórica, es la expresión de un hecho de verdad: un efecto fisiológico. Yo y todos en Cádiz lo experimentábamos, aun exentos de sorpresa por ser Luz Chico tan conocida.

A pesar de ello, verla venir, quedar suspensos y esperar que pasase y se alejara, era cosa fatal, inconsciente, involuntaria.

He visto en los Museos las Venus más famosas originales del arte helénico. Nunca, ni á mil leguas, han logrado producirme desnudas la emoción estética que Luz Chico vestida y con mantilla.

Era mixta de tarifeña y gaditana. Por más que se devane la cabeza, no puede calcularse los elementos étnicos de su hermosura. Hemos descrito, ó al menos procurado describir, el tipo gaditano. Tal era el suyo; pero sublimado y engrandecido por algo bíblico, algo que no se ha visto igual y que sorprende.

Era alta, no mucho, de estatura, rigurosa-

mente proporcionada en carnes y en todo.

Tarifa y Vejer son poblaciones que se distinguen por su mujerío, más alto y más hermoso que el de los demás pueblos de la provincia.

Los fundaron los primeros invasores mahometanos, que se dicen árabes; nombre genérico, más bien histórico que étnico. La circunstancia de ser la Arabia de donde sacó Mahoma sus primeros sectarios y huestes, ha hecho que se denomine árabes en general á los creyentes del Profeta, cuando la mayoría de los invasores eran africanos y de otros puntos no africanos. De todas suertes, los fundadores de Tarifa pertenecían á las gentes más granadas. Fueron pocos, pero elegidos; una como cierta aristocracia. Su religión y costumbres poligámicas, les hacían comprar mujeres en las ferias y mercados *ad hoc.*

Á ellas traían para la venta circasianas y toda clase de mujeres: unas elegidas por su belleza; otras no, pero de menos precio.

La verdad es que todavía subsistían esos mercados de mujeres, donde los mahometanos iban para poblar sus harenes de hembras á su gusto. Hallábanse en grupos ó manadas,

rebujadas en la improvisada tienda del especulador. Casi desnudas, eran ofrecidas á los compradores, haciéndoles encarecimiento de sus prendas. Estos hacían prolijo examen de las que les parecía. Les mandaban poner de pie y andar; reconocían su dentadura; pellizcábanles las carnes; les palpaban los pechos para ver su consistencia; les olían las axilas y las reconocían tan prolijamente como hacemos en nuestras ferias cuando se compra algún caballo.

Me inclino á la presunción de que, de la cruza de esos mahometanos bíblicos, que todavía solemos ver, con algunas mujeres circasianas, ó de Oriente, selectas por hermosas, deben venir las tarifeñas; y Luz Chico, de esa casta perfeccionada y pulida con la sangre gaditana.

Sea de ello lo que quiera, es la verdad que la tarifeña es quien conserva entre nosotros más costumbres mahometanas. Va rebujada en el manto, con la cara tapada sin dejar más que un ojo descubierto: lo mismo que ví en Constantinopla hace pocos años. No andan mal, como estas últimas, á pasos de pato: van las tarifeñas con gallardía y pisan bien;

pero esto depende de la vida de serrallo que hacen las unas y no las otras. Pero siguen viviendo detrás de la celosía, atisbando lo que pasa á través de los agujeros del calado, procurando no ser vistas.

Confieso que veo con sentimiento desaparecer á la carrera ciertas cosas que me encantan. Me da la misma pena que si viese á un amigo afectado de tisis, condenado á morir más ó menos pronto. Siento nostalgia por la celosía y los alcarraceros: la celosía graciosa y misteriosa, sustituída por las monótonas persianas; el alcarracero bonito y gallardo, reemplazado por el hielo, que no da su clase de frescura refrigerante.



Carmen: la gran señora por educación, clase é instinto. Casada y luego viuda de un extractor inglés, rico, algo tieso y empaquetado. No eran sus dotes la belleza. Ni subía ni bajaba de mediana. Sus dotes consistían en dones de agrado, trato y alta sociedad. Y en otro don económico que, pareciendo

opuesto á lo que vulgarmente se entiende por economía, revela un talento y condiciones especiales para vivir con fausto á merced del orden esmerado, pudiendo hacer grandes gastos sin detrimento de la fortuna.

Hay mujeres que tienen un agujero en la palma de las manos. Nada les basta. Siempre viven escasas de lo preciso. Nada les luce. Son máquinas de ruina, sea cualquiera su posición.

Otras, por el contrario, sea cual fuere su situación, saben hacer de un duro dos, saben lucirlo: son talentos económicos, más generosos y útiles que los ahorrativos. El ahorro consiste en una inclinación avara, consciente, y á veces inconsciente. El saber bien gastar supone un talento generoso y previsor: cálculos bien hechos, diligencia oportuna y suficiente, amor á lo selecto y distinguido, á lo superior; deseo de la estima general; espíritu, no de orgullo, pero sí de grandeza.

Estas personas son sumamente útiles á la sociedad. Movilizan la riqueza haciéndola dar mil vueltas. Es simplemente económico sustraer de la sociedad general un tanto de

circulación. El gastador económico aumenta la circulación y el caudal social.

Bien decía D. José Salamanca, á quien conocí y en quien pude estudiar sus condiciones y talentos, pues decía que las grandes fortunas se hacen de dos modos: ahorrando ochavo á ochavo, ó gastando millones.

Las esplendideces de Carmen salían más de su cerebro que de su bolsillo. Con bailes de menor fuste y frecuencia he visto atrasadas y arruinadas varias casas. Sus aptitudes para descollar en sociedad eran verdaderamente extraordinarias; donde ella estuviese, allí estaba la figura principal. Y eso por virtud propia, en Cádiz y fuera de Cádiz, donde no daba bailes ni prodigaba obsequios.

* * *

Conchilla la sombrerera.—Parece extraño que, hablando de grandes señoras, señale la tercera con nombre tan despreciativo y que suena á guerra.

De todo hay; pero habrá que advertir que el *Conchilla* no fue tan debido al menosprecio

como á la corta edad en que empezó á hacerse notable.

Lo de *sombrerera* le venía por ser hija de un obrero del oficio: cuna humilde, que avalora, unida á otras circunstancias, el mérito de la chiquilla.

Huérfana de madre en tierna edad, quedó en su casa prematuramente convertida en madre de familia, compuesta de su padre y una hermanita ocho años menor. Era monería y encanto de vecinas el ver á Conchilla, fino juncal de quince años, manejar la casa, cuidar de padre y hermana y atender á todo.

A los dieciséis años tuvo un novio. El padre, con su oficio, pasaba el día en la tienda trabajando, y sólo iba á su casa por la noche y á las horas precisas de comer.

El noviazgo era de ventanillo, mas un día se abrió la puerta: las relaciones exteriores se hicieron interiores, y cátate en el caso del pecado original.

No perdió el paraíso. No lo tenía. Pero la condena no fue por eso menos dura. La serpiente se enroscó á su cuerpo, arrastrándola hasta el fango.

Cádiz no es Madrid. Aquí viven vecinas

pared por medio y unas sobre otras varias familias, sin conocerse, ni hablarse, ni saber el santo de sus nombres. En Cádiz, no; las casas de vecinos, la manzana entera, conocen y saben hora por hora la vida y milagros de cada cual. Viven en comunidad de relaciones; y apenas le pasa á alguno la cosa más desusada, ya es pública en el vecindario.

Las mujeres gaditanas, sin ser severas, maldicientes ni hipócritas, son apartadizas de la pecadora. Se compadecen de ella; pero, sin intención ni forma de desprecio, rehuyen el trato con la que cayó en la tentación. Depende de que las gaditanas, generalmente pobres, y principalmente esa clase obrera que está entre dos aguas, no tienen más patrimonio que la colocación del casamiento, por lo cual se cuidan mucho de la buena fama; y por aquello de «díme con quién andas y te diré quién eres», criatura que la pierde, de Dios le venga el remedio. El vacío se hace á su alrededor y queda socialmente muerta.

La compadecen, no la denuestan; al contrario.—¡Pobre Conchilla! ¡Qué dolor de criatura! Su padre le ha pegado una soba

porque le abrió la puerta al novio. Está en cama. ¡Pobrecita! El sombrerero quiere buscar mujer para casarse y que no le ocurra otra desgracia.—Eso y más decían; pero nadie volvió á darle un beso, á celebrar sus gracias ni mostrarle amistad.

El padre no encontró, tan pronto como hubiera sido menester, mujer con quien casarse apropiada á las circunstancias.

Entretanto las diligentes Celestinas, maestrísimas en el arte celebrado por Cervantes, acudieron como abejas á flor recién abierta. Nunca falta allí indianos, señores solterones, gente machucha con algún dinero y escasas prendas personales, que procuran el amor por tercería.

Si recordamos lo leído en *La Celestina* ó en *La tia fingida*, podríamos figurarnos el asedio que pusieron á la pobre, los argumentos y adulaciones encaminadas á la seducción, etc.

Sin tanta habilidad, no digo una niña, la mujer más firme podría sucumbir; que no sin discreción se refuerzan con pinchos las rejas de los conventos.

La soledad, el aislamiento en que se halla-

ba, el menosprecio á que se veía reducida, todo conspiraba para favorecer el trabajo de zapa y su eficacia.

El padre se casó; pero llegó tarde el remedio.

Conchilla anduvo de mano en mano, presa de cazadores de gangas.

Pero aquello le repugnaba. No satisfacía los instintos de la carne, ni los sentimientos de su corazón.

A poco, tropezó con un señor algo diferente de los demás; parecía estimar en ella otra cosa que la descarga de la lujuria. Redújose á él y vivieron en pseudo-matrimonio. Apabullado el amante por la madurez de su persona y el deterioro de los climas tropicales, hizo más vida de enfermo que de marido. Conchilla le cuidó fielmente con el mayor esmero.

Así pasaron años. Entretanto, hizo que su padre abandonara el oficio. Puso á educar á su hermana menor en un convento. Pulió á la madrastra hasta hacerla presentable. Adecentó al padre, convirtiéndolo en persona pasadera y como capacitada para concejal de municipio.

Murió el señor dejándola heredera de una modesta fortuna: de treinta mil duros, colocados en buenas hipotecas, la mayor sobre olivares en Utrera.

Lloró sinceramente á su bienhechor más que á su amante. Sintió por él tierna amistad, profunda gratitud; no la afección íntima de esposa, ni la pasión de amante.

En medio de su dolor, recordó su pasado, pensó en su presente, meditó en su porvenir. Avergonzada y arrepentida del primero, sumando penas del pasado y del presente, decidió abandonar el teatro de su deshonra, levantar casa y establecerse en Sevilla con padre y familia, para atender á sus bienes.

Tomada la decisión, la llevó á efecto sin pérdida de momento.

Alquiló en Sevilla una casita sola, y la amuebló con gusto y sencillez. No se exhibió en público más que lo preciso, pero fijó la atención de transeuntes y vecinos. Sus formas comedidas, su elegancia natural, su belleza gaditana, entonces en todo el esplendor del apogeo, no pudieron menos de llamar la atención.—¿Quién es esa gran mujer?—preguntaban las gentes, intrigadas por su apari-

ción. Poco distante Cádiz de Sevilla, no pasó mucho tiempo sin que alguno la reconociera y, ufano, refiriese su historia. Sólo perdió el diminutivo. Mujer formada, resultó ser: *Concha la sombrerera.*

A tal descubrimiento, jóvenes garridos, hombres provectos, viejos verdes acudieron como moscas á la miel.

Concha se redujo á encerrarse en su casa y no dejarse ver: motivo más de aguijón, que, si apartaba á algunos, redoblaba el afán de los insistentes.

Sobornaban criados, hacían llegarle esquelas, metían corredores con pretexto de pedir limosna, hasta que fatigada, rompió por la calle de en medio.

Citó á su casa á los más granados y persistentes.

Acudieron llenos de gozo, convencidos por el triunfo, recibiendo en su lugar un jarro de agua fría que les echó de esta manera:

—«Señores, he citado á ustedes para decirles que, en efecto, soy, no Concha, sino »*Conchilla la sombrerera.* He venido á Sevi»lla para olvidar mi pasado, no para buscar »amantes que en Cádiz me sobraban. Vengo

»para hacer vida honrada y merecer la esti»mación de las personas decentes; por tanto, »espero que no sigan ustedes perdiendo el »tiempo y molestándome. Hoy no puedo »ofrecerles ni mi amistad. Amistades con una »persona como yo, no son decorosas para »nadie. Si algún día llegara á merecer y al»canzar el respeto de las gentes, tendré mu»cho honor en ser favorecida con la amistad »de ustedes. Beso á ustedes sus manos.»

Y se retiró verdaderamente seria y conmovida.

Como la verdad tiene su sello, como á su fuerza no hay más remedio que rendirse, confusos, se retiraron los pretendientes.

Era uno de ellos un buen amigo mío, de veintiséis años de edad, heredero de padres conceptuados como ricos, de familia empingorotada y algo tiesa, traído en palmas de la buena sociedad, abogado de título y no de ejercicio, como suelen ser los señoritos con dinero; noblote y generoso, quizá en demasía; guapo, suelto y de buenos modales, gracioso y más que de mediano talento.

La impresión que aquella escena le produjo fue muy honda. Se retiró á su casa y

le dieron ganas de llorar. Quedó triste y la tristeza no se desvaneció. Al contrario, cada día ahondaba más.

Dejó de concurrir á los teatros, círculos y casinos.

Recluído en casa, apenas salía á dar algún paseo por el campo solitario; comía poco y dormía menos. Sentía angustias en el corazón, y no podía vivir. Después, maquinalmente, terminaba el paseo dirigiéndose á la calle donde Concha vivía.

Se paraba en la esquina sin atreverse á pasar; miraba como furtivamente la casa y se volvía á la suya algo consolado.

Averiguado á qué hora y á qué iglesia iba á misa los días festivos, acudió muy temprano y se ocultó en una capilla para verla pasar sin ser visto.

Logrado su deseo se aliviaba; y así, entre consuelo y nuevas ansias, llegó un día á dejarse ver de ella, saludándola de cabeza respetuosamente.

De este punto, á verla y dejarse ver oyendo misa, pasó menos tiempo. Ya se atrevió á darle agua bendita con saludo mudo.

El amor ¿verdad que no puede estar oculto?

Fue lo peor que Concha, traída y llevada por el fango, estaba virgen de amores. Su primer novio fue un vértigo, al despertar la carne con el imperio de la pubertad. Sus posteriores relaciones, las de nodriza que da el pecho. Pero amor, amor del alma que se difunde por todo el sér, que hace sentirnos como cosa partida que muere porque no puede estar sin la otra media para respirar y vivir, esas ansias que sentía mi amigo... no las había sentido ella jamás.

Hay cosas contagiosas. Si quieres ser amado ama. Concha había sido apetecida, pero no amada así. Se impresionó, se asustó de sí misma y pensó huir de Sevilla.

¡Ella, que había venido para purificarse, verse vencida la voluntad! Bien se le alcanzaba que del enamorado podía sacar marido; pero le causaba horror pensarlo. Cuando sinceramente no creía poder ofrecer su amistad, por poco honrosa y prestarse á malicias, ¿cómo aceptar en matrimonio á un joven distinguido, que podría avergonzarse de ella pasados los momentos de pasión? ¿Cómo la que pretendía readquirir por sí misma el derecho á la consideración y al respeto de

las gentes iba á empezar como buscona, que harta de corrida busca un editor responsable que tape los agujeros de su reputación? Eso era imposible; valía más que Dios se la llevase.

P. S. (que así llamaremos á su enamorado) sufría, pero no luchaba. Concha luchaba y sufría.

Él, aunque de ideas exageradas en los puntos de honor, se daba por prendido. Si en otras circunstancias le hubiera importado mucho el *qué dirán,* en el caso en que se hallaba le importaba poco.

Sabía que tenía que romper con la sociedad y su familia: compuesta, más inmediatamente, de una hermana, un hermano, tío y dos primas.

La hermana, algo mandona, casada con el hijo de la figura de más autoridad é influencia de su época; algo envanecida en su posición y poco tolerante.

Su tío, señor alto, grueso, de gran presencia, «mucho farol», como entonces se decía, *vera effigies* del verdadero *moderado;* amigo de rozarse con dignidades eclesiásticas; galanteador pasado de cuenta, con anacró-

nicas pretensiones de presente; severísimo con las pecadoras, haciendo alarde, sin embargo, de seductor. Sus dos hijas, vírgenes ñoñas, de no escaso mérito, pero modeladas en esa mala educación beata, que se escandaliza de todo y por cualquier cosa se santigua.

Por todo atropellaba P. S.

Muchas eran sus ansias, profundo su penar. Pero tal situación, por angustiosa que sea, no llega al verdadero drama. El drama empieza cuando el sér humano lucha dentro de sí mismo entre dos fuertes sentimientos ó pasiones; cuando cada una tira de su lado en opuesta dirección y parece que arrancan las entrañas.

Conocí á Concha en Sevilla, con ocasión de asistir facultativamente á la familia. Médicos y confesores sabemos más de secretos que otros profesionales: los médicos, por ocasión de observarlos; los confesores, porque se los cuentan.

Concha había gozado de mi mayor aprecio. Mi familia fue la primera que públicamente le consagró la amistad con que se tratan las personas de decoro.

El médico, no lo es solamente del cuer-

po; en ocasiones tiene que serlo del espíritu.

Dudo si en este caso llegué á ser un tanto *Celestino*; si lo fuí, no me pesa.

Amigo de P. S., amigo de Concha, les dije sinceramente mi pensar.

Éticamente, la cuestión estaba resuelta por Jesús con la Magdalena. Socialmente, P. S. era dueño de romper las imposiciones ó no. Concha nada debía á la sociedad. Lo que pudiera ganar en su concepto, lo mismo ó mejor podía lograrlo de casada que de soltera. La sospecha de que buscase en el casamiento quien cargase con las faltas, era una pura suposición de malicia, un verdadero escrúpulo, de cuya realidad, al presente, ella era el mejor juez y, en lo futuro, su conducta.

En fin, que se casaron.

Sucedió lo que era de esperar. Rompimiento de familia, escándalo farisáico como el de la adúltera del Evangelio, suspensión ó enfriamiento de relaciones, cuchicheos y raimiento de pellejo, exclamaciones y santiguados de: «¡Jesús, Jesús! ¿Quién lo diría?»

Pero á muy poco fueron acercándose á los novios nuevas relaciones. P. S. era generoso,

á lo andaluz, con cierto rumbo. Eso atrae. Pero Concha, con su atractivo gaditano, con su verdadera grande educación, sacada de ella misma, atraía y fijaba de tal modo, que persona á quien dirigiese la palabra, hombre ó mujer, chico ó grande, se quedaba prendada.

Su conducta delicada é irreprochable le hizo ser admitida en la sociedad de las personas más severas. No había pasado un año y la señora de S. tenía en el bolsillo á tío, primas, hermana y demás parientes y habientes de su esposo.

Tenía Concha un talento admirable de mujer, una intuición prodigiosa. una delicadeza de sentimientos que no se podía comprender en una criatura arrastrada, si no por lupanares. por los antros de tapadillo de las Celestinas.

Modales, maneras, modesta elegancia, timbre de voz, hacían de ella como una especie de arpa que, sin manos, sacara por sí misma melodías.

Dueña de las grandes dotes que advertimos en Carmen, poseía también en alto grado otras muchas dotes más.

¡Qué instinto el suyo para apoderarse de la estimación respetuosa de las gentes! Plegadas, recogidas esas dotes, como alas que se estrechan contra el cuerpo para que no las rompa el vendaval; desplegadas luego en Sevilla por el dolor del arrepentimiento y el calor de la virtud, hicieron de tan singular é inolvidable criatura uno de esos seres completamente humanos, con tornasoles de divinos.

A pesar del concepto de rico en que se tenía al padre de P. S., la fortuna que legó no pasaba de ciento cincuenta mil duros. Fortuna cuantiosa para entonces en que el dinero valía mucho más, las cosas mucho menos; y en que los millones se contaban por reales, no por pesetas.

Botaratada económica como la llevada á cabo con la reforma de nuestro antiguo sistema monetario, no la he conocido.

El sistema monetario es institución social; cambiarlo de la noche á la mañana, es trastornar malamente las condiciones de la vida económica, abocando á particulares y públicos conflictos.

Antes, un real tenía ocho cuartos y medio

ó diecisiete ochavos. Por un ochavo, los pobres adquirían muchas cosas; por un cuarto, muchas más; por un real, casi todo. Así tres, cuatro, cinco reales les bastaban. Hoy el real tiene veinticinco céntimos. Por el céntimo no se puede adquirir absolutamente nada, ni por dos, ni por tres; me olvidaba, sí, algún sello de correo para franquear algún impreso. Un céntimo de especias nadie vende, un ochavo sí se vendía por lo general. Un cuarto de sal era corriente; hoy, lo menos que ha de costar son cinco céntimos. En la práctica, al pobre, el real se le convierte en dos perras gordas y una flaca, tres monedas; y para comprar una escarola, necesita gastar dos, ó al menos una.

La importancia del asunto disculpará esta digresión. Debe perdonarse, por cuanto el objeto de este libro es un estudio social; las historias biográficas que contiene son los datos, las pruebas que se aducen, para sacar de ellas un verdadero conocimiento de lo que somos, cómo hemos vivido y cómo debemos vivir.

Va siendo la presente monografía demasiado larga, y no quiero molestar al lector;

pero fíjese la atención en lo que acabamos de decir respecto á los perjuicios ocasionados á las clases pobres con tan desdichada como inmotivada reforma. El fenómeno de presentarse en España la cuestión obrera más violenta y exaltada que en los demás países, cuando el nuestro es el menos obrero de todos, tiene su fundamento y causa oculta en la necia reforma monetaria, que nos impone el signo de valores de los pueblos ricos cuando realmente somos pobres.

Ahora bien; por entonces tres millones de reales, ciento cincuenta mil duros, hacían un millonario.

Repartidos entre dos hermanos y una hermana, resultaba que el caudal heredado por P. S. consistió en cincuenta mil duros. ¡Bonito capital para trabajarlo sacándole su fruto!

Pero la educación económica de España no puede ser peor. Sin exageración: es la peor del mundo, civilizado é incivilizado. El bosquimán enseña á sus hijos á cazar y á robar, que es su régimen social de vida; nosotros no les enseñamos nada. Menos que nada, porque á lo que les enseñamos es á ser señori-

tos: quiere decir, á huir del trabajo, á mirarlo como cosa deshonrosa, contraria á la buena educación y á la clase decente.

Así, el comerciante que, como el padre de P. S., hizo su fortuna comprando y vendiendo aceite y trigo, detesta enseñar á sus hijos á vender trigo y aceite. Los hace *caballeros,* les compra tílburis y caballos y les deja lucir. A lo más, á lo más, les da carrera de abogado, ó de marino de guerra para que luzcan el uniforme.

Caballero, eso sí, resultó P. S.; y abogado también. Fácil en el gastar, inútil para saber manejarse ni ganar la vida.

Con sus generosidades, caballos, tílburis, fiestas, teatros, algunas buenas mozas y su poquito de *bacarat* en los casinos, al casarse llevaba mermada la mitad de la herencia; y si no es por Concha, se liquida en cuatro ó cinco años más, cual sucedió á la del hermano.

En Sevilla era difícil establecer nuevo régimen. Era preciso ocuparse en algo productivo; lucir en sociedad, ser estimados y celebrados, no es suficiente. Con su natural delicadeza planteó Concha el problema. Des-

pués de estudiado maduramente, decidieron trasladarse á Madrid.

Entre los restos del caudal de él y el de la señora les quedaban 50.000 duros, á los que bien podía sacárseles en renta 50.000 reales: cantidad suficiente para vivir en Sevilla del modo á que P. estaba acostumbrado, muy bastante para vivir en Madrid decentemente sin boato.

Además, Concha quería que su marido navegara por sí, que aprovechara sus buenas cualidades; que trabajara, si no en estrados, en alguna de esas cosas en que los licenciados y doctores en Derecho suelen colocarse.

Trasladados á la corte, se instalaron en una casa de clase media en la Costanilla de los Ángeles. Con los muebles de Sevilla puso su casa muy bonita, sin lujo, con sencillez y gusto. Pronto hicieron relaciones. No tenían reuniones propiamente dichas; pero tarde y noche veíase la casa concurrida por amigas y amigos de toda confianza. Entre ellos estaban los vecinos, y entre éstos los del cuarto de al lado: dos hermanos, Director y redactores de un periódico neo, de mucha resonancia por entonces.

El hermano menor se prendó de la hermanita de Concha, se casó con ella, comunicaron los cuartos de sus domicilios y quedaron formando una sola familia.

La propiedad de los periódicos era por aquella época cosa distinta de lo que es hoy. Actualmente es una propiedad como otra cualquiera, en que se gana ó se pierde, se vende ó se liquida. Entonces comenzó la transición con el ejemplo dado por Santana en *La Correspondencia*.

Antes de Santana, los periódicos políticos se regían, sobre poco más ó menos, como hemos dicho de *El Nacional*, de Cádiz: vivían de milagro; no se pagaba redacción; fundábanse con más ó menos cuartos, recogidos por guante entre correligionarios; no había orden ni cuidado en la administración. El periódico se echaba á andar por el primer impulso, y luego... adivina quien te dió. Si se ganaba, filtraciones; si se perdía, trampa adelante hasta morir.

Los hermanos quisieron hacer la transición y la llevaron á efecto. El mayor, hombre muy feo, pero de talento, voluntarioso y acometedor, en algo parecido á Don F. S.,

de mejores formas y educación, quedó de director con sueldo fijo; de redactor y administrador, el hermano; de redactores y *reporters,* dos ó tres personas más; y de propietario del periódico, P. S., que hizo algunas impensas, pagó atrasos y puso la publicación en buena marcha.

De este modo ocasional se vió P. S. hecho neo-católico, frecuentada su casa de obispos y grandes señorones. El neísmo estaba en toda prepotencia, apoderado de la corte, envolviendo en sus redes con más descaro y menos habilidad que hoy al atrasado país, haciendo llevar cirios á los Ministros y preparando la situación que dió por resultado la última revolución política y el destronamiento de Doña Isabel II.

A la verdad, P. S. era de familia conservadora. Para neo no lo había hecho Dios; pero en esta tierra nuestra, trastornada en sus fundamentos, todo sale al revés. El que nació para demagogo, resulta Narváez, González Bravo ó Nocedal. El que nació para autoritario y disciplinador, salta Espartero, Nicolás Rivero ó Prim.

Concha no entendía nada de política: no

era beata, aunque sí religiosa; pero le gustaba el trato de los señores prelados, de gente linajuda y cortesana. No hay qué decir que flotaba en esa sociedad; que por su despejo, discreción, respetabilidad inafectada, agradable y atractiva, subía diez codos sobre las señoras más distinguidas de la corte. Á nadie le pasó por mientes *Concha la sombrerera*, ni menos *Conchilla*. No dejó de haber quien insinuase algo; pero la claridad de su conducta, las luces de sus prendas, no permitían percibir en ella ni los vestigios de una mancha. La señora de S. era lo más querida y respetada por cuantos señores y señoras tuvieron la ventura de tratarla.

La corte le tomó cariño; la Reina, particular afección. Para mostrarla, hicieron marqués á su marido: no de título nuevo, que cae mal en la vieja aristocracia; sino de un título viejo, abandonado, con que pudo entroncar y reclamar la gracia.

La marquesa hubiese llegado á camarista si la Revolución no cambiara en totalidad el escenario.

El marqués y su señora tuvieron que emigrar. Se establecieron en París, haciendo

coro á la Reina con los pocos fieles que le quedaron. Al periódico se lo llevó pateta, y aunque vivieron modestamente en París, el decoro de ciertas posiciones impone gastos.

Era de admirar aquel don que notamos en Carmen, agigantado en la marquesa de S. durante su estancia en París. Los emigrados se convierten en gorrones. Unos por no tener, otros porque no les falte, dado el mal presente y la incertidumbre del porvenir, se encasquetan la *gorra*.

La casa de los marqueses se convirtió en *consolatrix aflictorum* de la emigración isabelina. La marquesa no daba bailes ni banquetes, pero tenía á su mesa los amigos que querían sentarse: como que su mayor y más culminante facultad era el convertir en cosa propia las penurias y necesidades de los demás, y adelantarse á satisfacerlas con delicadeza y agrado: en una palabra, la condición de providencia de que hablamos al tratar de la caridad en las mujeres gaditanas y que más parece obsequio fino que otra cosa.

Su mesa era, cual ella, modesta, reluciente, limpia y atractiva; pocos platos, bien presentados y bien hechos.

Mas el tiempo volaba y el dinero también. La situación no era sostenible por mucho tiempo. Los neo-católicos, en general—no hay que darle vueltas,—son unos absolutistas vergonzantes disfrazados.

Don Carlos había echado el pecho al agua, favoreciéndonos con la última guerra civil.., y quiera Dios que sea la última.

Los neos, que habían hecho caer la corona de las sienes de Isabel II, la abandonaron, marchando al campo absolutista; rebujado con ellos fue arrastrado el marqués, á quien el Pretendiente comisionó de agente diplomático secreto ó particular, para que le representase ante las autoridades de la raya de Francia en los tráfagos de pasarla y repasarla los facciosos, no poner eficaces obstáculos al envío de recursos y armamentos, hacer la vista gorda, decir que sí á su Gobierno y favorecer cuanto pudiesen la guerra acometida.

Ocupado en esas cosas, lo pasó viviendo en Bayona ó en Biarritz y de acá para allá.

Las circunstancias no eran á propósito para establecer casa.

La marquesa y él vivían en fonda. En

Biarritz enfermó la señora y falleció. Aquella mujer tan amable y digna de ser amada fue asistida por el fondista y su familia con el mayor esmero, como cosa propia; como cosa propia la lloraron, y no consintieron cobrar un céntimo por alojamiento ni asistencia durante la enfermedad. Algunos meses después pasé por Biarritz, alojándome en la misma fonda. Pregunté por las circunstancias de la muerte: fondista, familia, camareros y criadas se apresuraban á deshacerse en efusivos y prolijos detalles, demostrando un amor, un respeto y un sentimiento por la señora marquesa que sólo se consagra á los seres superiores.

¡Concha, Concha! ¡Modelo de mujeres gaditanas, vaso de elección, virtud purificada! Tú bien sabes que nunca te he olvidado; que entre las grandes señoras de Sevilla, de Madrid y otras partes que he tenido el gusto y el honor de tratar y de ser su amigo, tú estás como primera.

Como conchilla humilde enterrada en el cieno, te convertiste en concha que tú misma lavaste en las aguas del Jordán del arrepentimiento, llegando á perla oriental por tus talentos y virtudes.

¡Descansa en paz y goza el premio que mereces!



Descubro en la mujer gaditana las apropiadas condiciones para dar el paso más trascendental que exige y pide á grito herido nuestro estado social.

Los voceadores que se desgañitan pidiendo cosas tan absurdas como el reparto de bienes y otras cosas contraproducentes ó imposibles, consideren que es necio pedir á otro lo que pueda alcanzar por sí propio.

Paren mientes en que la mayor injusticia de los tiempos no consiste en lo más ó menos elevado del jornal.

Fijen la mirada en quiénes son las mayores y más inocentes víctimas de nuestras preocupaciones sociales y de nuestros vicios.

Fíjense en los hijos de la lujuria, en los abortados, en los que al espirar el primer hálito son asesinados para ocultar una falta con un crimen.

Vuelvan la vista á los expósitos, llevados á morir de hambre y falta de piedad.

Pues esos, esos son los que piden con mayor urgencia, con mayor justicia, con mayor necesidad, las primeras reformas.

De las gaditanas espero las primeras sacerdotisas del cambio que se impone. Ellas, sobre todas las mujeres, tienen la religión de la maternidad.

Ellas pueden dar el ejemplo, cubriendo con el manto protector de su cariño á esas criaturas: no colectivamente, cual hasta ahora se pretende hacer por la fría beneficencia oficial, sino personal é individualmente.

Una casada, viuda ó soltera de edad madura, recoja un niño ó niña de la Inclusa; no lo prohije civilmente, porque para nada es necesario, sino opuesto á los fines que deben perseguirse. Prohíjeseles, sí, pero sólo en el concepto de criarlos y educarlos al calor del amor. Edúquenlos para el trabajo y en el trabajo, imprimiéndoles en la mente, sugiriéndoles la idea de que *el hombre es hijo de sus obras.*

Despiérteles la idea del deber. Infunda en su espíritu con el ejemplo el orden y la economía. Institúyase en madre pura y sin mancha, á imitación de la Madre del Salvador; y

á poco que se extienda la costumbre, empezarán á evacuarse esos antros de lento infanticidio que se llaman casas de expósitos y hospicios.

Paga por tan santos servicios: ¿quién necesita pensarla? ¿Recursos?: ya hemos visto dónde llegan las mujeres gaditanas.

Paga, es el amor: tener una criatura á quien hacer caricias y recibir las suyas en vez de las de un gato ó un faldero; criar y hacer una mujer ó un hombre honrado, emprendedor, dueño de sí mismo, ostentando en su escudo ser hijo de sus obras, que aun casado más tarde ó independiente, muy ingrato habrá de ser para abandonar á la madre purísima en la vejez, y no cerrarle los ojos con veneración y sentimiento.

Sí; es preciso luchar, echando por tierra las inicuas preocupaciones y la infame hipocresía de nuestra civilización.

Por lo que he dicho se debe comenzar. Luego, por influir en la mujer amiga, si se deja arrastrar por un acto de pasión, para que no aborte, para que sufra resignada su desgracia, para que no procure ocultar una falta con un crimen ó con la exposición del

infante; que críe, cuide y eduque á su hijo, sufriendo las consecuencias de su desliz.

Fomentan la esperanza de que así suceda varios ejemplos de mujeres, y aun señoras conocidas por mí en Cádiz, que han criado sus hijos naturales, educándolos y dándoles carrera, haciéndose superiores al menosprecio de mogigatas y de necios, con cuyos repulgos é indiscretas censuras aumentan el número de infanticidios y de abortos.

¡Paso á la razón, paso á la verdad, paso á la caridad, paso á las reformas sociales, paso á la pureza de las ideas cristianas!



Después de la reforma ética que hemos bosquejado (porque, mírese bien, la responsabilidad del daño no viene del hecho mismo, tanto como de las ideas absurdas que lo determinan: *«¿quedo deshonrada? pues mato al inocente para seguir honrada»);* después, digo, de reclamar dicha reforma, paso á ocuparme de la cuestión batallona que más agita á los obreros, tomando por punto de partida lo observable en Cádiz y su provincia.

* * *

Dicha cuestión se titula: *Remuneración del trabajo.*

Se acusa á la sociedad de abusar del trabajador, de no pagarle sus esfuerzos suficientemente para cubrir sus necesidades, de explotarle el patrono, llevándose *el capital* el fruto del sudor.

Aparte de que no siempre es así, y que muchísimos obreros alcanzan mayor remuneración que infinitas gentes de la clase media, en general tienen razón: el hecho existe, el mal lo sufren la mayoría de los obreros: es preciso ver cómo se remedia.

Y dice la muchedumbre: «Aumentadme el jornal.» Verdaderamente, la cosa parece bien sencilla; pero no lo es. Si cuesta dos pesetas la siega y recolección de una fanega de trigo, esas mismas dos pesetas las pagará el consumidor; principalmente el mismo segador. que alimentándose de pan casi exclusivamente, por una peseta más de beneficio obtenido en un día de aumento de jornal, paga tres pesetas, sumado el sobreprecio que como consumidor abona en todo el año.

Los males sociales tienen por carácter el carecer de remedios directos, encontrándolos

sólo en el concurso de muchos indirectos.

Pero observemos cómo se satisface el trabajo entre nosotros. Sea ó no sea lo mismo que en las demás partes, á lo que vemos y tocamos debemos referirnos.

Pues en Cádiz lo primero que encontramos es el mariscador. ¿Quién le paga y cuánto le pagan? ¡Nadie, ni nada! Su paga consiste en el mismo marisco que arranca de la peña y con el cual se alimenta: y pare usted de contar.

Más tarde advierte que necesita un taparrabo; lo fabrica con algas retorcidas, y queda pagado su trabajo con el taparrabo.

Al producto de tal especie de natural remuneración debemos darle un nombre: sea éste el que representa la idea del hecho *de pagarse así su trabajo con lo producido por el trabajo mismo;* y como la locución resulta demasiado larga, la reduciremos á la palabra Pagasí, contracción del hecho de pagarse á sí propio.

Como se ve, el hecho no es producto de cálculo ni elucubración alguna: es un hecho primitivo, como la industria ó modo de vivir en que se realiza; natural, espontáneo, que salta sin reflexión, sin comprender su alcan-

ce. Pero el caso es que su producto íntegro es para el trabajador, así en la ostra que arranca como en el cangrejo que apresa; y juro ante Dios y una cruz que no puede darse el caso de que ningún mariscador se subleve ni promueva perturbación del orden porque las almejas le paguen cortísimo jornal.

En iguales circunstancias se encuentran otros trabajadores, por ejemplo: cazadores de varias clases, cisqueros ó piconeros, esparragueros, herbolarios y otros. Adviértase que, viviendo todos ellos del *Pagasí*, se observa un paso de diferencia y es el siguiente: unos, como el mariscador, no necesitan indispensablemente más que de sus propias manos, ni de más sociedad acaso que la de su mujer; á otros ya les es indispensable el concurso de más amplia sociedad. Depende esta diferencia de dos cosas: primera y principal, que lo allegado por el trabajo constituya un alimento *completo*, lo cual es muy difícil. Alimento completo es el que químicamente encierra en sí todos los principios ó sustancias constitutivas del cuerpo humano; así es que, quieras ó no quieras, la escasez de su número es esencialmente social, porque

fuera del pan y de la leche no hay alimento completo. Las bellotas, las castañas, los mariscos, las carnes, son semicompletos; se puede vivir con uno de ellos y el agua un cierto tiempo, pero nada más. De aquí nacen dos cosas ineludibles: la necesidad de la asociación ó sociedad para que pueda vivir la criatura; y la necesidad del cambio de productos, ó llámese, si se quiere, *trabajo por trabajo*. Así es que se concibe que una pareja humana viva de mariscos y líquenes arrancados también de las peñas, que un lacero viva de la caza y un puñado de bellotas; pero el leñador, ¿va á poder vivir comiendo leña? Pues evidentemente necesita cambiar leña por pan ú otra cosa comestible; necesita, pues, de la sociedad; tiene que buscarla, utilizarse de ella como pueda, buena ó mala, justa ó injusta, ó reventar. No le queda ni el recurso de decir: «Pues voy á reventar á la sociedad conmigo.» Porque como la sociedad se compone de muchos y en múltiples lugares, el reventado es él, pero no la sociedad. Suele el hombre, cuando sufre y cuando es rudo, fraguarse el espejismo de que el mundo es él y lo que inmediatamente le rodea.

Los obreros de fábricas, por ejemplo, que viven en número de siete ú ocho mil, creen que no hay más que ellos: quienes, con los de otra y otra fábrica, componen y suman la gran mayoría de la sociedad, en la que sólo queda un par de docenas de burócratas á los cuales fácilmente puede cortárseles el cuello. Espejismo, ilusión, ignorancia, brutalidad ineficaz.

Cualquiera que sea el grado de evolución, desarrollo, riqueza, pobreza, adelanto ó atraso de una sociedad, sus individuos penden de ella, como las hojas de los árboles. No es posible arrancar el árbol sin que las hojas perezcan; y por mucho que parezca sumar la clase obrera, en ella misma han de encontrarse elementos de intereses y aspiraciones opuestos. Así vemos en el estado actual que no cabe mayor fuerza contra el socialismo que el anarquismo, ni mayor fuerza contra el anarquismo que el socialismo.



Tiene el *Pagasí* algo más que analizar. Hemos visto cómo por su propia naturaleza

16

determina la asociación. Pues dando un paso, determina la división del trabajo.

Cuando el mariscador teje el taparrabo, marisca, recolecta y fabrica. Cuando el cazador es á lazo, él mismo lo construye y lo emplea. Pero si lo es de escopeta, necesita que otro, no él, se la fabrique; sin armero, no tendría escopeta, al menos el cañón y la llave. Obsérvese cómo van dándose estos pasos, qué paulatinamente, de qué modo tan gradual. No ha mucho ví á un cazador, cuya escopeta era un libro ante mis ojos: la caja, un brazo de acebuche; la llave, clavada con clavos á la caja; el cañón, atado á ella con bramante. ¿Qué decía aquel tosquísimo instrumento, con el cual mataba, sin embargo, mucho más y mejor que otros con escopetas de gran precio? Pues decía muchas cosas. Decía que el cazador carecía de dinero para tenerla mejor. Declaraba que la caja y el ajuste los había hecho él pagándose á sí mismo su trabajo, igual al ahorro de comprarla. Que cañón y llave los había adquirido de desecho, ó comprado por poco, en rastro ó baratillo. Declaraba también, que había retrocedido del principio económico de la divi-

sión del trabajo, que produce mejor y más barato, optando por el primitivo de hacerse cada cual lo que ha de menester. Declaraba asimismo, que procuraba y recababa economía mayor, construyendo el escopetucho, prefiriendo el beneficio del coste á la perfección del arma. Ultimamente, quizá, el temor de que se la quitara la Guardia civil, en cuyo caso poco podía perder y poco desavío ocasionarle, volviendo á hacerse otra escopeta parecida.

Pero en fin, de todos modos, la ley de la división del trabajo queda sancionada en este caso y la representan el cañón y las llaves: lo que aquí se ve es el propósito de eludir la ley, lo cual no niega, sino que confirma su existencia. Se procura eludir la ley económica natural; como, si la sospecha es cierta, procurábase eludir la ley de caza.

Eludida ó no, se ve forzado el cazador á valerse de recursos sociales. Pone de su parte voluntad, ingenio, arte, trabajo, todo género de esfuerzos; pero ni con eso, ni con más, puede sustraerse de la necesidad de un hacha, de una navaja, de unos clavos, de un cañón y unas llaves, que obligan á pasar, quieras

ó no quieras, por pedirlas á la sociedad. Porque la navaja no la construye quien construye el hacha; los clavos, el que las llaves; el bramante, quien fundió el acero, etc., etc.

Resulta, pues, que un perfecto *Pagasí*, un cazador que mata conejos y perdices con los cuales se puede alimentar, si no vive auxiliado y amparado por la sociedad, siquiera sea la más infame, tiene que sucumbir. Perdices y conejos no resultan alimentos completos; es preciso cambiarlos por patatas ó pan. Son indispensables otras gentes para hacer el cambio, para comprar la pólvora y los perdigones.

Obsérvese cómo se van complicando las necesidades de las relaciones, y que la base social se ensancha y afirma á medida del progreso.

Puede desaparecer fácilmente una sociedad embrionaria, como, por ejemplo, un pueblo nómada; es mucho más difícil la desaparición de otro sedentario. Si desaparece una sociedad adelantada, es ciertamente porque su base fue falsa. Si desaparecieron Babilonia y Nínive, fue porque se fundaban sobre el trabajo esclavo.

Ahora bien, la raíz primera y principal de la remuneración del trabajo está en el *Pagasí*. No se crea que queda humildemente enterrada, ó que sus brotes son tan ruines que sólo salen á la superficie con piconeros, esparragueros y cazadores.

No; continúa el *Pagasi* hasta las clases más elevadas, corriendo la escala desde el punto dicho al zapatero y sastre de portal que viven por su cuenta; los vendedores ambulantes, los carniceros, pescadores, tenderos; todo el comercio, en general, excepto los dependientes asalariados; los médicos y abogados; los pegujaleros, poceros, hortelanos, trajineros, corredores, propietarios, terratenientes y banqueros. Todos estos y muchos otros que sería prolijo enumerar, viven del *Pagasí*. Unos prosperan, otros no. El resultado es que todos ellos se pagan por su propia mano con el producto de su mismo trabajo. El *Pagasi*, por consiguiente, representa la manera más justa y natural de remunerar los servicios y los esfuerzos del trabajo. Estudiar la manera de llevar el *Pagasi* al mayor número posible de trabajos y labores, contiene la solución del problema social que se discute.

La intuición humana nos ofrece acerca del particular útiles enseñanzas. Por desgracia lo que la intuición certera y ciega señala fijamente, el hombre racional y sabio con los ojos encandilados no consigue verlo, y son precisos grandes esfuerzos para hacérselo entender.

Pasemos á estudiar lo que ocurre cuando Cádiz evoluciona y pasa á pescadora.

***

No hay que repetir la observación ya hecha. La base social se ensancha y se afirma. La sociedad se hace más necesaria para la vida individual.

Ahora bien; los pescadores, apenas dados los primeros pasos en avance del pescador de caña, que se diferencia muy poco del mariscador, se ven compelidos á asociarse con otras personas. Uno mismo no puede hacer el barco y remos, las velas y las redes, las anclas y palangras; no puede ir al timón y coger rizos, tender la red y tirar de ella. La asociación se establece necesariamente, fatalmente, por ley de gravedad, como la piedra cae hacia el centro de la tierra.

¿Cómo, de qué manera se recompensa el servicio de cada uno de estos asociados?

El trabajo resulta del esfuerzo de muchos: ya no es posible el simple *Pagasí* directo, inmediato y sencillo; nadie puede echar su mano á la pesca y decir esto es mío, porque, mucho ó poco, lo recogido es también de todos los demás. Se impone, pues, la solución de repartir la pesca. El *Pagasí* subsiste, pero modificado necesariamente. La primera modificación que surge consiste en que tiene que ser profesional.

Mi sabio é ilustre amigo D. Francisco Pí y Margall, sostenía que toda remuneración de trabajo debía ser igual: lo mismo la del que vende cajillas de fósforos, que la del ingeniero que levanta un puente; pero bien se ve que estaba en un error. El que vende cerillas no tiene más que salir á la calle dando voces. El ingeniero que levanta el puente ha tenido que estarse estudiando veinticinco ó treinta años para capacitarse en su labor.

La remuneración, pues, no puede ser igual; porque resulta esencialmente desigual, y sobre eso, soberanamente injusta.

Aunque parezca extraño, hay que buscar

las cosas donde se encuentran. ¿Dónde creerá el lector que reside la más severa, estricta y escrupulosa justicia distributiva en el equitativo reparto del producto del trabajo? No se admire: en las cuadrillas de bandidos.

Esos criminales, por el hecho de serlo, tienen que sujetarse á una disciplina severísima. Detentadores de lo ajeno, una vez adquirido por la violencia, ¡desgraciado del bandido que ocultara un alfiler! Un trabucazo en la cabeza constituiría su proceso, juicio, condena y ejecución. Pues bien; como expresión de la justicia, hacen el reparto proporcional, no una parte igual á cada uno de los bandidos. El capitán, parte mayor; luego le sigue el segundo; después el más viejo y echado para adelante en esa clase de negocios; y últimamente, los que restan.

Tal sistema y no otro adoptaron los pescadores para su *Pagasí* colectivo. Al del barco y aparejo le correspondían tantas partes de la pesca; al de las redes, tanto; al patrón, cuánto; y así relativamente los demás.

Todavía subsiste esta forma del *Pagasí*, aunque no tan extendida y boyante como la primera.

La circunstancia de ser la pesca eventual determinó otra modificación. En efecto, salir á pescar y no recoger nada, suele suceder. Dueños de barcos y aparejos, y hasta patrones, podrán resistir; pero los simples marineros, no.

Para salvar la penuria se echó mano á un sistema mixto (llamado *Ir á la parte*) entre el *Pagasi* y cobrar un estipendio. De todas estas combinaciones subsisten ejemplares: no sólo en la industria pesquera, sino en otras muchas, como luego veremos.

Más tarde, cuando ya no consistía todo en una barca y una red poco costosas, sino en vapores y buques de alto bordo, barrilería, sal, cebos, rancho para meses, etc., fue necesario un capital cuantioso, de que la asociación no podía disponer; entraron las empresas, sustituyendo el *Pagasi* y el *Ir á la parte* con un sueldo.

Mientras impera el *Pagasi*, ya puro, ya modificado por el *Ir á la parte*, no existe motivo de reclamación, ni á nadie le ha ocurrido. Cada uno se ha resignado con su suerte, mejor ó peor. Entrando el sueldo ó la soldada, ya resulta otra cosa. Al marinero,

como á toda persona, siempre le viene corto el traje. Si gana diez y gasta doce, pone el grito en el cielo.

La misma evolución puede estudiarse, aunque con menos claridad, en la agricultura, ganadería y demás industrias.

No queremos hacer el estudio particularizado del *Pagasí* y sus evoluciones, en cada una de éstas: lo creo innecesario para el lector atento. Con lo dicho de la una basta para las otras.



Saltaremos por muchas cosas, cayendo sólo sobre alguna observación particular.

Por ejemplo: la cuestión agraria es de las que se nos vienen más encima, por lo que reclama mayor atención y previsión. En unas provincias nada hay que temer; en otras, algo; en algunas, mucho.

Debe notarse que la tormenta amenaza en los puntos en que hay menos aguas, menos densidad de población, menos división de la propiedad ó más restos de latifundos.

Tales observaciones llevan á dar agua donde no la hay; más densidad de población;

más división de la propiedad. Pero ya hemos dicho y demostrado que en Sociología no caben los medios directos ni los específicos: sólo son eficaces los indirectos que vayan á confluir, como radios de un círculo, al centro objetivo. Los medios indirectos, claro está que son lentos y no es posible que sea de otra manera. Más tiempo, ó tanto, se pierde en los directos, y además resultan dispendiosísimos y estériles.

El agua. Doy de barato que de la noche á la mañana se haga correr agua por donde no la haya. ¿Qué resultará? Pues un fangal ó más fangales, como puedo mostrar varios, que he visto con dolor en más de un punto.

¿Qué diantres se va á hacer con ese agua en una localidad donde la gente se tiende á la bartola, porque con el cerdo que se revuelca en el cieno, unas calabazas y unas cuantas patatas que recoge sin molestarse, tiene para pasar el año y echarse algún traguito de aguardiente?

Pues hay que empezar aquí por un buen maestro de escuela y un buen cura que les predique y les demuestre que así no se gana el cielo; un fisco que les imponga menor tri-

butación; y cuando menos, no lavar los pies al burro, gastando tontamente el tiempo y el dinero.

¿Que hay, en efecto, necesidad de agua, gente que la reclame, quiera y pueda saberla aprovechar? ¿Que hay posibilidad de abonos económicos? Santo y bueno. Agua allí.

Se dirá que allí donde hay agua acude población. Según y conforme. A las puertas de Madrid está Pinto; poco más lejos, Espinosa de Henares. En ambos puntos existen los canales, las tierras tableadas, quiero decir, los gastos hechos. Sin embargo, los canales están cegados, el riego abandonado; ¿y por qué? Preguntádselo á los dueños de las tierras; por mil y un motivos, empezando porque no hay quien les arriende las tierras de regadío y sí se las arriendan de secano.

¿Habrá que desesperar? ¿No habrá remedio para los males de nuestra pobre, amadísima, patria? ¡Pues no los ha de haber! Por eso quiero que se estudie la cuestión, no por Kropotkine ú otro declamador extranjero, que nada enseñan, sino por nosotros mismos, en nuestro mismo terreno, en cada punto y distrito, mirando las cosas bien, observán-

dolas y sacando las justas consecuencias. Por eso escribo, que me lean ó no me lean, y doy la pobre muestra de cómo podemos enterarnos de nuestras propias cosas con el ejemplo del estudio social de las mujeres gaditanas.

***

La remuneración del trabajo agrícola ofrece variantes para todos los gustos. El *Pagasí* con todas sus modificaciones; la *aparcería* entre propietario y colono; entre propietario y obrero, ó sea el trabajador; entre colono y sirvientes, jornaleros temporales, trabajadores permanentes, destajeros ó destajistas, mutualistas, etc., etc., etc.

Las siguientes clases pueden reducirse á las que se pagan por sí: labradores, pegujaleros, roceros, aparceros y mutualistas.

Los que viven de sueldo y los que viven de jornal son en mayor número. Pero eso sucede en la agricultura propiamente dicha, porque en la ganadería sucede generalmente lo contrario: la mayoría se atiene al *Pagasí* modificado.

La modificación ya la conocemos por lo

dicho respecto á los pescadores, pero con una diferencia esencial. Los pescadores se cobran una parte en pescado y otra en numerario, para poder tirar si no se pesca. Los pastores se pagan con capital, esto es, con un número mayor ó menor de cabezas de ganado, que apacientan con la misma piara de su dueño; y además, lo que ellos llaman *jato*, el hato, y una cantidad pequeñísima en dinero, de 15 á 30 reales al mes. Resulta siendo el pastor un verdadero propietario; no copropietario ni aparcero, sino propietario en pleno, con su propiedad independiente, en dominio pleno.

Si un socialista declamador y superficial viese en el campo á uno de esos pastores, rotos, sudosos y empolvados, le preguntara qué ganaba, y oyese que 15 reales al mes y el *jato*, consistente en un pan, una pizca de sal, aceite y vinagre, se pondría atónito las manos en la cabeza y saldría gritando: «¡Iniquidad, infamia, explotación!»

Pues, sin embargo, desafío á que los tales pastores se declaren en huelga, ni originen ningún conflicto social.

¿En qué consiste tan singular fenómeno? Esa clase nada dice, está contenta con su

suerte, no se considera explotada. Comparando el trabajo de un pastor con el de un ajustador de maquinaria ó un forjador, estos resultan unos burgueses y casi señorones. El pastor vive á la intemperie. Cuando tiene casa es un chozasgo miserable. La mayor parte de las noches las pasa al raso: cuando hay tormenta y temporal, en medio del ganado, para que no se le extravíe, sentado en la botija ó en una peña, los talones sobre dos piedras, para que el trípode forme puente y corra el agua por debajo, la pellica sobre la cabeza y venga agua del cielo.

Ya oigo decir: «Consiste en que es gente embrutecida, convertida en animales, sin noción de sus derechos, degradados por la esclavitud.»

¿Son más sabidores los gañanes? ¿Son más cultos? ¿Tienen más nociones de sus deberes y derechos? Ciertamente que no. Entre cien pastores y cien gañanes, hay triple número de aquéllos que sepan leer y escribir.

Son, con mucho, gente más ladina. Saben, cuando menos, hacer cuentas; y hacen sus cuentas con gran acierto.

El secreto de todo está en el *Pagasi, Pa-*

gasí disimulado por la sabia adaptación á las circunstancias.

Analicemos el asunto, porque encierra muchísima enseñanza.

Primeramente, ese pastor, reducido en su vivir á la mayor pobreza, es un propietario de algo y el propietario más en pleno que conozco. Va con su propiedad de aquí para allí, la vigila y cuida día y noche. Capital y producto es completamente suyo, íntegro, sin pagar contribución á rey ni Roque, sin mermas de gastos, guarderías ni pastos; de modo y manera que el producto líquido de las doce cabras ó las doce ovejas importa tanto como el de ciento de su amo.

Vése aquí patentemente cómo los problemas sociales tienen su solución en medios indirectos, pero que confluyen concéntricamente á vadearlos (1).

Esa propiedad pequeña, toda útil, es como un pescado sin cabeza y sin espinas, comparado á otro mayor en que la mitad fuese desperdicios.

En el *Pagasí* modificado sabiamente, ya

(1) Hay pastores á sueldo, y en éstos ya se han dado algunos casos de huelgas y protestas.

en un sentido ya en otro, combinado con más ó menos asistencia, ya metálica, ya de alimentos, por mutualidad ó por asociación, está la madre del cordero.

No se diga que el *capital* ahoga cuanto en tal sentido pueda hacerse: eso no es cierto. El *capitalismo* es otra cosa.

Esos sindicatos, esos *trusts*, son verdaderamente infames; son los hijos espurios del *socialismo egoísta*, que no mira ni atiende más que al *inmediato interés*, y reviente quien reviente. El capitalismo, en puridad, es el socialismo aristocrático.

Pero ese capitalismo infame y ciego lleva en sus entrañas la culebra que lo ha de estrangular, y de mil modos puede cortársele el pescuezo.

¡El capital, el capital! No se confunda el *capital* con el *capitalismo*.

El capital, como la moneda, es indispensable para el cambio. Esencialmente, es el trabajo, en píldoras de su mismo extracto. Esos pastores, enlodados y rotos, que viven con un pan que se les da, un cuenco de leche del ganado y alguna perdiz que cogen á lazo, cuyo jornal va de cuatro á ocho cuartos cada

vez que nace el sol, hacen dinero. Y si se quiere ver, échese mano á la *Guia de forasteros* de la ciudad de Córdoba: por ella podrán averiguar que la clase de propietarios y labradores más prósperos no se compone ya de la pasada aristocracia, sino de gente salida de pellica y porra.

El dinero malgastado en huelgas, que es darse con una piedra en los dientes, ¿no estaría mejor convertirlo á otros fines?

No puedo entrar en los detalles de cómo podría aplicarse el *Pagasi* á todas las clases y géneros de industria. Es un estudio para hacerlo con tiempo y gran meditación.

He cumplido con el apunte. Es cuanto prometí y me propuse hacer. Pero nótese bien que no es invención de mi cabeza, ni menos idea peregrina; es un hecho, entre tantos otros observados al hacer el estudio de las mujeres gaditanas.



De cuanto queda relatado en el curso de lo escrito, parece resultar que el hombre de Cádiz no vale lo que la mujer.

Entienda el gaditano que no lo menospre-

cio; lo trato en amor y justicia. Reconozco en él superior cultura á lo general de los hombres de otras capitales.

He declarado que por cada patricio ilustremente bienhechor que surja en Barcelona, Bilbao, Sevilla, San Sebastián ó Madrid, surgen dos Moras en la modesta Cádiz. Si bien se examina, no resulta sólo la preeminencia del gaditano en la esfera filantrópica; siendo, en mi juicio, muy inferior á la gaditana, aventaja, sin embargo, generalmente en varios casos, á la mayoría de los demás varones de las otras capitales de España.

En el arte de la pintura no alcanzan el lugar que los sevillanos, valencianos, barceloneses y zaragozanos. Es natural: les impresiona el mar exclusivamente ó en primer término. Así el medio externo reduce su celebridad pictórica á Enrique de las Marinas. Aptitud artística existe en ellos; lo que les falta es el medio externo para desarrollarse. Buena prueba de esto cuando el gaditano sale de lo que le rodea y se pone en relación con otra naturaleza. Entonces sale un Viniegra, y *La bendición de los campos.*

El arte, pues, no puede culminar en Cá-

diz por carencia de medio, no de aptitudes.

Aptitudes las hay, y muchas; pero no pueden desenvolverse en el sentido de la escultura, ni de la arquitectura, ni de la música, ni de la épica. La escultura carece del desnudo. La arquitectura, de espacio y ocasión. La música, de temas, fuera del silbar del viento, de los rumores y rugidos del mar. La épica, de las pasiones: temperadas y dulces en Cádiz, como resulta del estudio hecho acerca de las mujeres.

Así, pues, el arte no se manifiesta más que como puede manifestarse. Por la elocuencia, en primer término. Por algún que otro registro literario.

Cuando no fijamos la atención sobre las cosas, por grandes que ellas sean pasan inadvertidas.

Llamo la atención del lector sobre este punto. ¿Quiénes han sido los mejores oradores de nuestra época? Seguro que á la evocación de la pregunta surgirán varios nombres: Castelar, Moret, Echegaray, entre los coetáneos; Istúriz, Galiano, en la anterior generación. Pues nótese que Castelar, Moret, Istúriz y Galiano son de casta gaditana, nacidos

en Cádiz ó de madres ó padres gaditanos. Tal aptitud para la oratoria proviene étnicamente del elemento helénico, que domina en Cádiz todavía.

Sería rara y casual coincidencia el que la casi universalidad de nuestros grandes oradores fuesen gaditanos, si no hubiera una razón ó un motivo que lo determinara.

Tres son en la actualidad las figuras españolas que sobresalen como eminentes pedagogos: Manjón, Giner de los Ríos y Eduardo Benot.

Manjón llega á su puesto impulsado por la caridad católica, que, como universal, puede ejercer su acción sobre toda criatura, sea cualquiera su casta; llega, por consiguiente, más por cristiano que por aptitudes pedagógicas.

Giner llega por amor al bien y á la verdad.

Benot, por impregnación de casta: gaditano, su personalidad es una como concreción de la cultura local, que lo conduce al afán de instruirse é instruir á los demás. Resulta, por tanto, un pedagogo innato.

De todas suertes, no deja de ser curioso que de los tres pedagogos de nuestros días uno

sea gaditano; y otro, si no gaditano, de la misma provincia.

La pedagogía puede considerarse como la última evolución de la cultura. Por eso, los catedráticos de la Escuela de Cádiz, variando, como es natural, sus aptitudes, instrucción y talentos, pero nivelados en muy parecidos grados de cultura, son, por lo general, excelentes pedagogos. Enseñan bien, poseen el arte de transmitir cuanto saben.

La cultura constituye, pues, la tinta común. el fondo general de hombres y mujeres gaditanos; hasta el punto de que, sin más que ella y un regular sentido. les baste para alcanzar los más altos lugares.

* * *

La palabra *cultura* significa una idea compleja, más bien un concepto incompletamente definido, algo vago, de líneas un tanto confusas, de límites deformados.

Examinemos cómo se entienden las palabras culto y cultura. Si se para mientes y se consulta Diccionarios, se verá que la raíz de las palabras es agrícola y se basa en el hecho

de labrar el campo para que dé fruto. La idea se cristaliza ó se exterioriza plásticamente con el verbo *cultivar*, del cual se derivan cultivo, culto, inculto y cultura. Cada una de estas acepciones agrícolas se trasladan figuradas trópicamente á otras tres esferas no agrícolas, cuales son: la *religiosa* ó culto á la divinidad y á los santos, lo que quiere decir cultivar por el amor, el pensamiento, la palabra, los cánticos, etc., el trato con lo supraterreno; la *social*, ó sea la labor por la cual procuramos obtener y hacer rendir mejores frutos al comercio con las demás criaturas; la *personal*, esto es, la labor que el hombre ejecuta en sí mismo para perfeccionarse y ser más útil y agradable al resto de los hombres.

Cuando dicha labor la emplea no exclusivamente en sí, sino en otros, se convierte en pedagogo; lo cual, como ya dejamos advertido, constituye el último grado evolutivo de la cultura.

Ahora bien; si meditamos los efectos de la cultura, pronto echaremos de ver que derivan de tres fuentes diversas, cuyas aguas se mezclan en más ó menos proporción, á saber: fuente afectiva ó de los sentimientos; fuen-

te estética ó de las buenas formas; fuente científica ó del saber.

De dichas fuentes, la de mayores aguas es la afectiva. Le sigue la de las formas, sociales, y la que suele ser menor es la científica.

No quiere decir esto que la proporción señalada sea constante. Hay personas cultas más instruídas que de buenas formas. Las hay que sobresalen más por éstas que por delicadeza afectiva.

De tales consideraciones resulta la conveniente variedad, dentro de la unidad. Así, examinando ejemplares vivos de gaditanos generalmente conocidos, esto es, siguiendo mi método práctico de observación directa, podremos apreciar claramente los distintos matices de la cultura. Bien veo que es materia espinosa convertir en cabeza de turco á conocidos vivos y efectivos, poniéndolos como ejemplo en comparaciones penosas; pero todo ofrece sus inconvenientes, y la intención me salve. Si el arte tiene fueros que le permiten ofrecer desnudo á Aquiles, la ciencia tiene los suyos para juzgar cosas y personas.

Presento á la memoria del lector las si-

guientes. Repito algunas ya presentadas, para manosear las menos posibles.

Mora.—Nadie podrá rechazarlo como modelo de cultura. La principal fuente de la suya es la afección, la que procede de los buenos sentimientos. Sus formas son correctas, algo *ainglesadas,* pero no culmina por ellas ni sobrepasa el nivel de una buena educación. Fuente científica: ilustrado y nada más; talento claro y modesto, sin merecer ni á mil leguas el calificativo de ignorante; no se ha dedicado al cultivo de las ciencias generales ni particulares.

Macpherson, *G.*—Personalidad modelo de cultura, en que entran por iguales partes la fuente afectiva y estética ó de las buenas formas, pero en la que predomina considerablemente el elemento científico. Descuella en ciencias naturales. Es el primer geólogo de España, y reconocido como tal universalmente.

Llorente, A.—Persona ilustre por su cultura. Sin ser sabio, sin ser un filántropo, ni deja de saber lo suficiente, ni deja de ser un hombre bueno. Distínguese por la corrección y dignidad de formas y conducta, por

el *don de gentes*. Con esta cultura equilibrada, resulta decoro de los salones de la alta sociedad, que por su propia virtud, sin intrigas ni manejos, le abre paso á puestos altos.

Pudiera ofrecer muchos más ejemplares de combinaciones en los elementos de la cultura, pero deseo manosear el menor número de personas; y para comprender los elementos complejos de la cultura y explicar los fundamentos de la gaditana, considero suficiente lo dicho.

Ahora podrá el lector sacar por cuenta propia algunas consecuencias.

Primera: que en el orden jerárquico de la cultura, el elemento de mayor importancia es el afectivo, el ético, el de los buenos y delicados sentimientos. Se puede ser culto sabiendo poco, con instrucción muy limitada: no puede llegar á culto el duro de corazón. La cultura es, por tanto, esencial y eminentemente ética. De ella procede el deseo del *bien parecer;* ó lo que es lo mismo, de presentarnos de un modo correcto, agradable, regular. La Estética, pues, aparece aquí como una hija nacida de la Ética.

Segunda: que la Ética ó moral, procede

del sentimiento del amor. El que bien ama, tiene andado la mayor parte del camino para ser culto. Eso le trae á ser amable, para ser amado; á ser considerado, á ser comedido, á ser discreto, á no herir, ni molestar, ni desgradar á nadie. Le constituye en persona de buena educación; lo que, unido á un mediano despejo ó á una instrucción mediana, alcanza las preeminencias de la cultura.

Ahora bien, el reino de los sentimientos está encomendado y regido por la mujer. Ella, amando á su hijo, le enseña á ser amante. Le *infunde* el amor, y educa y modela sus sentimientos. *Le hace el corazón.*

Esta frase universal en todos los idiomas y que parece figurada, resulta absolutamente exacta.

Preguntando hace poco á mi sabio amigo y antiguo discípulo Dr. Simarro si la psicofisiología, ciencia que particularmente cultiva, había logrado obtener algún resultado interesante de sus recientes investigaciones, tuvo la bondad de darme cuenta de varios, y entre ellos del que paso á referir, porque esclarece el asunto que tratamos.

De las observaciones y experiencias veri-

ficadas para el estudio de las emociones (que, como todos sabemos, son impresiones interiormente sentidas, en correspondencia con estados pasionales y afectivos), resulta que cada emoción produce una vibración en las diferentes partes del cuerpo del individuo observado, la cual puede hacerse objetiva en una gráfica obtenida por medio de un aparato registrador. Dicha gráfica, más ó menos acentuada, presenta su mayor centro impulsivo en el corazón, de modo y forma que concuerdan exactamente con la realidad del concepto que el común sentir de las gentes, por simple intuición, tiene formado de los afectos y que traduce en las frases de: buen corazón, mal corazón, duro de corazón, blando de corazón, pecho sensible, pecho insensible, etc.

Con tales datos parece científicamente demostrado que la mujer es el primer factor de la cultura, factor *sine qua non* de la individual y social. Si sumamos estos datos con los anteriormente expuestos en el curso del presente estudio de la mujer y la cultura gaditana, presumo que no ha de quedar el lector insatisfecho de las pruebas.

Así vemos, comparando la cultura de la

mujer y el hombre gaditanos, que la de la mujer, aunque por término medio menos instruída, es una cultura más propia, más encajada en su sexo; mientras que la del hombre aparece con cierta deficiencia de energía, con cierta finura que le roba fuerzas emprendedoras. Por eso, si se quiere buscar algún gaditano que se distinga por su empuje, es preciso buscarlo entre las personas mal criadas, como Don F. S., que dimos á conocer en la redacción de *El Nacional;* ó entre los marinos mercantes, que por su oficio se vigorizan en los combates con la Naturaleza.

De cuanto se deja expuesto se desprenden las razones que me asisten para declarar más valiosa á la mujer que al hombre gaditanos.

Es preciso infundirle alientos en esta generación. Es preciso que los gaditanos salgan de su habitual indiferencia.

El deber los llama á imitar las virtudes de sus madres, á desenvolver iguales ó superiores iniciativas.

El mundo es grande, grande el mar. Lo tienen á sus pies; reinen en él por la navegación y las industrias del mismo. No esperen que la Providencia los mantenga. Eduquen á sus

hijos para el trabajo y no para la frivolidad.

Busquen y provoquen; luchen contra la fortuna, ya sucumban, ya venzan.

Entréguense á la industria del mar.

Si Cádiz no tiene frutos que exportar, si la importación se ha dirigido á Málaga y Sevilla, busquen la carga en el puerto donde la haya y llévenla á los puntos de consumo.

Si Londres es emporio de comercio, Hamburgo lo es también y otras muchísimas ciudades. De la última zarpan buques cargados de vino, aceite y jabones, falsificados como productos de España.

El sol sale para todo el mundo. Energía, valor, iniciativa, espíritu de empresa: eso se necesita. Y adiestrarse en varias lenguas, contabilidad y geografía comercial. Sed hombres de trabajo, olvidad la estúpida manía de fabricar sabios, que es pretensión de hacer oro por medio de la alquimia. El sabio sale y surge por propia naturaleza; su saber no lo debe ni á sí mismo.

Buena es la instrucción; pero ¡mal haya ese empeño de atarugar á los jóvenes con cinco ó seis textos cada curso, de ciencias diferentes! ¡Mal haya la estéril brega de ha-

cerles perder el tiempo y la cabeza, metiéndoles á taco y mazo las Matemáticas sublimes! Enseñadles lo preciso solamente y de inmediata aplicación. Dejad en paz su memoria, para que despierte su inteligencia: que si para el cálculo tiene aptitudes, al infinitesimal irá por sí: si para cosas concretas, ya las procurará; si para las abstractas, ya las desentrañará, buscando en ello el placer. Abridle tan sólo la puerta de los conocimientos, algunas ideas generales y los métodos de estudio. Con eso basta. Él, por sí mismo, buscará su centro y la especialidad adaptable á sus facultades.

Barcos, barcos; pilotos, maquinistas, carpinteros, calafates, contramaestres, marineros, maestros, ingenieros prácticos (no pedantes, que hagan ó admitan buques descentrados ó andando la mitad de lo convenido), comisionistas, comerciantes, agentes, corredores, banqueros, y... ¿á qué cansarnos? Saca una mujer de la nada, de unos pobres palillos, para vivir ella y sostener á su amo; ¿y no habéis de poder sacar vosotros lo suficiente para la existencia, teniendo el mundo á vuestros pies?

*
* *

Ciertamente, el recinto de Cádiz no permite más número de edificios ni gran aumento de población: pero es preciso que ponga los medios para que la generalidad de las gentes vivan mejor halladas. Además, Cádiz está diciendo á quien tenga vista observadora, que ha surgido de las olas no para ciudad, sino para cabeza de metrópoli.

Cádiz debe ser y tiene que ser, en cuanto sus hijos se lo propongan, lo que es á Londres su *City:* el centro de negocios y de comercio de una metrópoli de muchas millas de extensión. De Cádiz á la Isla existe en embrión un poblado lineal, que sólo exige algún más desarrollo para convertir á San Fernando en un barrio gaditano. De la Isla, Carraca y Puerto Real no se ve intelectualmente sino un todo continuo, con las mellas causadas por la pobreza. De Puerto Real al Puerto de Santa María, cuatro fábricas y unas cuantas casas de recreo llenarían el espacio. Del Puerto á Sanlúcar, siguiendo la curva de la costa, se están pidiendo á voces *docs* excavados en la arena, refugio más seguro á la bahía en los temporales del Oeste, fábricas é industrias no atajadas por la barra del Guadalete, y la población

correspondiente con huertos y arboledas que haga un todo continuo de Cádiz á Sanlúcar.

¿Que tal evolución es sueño, más de poeta que de sociólogo? Sueño será mientras queráis; mientras sigáis mirando con musulmana indiferencia la filoxera en Málaga, sin preveniros con viveros para reemplazar vuestras vides á medida que fueran contagiándose.

Sueño será, si no os conmueve ver el gallardo caserío del Puerto, nido en que nací, deshabitado; sus casi palacios, vendidos por cinco ó seis mil pesetas, para hundirlos y aprovechar sus herrajes, vigas y mármoles.

Que no hay qué hacer, que no hay en qué ocuparse, que para eso se necesita muchísimo dinero y estáis pobres, arruinados y sin tener para comer; que los gobiernos...

¡Callad, no es necesario que os esforcéis! Conozco todos esos argumentos de los pobres de espíritu, incluso el de echar la culpa de todo á los gobiernos. Mal haya la manía de que el Gobierno lo tenga de hacer todo, desde examinar á la comadre de parir, hasta dar teta á los niños de la Inclusa. ¡Así sale ello!

***

Los anarquistas tienen razón. El mejor gobierno es la menor cantidad de gobierno *posible*. En esto aventajan á los socialistas, que negando la autoridad, obligan por contraste de sentido á una regimentación más rígida, autoritaria y seca que la de Esparta.

Con que el Gobierno no ponga obstáculo á que establezcáis fábricas de licores ó jabones, de chocolates ó conservas, de zapatería ó alpargatas, de cualquier cosa exportable con facilidad, os podréis dar por contentos.

¿Que son cosas baladíes para producir riquezas fabulosas? Pues tened en cuenta que cuando el año 73 estuve en Londres, el más rico de Inglaterra, el que en numerario superaba á los Rosthchild, era un viejo fabricante de jabón, que por su mano vendía en una oscura tiendecilla de Hosborne Street.

Diréis que estáis arruinados por causas no imputables á vosotros, sino fortuitas; á la ruina de los viñedos, á la depreciación de los vinos. Ya dejamos contestado el primer punto. Respecto al segundo, conviene no engañarnos. Vosotros, esto es, los que de vosotros eran almacenistas vinateros, comisionistas, comerciantes ó extractores, sois los

responsables. Por el malhadado afán de las ganancias desmedidas y en breve tiempo, mal aprovechando la demanda, forzásteis la extracción. Empezásteis á mezclar los mostos inferiores de *arenas* con los exquisitos de afuera, como si los extranjeros no supiesen apreciar el valor intrínseco de los productos. Continuando, sin embargo, la demanda, porque ni el crédito ni el descrédito producen inmediatamente sus efectos, forzásteis más el embarque, arrastrando los mostos del Condado.

Los consumidores extranjeros bajaron los precios; y todavía vosotros, en insensata fiebre, seguísteis mandando en excesiva cantidad vinos cada vez más bajos. Así el jerez dejó de ser vino de mesa aristocrática, envolviendo en la ruina del descrédito los malos á los buenos, quedando relegados á vino de taberna, en competencia con los italianos y húngaros de ínfima clase.

Ya no hay más remedio que desandar lo andado. Todavía, y á pesar de los pesares, quedan soleras exquisitas. Todavía puede readquirirse el crédito perdido.

No sirve decir que no, moviendo la cabe-

za. Yo probaré que sí con hechos vivos y fehacientes.

Dos caballeretes jerezanos de medio pelo, más por aburridos que por sus opiniones políticas, decidieron irse á probar fortuna á la facción en la última guerra carlista.

Buenos muchachos y pundonorosos, cumplieron como tales; hasta que la derrota de su causa les obligó á entrar en Francia. Sufriendo las penurias de emigrados, sin oficio ni beneficio, se encontraron frente á frente con la miseria: pero lo que nunca hubiesen hecho en Jerez, trabajar personalmente en un oficio humilde, se decidieron á hacerlo fuera de la patria. Se acomodaron en Marsella de mozos de café.

Allí vieron que algún parroquiano que otro solía pedir una copa ó una botella de vino de Jerez. Vieron que el del establecimiento no era tal, sino falsificado brevaje de Hamburgo y otras partes, por el que se cobraba demasiado precio.

No echando la observación en saco roto, propusieron á su principal suministrarle verdadero vino de Jerez á precios convenientes: aceptada la oferta, un hermano quedó en

Marsella, el otro volvió á la tierra, y á plazos adquirió algunos barriles, que embarcó para Francia. Vendidos, se repitió la faena; y de poco á algo más, y á más y más, en una época en que el negocio de la exportación estaba ya en la mayor decadencia, cuando las antiguas y acaudaladas casas extractoras apenas hacían negocio, esos buenos y laboriosos hermanos jerezanos levantaron la suya de la nada, siendo hoy una de las más respetables.

Causa grima ver sindicarse las fábricas de azúcar, para no producir entre todas más cantidad que la del consumo interior. Camino cerrado. No es esa la solución. La solución social consiste en producir lo más posible, al menor precio posible. Así se aumenta el consumo en proporción mayor que lo producido, estableciendo un nivel natural no suicida.

Esos fabricantes me parecen análogos á los egoístas y sucios matrimonios que conciertan el número de hijos que quieren dar á luz.

¿Fabricáis demasiado azúcar? Pues dadlo más barato. ¿Perdéis dinero? ¿No podéis exportar el sobrante en forma de azúcar? Pues

exportadlo en forma de licores, almíbares, jaleas y confites.

¿No es vergüenza que importemos de Inglaterra naranjas y limones mermelados, albaricoques confitados de Francia, teniendo las naranjas en casa y echando los albaricoques á los cerdos?

No hay excusas, no hay excusas; trabajando con buena voluntad se abaten las montañas. Ferrocarriles económicos pueden poner á Cádiz á una hora de Sanlúcar, permitiendo vivir en ella ó en los puertos con las familias y asistir en Cádiz á los escritorios, volviendo á casa antes de la caída de la tarde.

De este modo puede Cádiz llegar á ser el corazón y la cabeza de una metrópoli que circunde su bahía, con un millón de habitantes.

Sierra Morena, Dehesa de Choza Redonda, 16 de Mayo de 1902.

EPÍLOGO

18 de Junio de 1902.—Madrid.

Acabo de leer los anteriores apuntes, de cuyo génesis dí cuenta en la advertencia preliminar.

Los he leído para ver si he alcanzado el fin que me propuse: estudiar la mujer gaditana bajo su aspecto social; inquirir si se diferencia ó no en algo, del resto de las mujeres españolas; caso afirmativo, investigar los motivos de la diferencia; y ultimamente, ver si del resultado del estudio surgía alguna enseñanza ó se indicaba algún camino utilizable para la solución de alguno de los árduos problemas de la sociología práctica.



Leídas las cuartillas, quedo en duda.

Escritas en la penumbra intelectual de los insomnios que acompañan á los achaques de la

vejez, no me parece que he acertado á lograr mis propósitos. El pensamiento queda en oscuro por la mayor fuerza de iluminación de las personas sobre quienes recaen las observaciones, pareciendo más bien cuadro de semblanzas que labor de meditación.

Verdaderamente, mi propósito estaba limitado á escribir unos apuntes: breves notas en que, sin énfasis ni aparato, surgieran de la imagen de la vida corriente los elementos y factores de la misma, sus condiciones y necesidades.

De no lograr este propósito, mi labor es estéril; su lectura, cosa de pasatiempo.

¿Qué hacer en estas dudas?...

No sé... Pensarlo hablando conmigo, dejando deslizar el ánimo por esos soliloquios que entabla, cuando se siente preocupado. Así, una cosa parecida á la que expresaba Lope de Vega en su inmortal romance:

De mis soledades voy,
De mis soledades vengo;
Porque para hablar conmigo
Me bastan mis pensamientos.

Hablo, pues, conmigo; escríbolo para que no lo borre la memoria. Luego, veré.

Los problemas sociales... Nada hay al presente que tanto nos conmueva. Cosa extraña en una época de tanta indiferencia, cuando acabamos de perder media España sin derramar una lágrima.

¿Será miedo á lo pavoroso y oscuro?

Puede ser en los amenazados; no en los amenazadores.

¿Entonces?... Entonces, es que deben tener más altos fundamentos.

¿Cuáles pudieran ser?

¿El hambre, ó mejor, la sed que toda criatura siente de un más allá, de mejor estar y de progreso?

Paréceme que sí.

Pero no basta: todos aspiran á estar sanos; por no estarlo, no levantan polvaredas.

Entra como un factor; debe haber otros.

Hambre de pan, no puede ser. No sale el vocerío de los lugares de mayor pobreza, antes reina en ellos silencio sepulcral. El hambre de pan debilita. Más parece apetito de fuertes, imperioso impulso de pasión, *sed de ser*.

Sí, eso parece: pasión de muchos, pasión colectiva, sentida por diversos y contrarios

modos que contrastan y luchan, que conmueven las masas de abajo para arriba y de arriba para abajo, como el agua encerrada en caldera de hierro puesta al fuego.

*
* *

¿Y quién da aquí este fuego?...

¿La Naturaleza?

¿La Providencia?

Una de dos tiene que ser.

¿Cuál?

Heme aquí delante de la esfinge. Heme aquí rendido ante el gran problema de lo conocido y desconocido, de la Ciencia y la Fe...

Bastantes pensadores salen del atajo, prescindiendo de los *primeros principios;* declarándolos en huelga; negando la Fe como religión, la Providencia como hipótesis filosófica falsa, innecesaria.

Quédanse sólo con la Naturaleza, con lo objetivo, con lo que puede verse y palparse.

¿Pero en la Naturaleza se ve y se palpa todo?

Menguadas quedarían las ciencias natura-

les si no dijeran más que lo que vemos y tocamos. Empezando porque la Naturaleza es demasiado grande en su conjunto para alcanzar á verla ni tocarla, y demasiado pequeña en sus partes para tocarla y verla.

¿Qué es, pues, esa Naturaleza, sino un concepto vago de la mente, un otro primer principio como los demás?...

—«Esto me parece cierto. Pero, ¿por qué te contradices? ¿Por qué haces gala en los apuntes de seguir el método de las ciencias naturales, estableciendo tus juicios en la observación objetiva de cosas y personas?...»

A tal pregunta sí puedo contestar sin vacilar. Sigo ese método por ser el más seguro, porque me permite á cada instante cotejar el objeto ó sujeto con la idea, porque el lector puede contrastar por sí mismo mi pensamiento con el suyo, y ambos con las cosas sobre que juntos discurrimos.

No implico en esto contradicción con los principios.

No niego á Dios, no tengo para qué negar la Providencia ni sus leyes. No tengo para qué negar la Naturaleza. Digo que todas estas cosas corresponden á la Fe. Que por ella

siento, aunque no comprendo, el tiempo y el espacio indefinido. Que por ella siento una ley que rije y á la cual obedecen la vida y la historia. Que por ella siento, y algo más, percibo, un Sér Supremo, autor *per se* de lo que fue, de lo que es y de lo que será.

Ninguna de estas cosas sentidas y no comprendidas puede servir para estudiar las ciencias: sería querer sacar de lo desconocido lo ignorado. Es más sencillo y más seguro ver de sacar de lo conocido algo que esté por conocer.

—«Pues entonces, ¿de qué sirven los primeros principios? Tú, con la corriente actual, los rechazas también.»

No los rechazo. Los admito, los defiendo como cosa de que no podemos prescindir; pero en el campo de las investigaciones científicas no me valgo de ellos. Tomo uno solo para que me sirva de *primera hipótesis*, porque sin éstas nada se puede construir; y aun siendo falsas, son interinamente necesarias para la constitución y el progreso de los conocimientos.

Así las cosas, considero más racional partir de la fe en Dios que partir de otra hipó-

tesis menos sentida y no mejor conocida ni explicada: el Caos, la Naturaleza, los Hados, la Casualidad, la Nada, el No-Sér viniendo á Ser.

¿Pero á qué me debato en lo interior de mi propio pensamiento?

¿Queréis prescindir de los primeros principios? Sea en buen hora. Hacedlo si podéis...

Pero queda en claro ante mi propia conciencia que no por estudiar con el método de las ciencias naturales los problemas sociológicos, niego la existencia de los primeros principios.

Es más, declaro que, aun siendo incomprendidos, es audacia y ligereza declararlos *incognoscibles*. ¿Quién puede asegurar que siempre lo sean en el porvenir?

Nuestra mente no tiene hoy facultades para ello.

¿Las tendrá mañana?...

¿Vióse la electricidad antes de Thales?

La conoció en sus efectos, al igual que un patán de nuestros días.

Luego hoy es cognoscible para el ignorante lo que anteriormente no lo era para el sabio.

Examinemos, observemos y estudiemos en primer término tantas cosas inmediatas como ignoramos, pero huyamos del escepticismo que declara incognoscible lo desconocido. Lo que sea, ya se llegará á ver qué es. Lo que no sea, ya se llegará á ver que no es.

Entretanto, prosigamos la labor, acreciendo el círculo de nuestros conocimientos: ó lo que es lo mismo, amenguando el círculo inmenso de nuestra ignorancia.

¿Pero adónde va mi desatado pensamiento, y qué lo ha traído aquí?...

Leeré lo escrito... Ya veo: explicaba cómo y por qué ni el método objetivo ni sus procedimientos implican negación ni afirmación de los primeros principios; que mi individual entendimiento me los presenta como una hipótesis necesaria, y que prefiero tomar como primer principio á Dios que al Caos, al Destino ó á la Fatalidad. Declaraba últimamente que no existe ni debe existir lo *incognoscible,* y que toman por tal lo que sólo merece la calificación de *desconocido.*

Y bien; de todo esto, ¿qué se saca en limpio para el problema social?

Vaya que sea nada.

Puede que una impertinencia.

¿Borro? Déjola correr. Esto es más breve que decir lo que me ocurre.

Lector, duerme. Te he cansado.

Si puedes, sígueme mañana.

*
* *

Pretendía examinar los orígenes de la conmoción pública que con las opuestas banderas, Socialista y Anarquista, conturba hoy los ánimos del mundo civilizado.

Decíamos que era una *pasión colectiva tónica, impulsiva:* no atónica, cual la producida por el hambre; sino que más bien consistía en una sed de llegar á ser.

Sí, en síntesis, es esto más que otra cosa: el hombre material que sacan á cuento, es una expresión figurada; porque no hay que darle vueltas, el hambriento de pan es sumiso, y hasta besa la mano de quien le da un pedazo. Dicen que tienen hambre, porque no saben explicarse de otro modo.

¿Qué hambre puede tener el ajustador socialista que gana cuatro duros diarios? ¿Qué el regente de imprenta ó el cajista que gana

más que el autor del escrito ó el redactor del periódico? ¿Qué el médico acreditado que vocea entre las huestes anarquistas? No es hambre, en puridad; entra en algo, pero en una mínima parte.

Está la pasión mucho mejor y más exactamente expresada diciendo: que es *sed de ser.*

¿Pues no son? ¿Qué les falta?

Imparcialmente y sin hipocresía, muchas cosas. A algunos hasta pan suficiente. Á casi todos, educación é instrucción: *cultura.* A los más, la satisfacción de las necesidades fisiológicas, que no sólo de pan vive el hombre. Y luego... Me asalta una duda: *¿tendrán sed de justicia?*

No estoy seguro. Para afirmar cosa tan grave, se necesitan datos múltiples, desapasionados y precisos. Que un obrero, conocido anarquista que predica la propaganda por el hecho, sea encarcelado y tratado duramente á raíz de una hecatombe de niños inocentes y personas inofensivas, nada dice. Más injusto resulta él, aprobando tan sangrienta conducta. ¿Están los ricos, por ventura, exentos de padecer por injusticia?

No. Hay muchas declaraciones que repugnan en ciertos labios. En mi tiempo, los conspiradores políticos iban al patíbulo serios, mudos, con el rostro sereno. Los que, aun sin conspirar, por ser de este ó del otro color, eran encarcelados y maltratados, lo sufrían en silencio, sin gritar como viejas, ni plañir pidiendo á los mismos que los condenan que se conviertan en vengadores de sus agravios.

Pero recuerdo bien que siendo niño, un anciano me contaba cosas de su tiempo; y entre ellas, al ver pasar una criada emperegilada, después de refunfuñar incomodado, se dirigió á mí y me dijo:

—¡El mundo está desquiciado! ¡No sé adónde vamos á parar! ¡Esa criadilla mejor vestida que una señora! ¡En mi tiempo podía suceder eso! Mi padre dió una paliza á un maestro zapatero, porque llevaba un chaleco de seda. Y tal paliza fue, que de resultas murió.

Y yo le pregunté:—¿Llevaron al padre de usted á la cárcel?

Y él me contestó con la mayor naturalidad:—Mi padre era coronel de granaderos Murió en el Sitio de Gibraltar. El zapatero

burlaba la pragmática que prohibía usar á los artesanos prendas de seda.

Después, y durante la mayor parte de mi vida, los obreros, los trabajadores y hasta los mercaderes eran gentes menospreciadas, cuando menos; despreciadas, con frecuencia.

¿Queda algo de esto?

Los demócratas de mediados del siglo XIX, luchando hasta el 73, firmaron, sellando con su sangre, los derechos individuales, igualando á los hombres ante la ley. Desde entonces, toda persona es persona. Se han convertido en hombres muchos que política y aun jurídicamente no lo eran. Ni lo saben apreciar ni lo agradecen; pero, en cambio, echan de ver lo que les falta. Siéntense desigualados é inconsiderados. Soterrados bajo otras capas sociales, que no trabajan corporalmente, pugnan por romperlas y remontarse á la superficie.



La lucha está empeñada y no puede cesar. ¿Es un mal? ¿Es un bien?

Pensemos sobre ello.

Algo tengo pensado hace algún tiempo, cuando en noches de insomnio, para distraer dolores físicos, escribí otros apuntes de Sociología, titulados *La Felicidad.*

No quiero recordarlos. Huyo de lecturas ajenas cuando medito. Huyo de lo que yo mismo he dicho. No quiero la sugestión ajena ni la propia. ¿Veo como antes? Bueno. ¿No veo como antes? Mejor. No me duele la inconsecuencia. Que el lector escoja una ú otra opinión ó se quede sin ninguna. Si le hice pensar con mayor acierto, ¿qué más quiero?



A quienes gozan del bienestar de la holgura y aun del malestar de la sociedad producido por las abundancias y riquezas, no hay qué decir si les parecerá un mal horrible, una amenaza aterradora y una injusticia que clama al cielo.

A los que, sintiéndose hombres y personas como los demás, se ven reducidos al producto inseguro de sus brazos, insuficiente en ocasiones para satisfacer sus necesidades fisiológicas, cuanto halague y les esperance de sa-

ciar su sed les parece muy bien; y mejor, lo más violento é inmediato.

Bien mirado, no hay tanto qué temer del propósito como de los medios de realizarlo.

El propósito es justo, natural; está conforme con la ley de la historia, que es la ley de la naturaleza humana.

Nada más general que la aspiración á mejorar de estado. Sin ella no cabría progreso. En los racionales es el acicate de la civilización. Da pábulo á despertar los ideales.

Sería desoladora la situación presente si viviésemos sin esperanzas y sin ideal para llevarlas á la realidad.

Quéjanse hoy muchos de la falta de ideales. No reparan que los tienen delante de los ojos, que atruenan sus oídos y á no pocos les angustia el corazón.

Ese ideal es hijo del legado por el siglo XVIII, realizado en el XIX incompletamente y que reclama su entero cumplimiento.

Oigo que alguien dice:

—¡Buena Igualdad, buena Libertad y buena Fraternidad nos dé Dios, si llegan á cumplirse las amenazas y hecatombes fieras de esos apóstoles de la fraternidad!

Pero téngase en cuenta que todo cambio implica un poder ó, en su defecto, una violencia.

La sociedad actual, para evitar la última, necesita ir dando poder á los que de él carecen.

El primer elemento que necesitan es el de la *cultura*. Podemos entendernos con las personas en quienes domina la razón. Nadie puede entenderse con las groseras y brutales en quienes, ciega, domina la pasión; ni ellas mismas entre sí.

Bien lo conocen los más inteligentes y avisados. Y es necesario cerrar los ojos á la luz ó confesar que en este camino de la cultura, la clase obrera, de diez años á esta fecha, ha dado un paso gigantesco (1).

Los que formaron parte de la Comisión que hubo de presidir la primera información obrera verificada en Madrid, son buenos testigos de mi aserto. Acudieron bastantes in-

(1) No se olvide que escribo de España, en España y para España. Lamento que nuestros escritores sean, por lo general, meros repetidores de lo que leen en libros extranjeros. La cuestión social, aunque sea una en el fondo, varía considerablemente en cada localidad.

formantes. Unos se redujeron á decir vaciedades; otros, á ponderar quejas más ó menos fundadas; los más, á desahogarse en amenazas y hasta groseros insultos contra los pacientes individuos que constituían la Comisión informadora. Miembro hubo de la misma, que, no pudiendo sufrir tanta grosería, dejó de concurrir á las sesiones.

Compárese con el estado actual.

Es cierto que por entonces no habían ocurrido horrores como los del teatro y la procesión de Barcelona; pero eso consiste en que el partido obrero se ha dividido en dos, socialista y anarquista. El socialista ha entrado en el período de reflexión; y el anarquista, quebrantado su poder, ha elegido el camino de la pasión y la violencia.

Dicha división está en la naturaleza de las cosas, es un hecho orgánico tan propio como la separación en capas de la tierra. El socialismo comienza á sedimentar y capacitarse para dar fruto. El anarquismo está en fusión de aguas hirvientes y limos revueltos.

El socialismo, por tanto, viene á ser el antemural, ó mejor, la playa de arena que amortigüe el oleaje anarquista, dando lugar

á que á su vez se sedimente y logre por la razón lo que no logrará por la violencia.

Nótese bien.—¿Qué se proponen de consuno socialismo y anarquismo?—Pues igualarse á los demás en el banquete de la vida. —¿En qué difieren?—En los medios.—El socialismo, uniéndose los individuos, dejando su libertad individual depositada en la colectividad; el anarquismo, por contrario modo, pretende que el individuo sea su propio gobierno, sin traba, pacto, sociedad, asociación ni ley que le sujete.

Un solo propósito y dos caminos opuestos.

A primera vista parecen cosas antitéticas é incompatibles.

En absoluto, sí. En relación al tiempo y al espacio, no. Tanto cimenta el granito como la roca calcárea; y unas y otras, las anteriores y las posteriores, vienen con sus detritus á formar, conjugados, nuevos asientos sólidos y más feraces.

Sostengo, pues, como hecho de observación, que la clase obrera ha adelantado en cultura de pocos años á esta parte considerablemente. Compárese la información referida con el resultado del concurso abierto

por el Ateneo de Madrid, ofreciendo premios á los obreros que escribiesen sobre determinados temas sociológicos.

Tales eran algunos, tan literarios y bien pensados, que quizá cometiese yo alguna injusticia, maliciando que sobrepasaban la cultura de la clase, siendo labor de amanerado literato.

No embarga á la fuerza de la comparación el hacerla entre unos informes orales y un concurso por escrito.

También en la información se leyeron varios.

Demos por inválida la comparación.

¿Pues quién podrá negar que entre los mítins de trabajadores de entonces, y los que celebran actualmente, hay más diferencia que del día á la noche?

En aquéllos todo se reducía á alborotos, declaraciones, amenazas y sandeces. Hoy, ya quisieran muchas sesiones de señores diputados parecerse á las suyas. Sin énfasis, sin palabrería, tratan seriamente los asuntos, muchas veces con sencilla y verdadera elocuencia, no pocas con singular acierto.

¿Hay más qué ver? La señal más positiva

de que un partido extremo ha llegado á la madurez, consiste en la interior disciplina.

Por carecer de ella abortó la República, después de la renuncia de Don Amadeo. Han pasado muchos años, y continúa el partido republicano tan indisciplinado como entonces.

Los socialistas, proclamando que no reconocen jefes, obedecen á los correligionarios que muestran más talento y probidad, pudiendo éstos hasta contradecir y oponerse á las corrientes de la mayoría cuando por apasionada se extravía.

¿Cuándo pudieron hacer otro tanto los prohombres de la República, sin que el apóstrofe de *traidor* les quitase toda autoridad?

—«Pues bien, dirá más de uno, puesto que tan guapas personas son déjeles usted venir. Entrégueles su mujer y sus hijas para que realicen en medio de la calle el amor libre. Déles usted sus fincas y el dinero de sus ahorros. Preséntenles el pescuezo por si quieren saciar su sed de sangre burguesa ¡y viva la Pepa!»

¡Ja, ja! Todo eso oía en los mítins socialis-

tas de antaño, y de modo tan desgraciadamente cómico que me hacía reir. Hoy, si algún beodo dijera eso, las risas de sus compañeros le dejarían mudo en su rabieta.

Cierto que cosa igual ó parecida se lee en libros extranjeros. Son de anarquistas que padecen sociológicamente una enfermedad del día, que estraga algo la ciencia, y sobre todo, el arte: la ciencia en su aspecto filosófico y sociológico, el arte en el dibujo y la pintura; responde á un estado de rebeldía del espíritu contra la propia impotencia.

Así conducen el arte al risible resultado de hacer mamarrachos exprofeso, y la novedad científica al dominio de una casa de orates. No nombro escritores ni artistas. La epidemia no ha entrado aún en nuestros escritores, pero sí en muchos de nuestros artistas.

Por el momento, esas demencias no dejan de tener sus ventajas. Pronto pasará la moda, y cuando pase servirán de lección para preservarse de otros extravíos.

—«Todo estará muy bien; pero entre tanto, si porque lo publicó en letras de molde un K. ó un L., se le antoja á un iluso hacer efectiva la propaganda por el hecho, poniendo

una bomba cargada de dinamita en el portal de mi casa, me divierto como hay Dios.»

—Es muy cierto. Pero con más frecuencia revientan los viajeros en los trenes. No hay día en que los tranvías de Madrid no causen alguna horrible desgracia.

Procuremos asegurar la policía de carruajes y de trenes, ó renunciemos á estos medios de locomoción volviendo á los de San Francisco.

Renunciemos los burgueses á nuestra vida actual, y descubramos la barriga para que se caliente los pies el barón ó rico home.

—«Para los ferrocarriles están los perfeccionamientos industriales y la mejor policía; pero ¿y para los de la acción?»

Pues sacarlos al sol: como el humo al hurón, hacerlos huir de las sociedades secretas, dejarlos que en público se quejen y hasta que se desahoguen en amenazas; y si recurren á vías de hecho, metedlos en un manicomio.

El caso está en que, en el seno mismo de ese delirio, se agita un sentimiento y una idea que se irá purificando de su escoria para llevarnos á un estado mejor.

Estoy cercano al fin. No espero nada fuera de la misericordia divina. Pasó mi siglo. Puedo decir que pienso muerto. Dejo á mis hijos y mis nietos entre la burguesía y la clase trabajadora. Para vivir de mis ahorros, tienen poco; para vivir de su trabajo, cuentan con lo bastante.

¿Quién, por acaudalado que sea, tiene la seguridad de que sus hijos no tengan necesidad de vivir de su trabajo manual?

Pues dignificad el trabajo para que vuestra descendencia no resulte menospreciada. Procurad acrecer el producto del trabajo, para que no sufra los rigores de la pobreza.



¿Pero cómo se hace ese milagro?

Meditemos... *Cultura.* Ya sabemos lo que es. Lo hemos estudiado en Cádiz. Cultura: *complexo de buenos sentimientos, resultado de formar el corazón; labor de madre.* Condenemos y combatamos el celibatismo masculino y femenino. Alto á la monásticomanía. La que no tenga inclinación á ser casada, que sea pura madre. Siempre hay huer-

fanitos abandonados, siempre hay algún desgraciado hijo de los arrebatos de la carne. Sea madre, cuando no pueda ser esposa. Si es pura, entonces sí que podrá llamarse hija de María. Si no fue pura, sea Magdalena, lave con sus lágrimas á su hijo y su pecado.

Deje la sociedad de ser farisáica. Deje de hundir y pisotear en el fango á la caída, mientras se pavonea en los salones de la gran adúltera.

Cultura: labor complexa de la planta humana, labor del corazón, ya lo hemos dicho, elemento ético. Labor de cuerpo, sus formas y maneras, elemento estético; labor mixta de la sociedad familiar y de la sociedad general, aseo, limpieza, vergüenza, decoro, deseo de agradar y de bien parecer. *Instrucción:* no apeguñada, ni memorista, ni pedante, instrucción suficiente y proporcionada al destino de la criatura. *Elemento científico:* necio hacer perder el tiempo estudiando latín al que va á ser piloto, necio graduar de Bachiller al que pretende ser ingeniero de caminos.

Resulta, pues, que la cultura abarca tres

esferas educativas: la Ética, la Estética y la Científica.

De aquí en adelante, y fuera del nivel general que debe comprender desde el que va para obispo hasta el que va para hacer zapatos, cada cual debe quedar capacitado para ser su *autodidacto:* quiere decir, para estudiar, investigar y posesionarse de cuanto contenga y pueda contener la esfera ética en sus dos aspectos teórico y práctico. Lo mismo digo de la estética. Igual, de la esfera científica. Siga ya solo, desde los rudimentos de todo hasta el último peldaño de la ciencia. Proporciónese por sí mismo los medios en cátedras, museos y laboratorios. Suprímanse los títulos profesionales. Sea abogado el que sepa abogacía y á quien el público conceda el título de su confianza.

Si el público se equivoca, menos mal que si lo engaña un tribunal autorizado, asegurando en título oficial que un solemne majadero es todo un sabio.

Con esa educación mínima universal, que no excluye ni se opone á los desarrollos ilimitados individuales, ya obtendremos el factor principal de los problemas sociales: igual

dignificación desde el prócer al que labra la tierra con sus manos.

¿Pero cómo ha de llegar á igual respeto el señor Magistrado que el destripaterrones? Pues si el destripaterrones está éticamente mejor educado que el señor Oidor, llegará por su propio peso; si el uno, aun sabiendo leyes y el otro no, es un egoísta, un *bon vivant*, y el trabajador del campo un altruista, un buen padre de familia, de más altura ética y estética, llegará á superarle en el respeto, desde el instante mismo que los viciosos prejuicios sociales en que vivimos no lo impidan.

¿Que no puede ser? Decid más bien que no es hoy. Por eso mismo es preciso que lo sea mañana.

Quiero que mis hijos, si son soldados como deben ser, sean tan respetados y respetables dentro de la subordinación jerárquica como pueda serlo el general.



Entiendo sinceramente que resuelta la cuestión de honra, la de provecho es secundaria.

¿Mereceré el calificativo de optimista, como algunas personas sensatas me reprochan?... No sé. ¡Es tan difícil juzgarse á sí mismo!

Luchando por oficio con las enfermedades y la muerte, traspasado el corazón por dolorosos desengaños, sabiendo lo que ignoro; amaestrado en el peligroso é ingratísimo trabajo de las pasiones políticas, rey un día de la popularidad, objeto de sospecha y de reojo tiempo más largo, ¿de qué optimismo he de pecar? Sé lo que se cura y lo que no se cura. ¿Me equivoqué alguna vez? – Bastantes veces. ¿Acerté alguna vez?—En la gran mayoría. Quiero decir, que en la ciencia humana el régimen general es el acierto, aun tratándose de asuntos tan difíciles como los del diagnóstico y pronóstico.

Sé y conozco lo mucho que ignoramos. Pero ¡cuánta diferencia de antes á después! Innúmeras enfermedades eran desconocidas cuando comencé el ejercicio de mi profesión, que hoy han salido del profundo caos de lo ignorado.

Numerosos padecimientos incurables han venido á ser curables. ¿Quién en vista de esto, y cualesquiera que sean los desengaños sufri-

dos, duda del progreso y del positivo adelanto de la ciencia?

Si he tocado por mí mismo la grosería de las masas, si experimenté las desagradables y ruidosas manifestaciones de sus arrebatos entusiastas y de su injusta veleidad, ¡cuánto no veo de grande y noble en aquellas muchedumbres que, bien ó mal llevadas en su impulso, iban á la muerte por una idea, quizá por un indefinido sentimiento, envuelto en la palabra Libertad!

¿Y fue, por ventura, estéril aquella sangre generosa?

¡No, y mil veces no! Por su riego surgió la democracia. Su valor impuso la tolerancia y el respeto á las opiniones políticas. Cesaron de estar las personas á merced de cualquier polizonte. Cambió el régimen de persecución y de violencia en los Gobiernos, y cesaron las barricadas.

¿Qué nos queda? De la intolerancia religiosa, no poco. De su pesadumbre clerical, más que en tiempo de Bravo Murillo y de Narváez.

¿Y qué más queda?

Para la generalidad, el temeroso problema

socialista. Para mí, la Libertad y la Igualdad por que he luchado. *El ideal de la Fraternidad no cumplida*, oculto en las banderas socialista y anarquista.

*
* *

—«Ilusión de revolucionario impenitente. ¡Qué ideal ni qué calabazas! Envidia del bien ajeno; furor de plebe, más hambrienta de orgías que de pan. Ese, ese es el único ideal de las presentes muchedumbres.»

¿Será verdad?

Proclaman: Muerte al capital, muerte á la burguesía.

Reparto de la tierra y de lo que esté encima y debajo de la misma: palacios, edificios, muebles, artefactos, máquinas, granos, frutos, todo lo que constituye el tesoro de las clases privilegiadas.

Y sobre esto: Muerte al Estado, muerte á toda autoridad, muerte á las creencias.

«Todo para los que trabajamos con las manos y no tenemos nada.»

«Muerte para los demás.»

«Amor libre.»

Pues es verdad. Hasta el presente, tal es el programa que nos ofrecen.

Hay, sin embargo, una cosa que observar. Eso decían la generalidad de los socialistas cuando la primera información. Hoy la mayoría se muestra más sensata. Abandonaron tal programa; sí, pero lo recogen los anarquistas y con furia mayor lo afirman en sus logias secretas, de donde salen los secuaces para esgrimir el puñal ó hacer estallar la dinamita. Hay más, despliegan al aire ese programa. Sus apóstoles lo imprimen y lo esparcen impreso como evangelio de iras, odios, venganzas y muertes.

—¿Qué contestas á todo esto?...

—Ya tengo contestado: *es el delirio de una fiebre.*

La sociedad las padece siempre que se avecina un cambio.

Mientras ese programa delirante subsista, estad tranquilos. No tenéis más qué temer sino el sobresalto que pueda producir el escape de algunos dementes de las casas de orates.

Ahora, cuando sustituyan ese programa, expresión de la furia de la impotencia, por

otro que sea la expresión de la firmeza en la razón y la justicia, el que quiera conservar su inútil oro, que lo entierre; siga el ejemplo de los judíos cuando fueron expulsados.

***

Haciendo examen de conciencia, considero más peligrosos para la burguesía á los que piensan, si no acertada, humanamente, sobre las cuestiones sociales, que á quienes proclaman sangre y exterminio.

¿Estaré entre los peligrosos?

No lo sé.

Si lograse resolver alguno de los problemas que dificultan la realización de una cualquiera de las mejoras aspiradas, es indudable que mi labor resultaría odiosa para los que sienten interés contrario.

Dignificar las clases que viven de su trabajo personal por medio de la educación, lo dejé señalado como el primer remedio.

Para ello es indispensable no caer en el error de confundir la educación con la instrucción. Con que todos sepan leer, escribir y contar, basta. Lo que más se necesita es

educación. El maestro y la maestra no son suficientes. Niños y niñas pobres, niños y niñas ricos, deben ir juntos á la misma escuela gratuita. Madres y hermanas pobres, madres y hermanas ricas, deben concurrir jueves y domingos á las escuelas, no para ver cada una á su hijo ó hermano en particular, sino para verlos á todos y hablar con todos, hacerles jugar, cantar en coro, bailar y representar escenas. La educación primaria gratuita y bisexual es el primer factor y más eficaz para obtener en poco tiempo la suficiente cultura.

El Gobierno que llevase á cabo tal medida, haría más en pro del socialismo que mil fanáticos cargados de dinamita.

*
* *

Conviene, sin embargo, no engañarnos. Las clases trabajadoras dan más importancia á sus apetitos bajo el aspecto económico, que bajo el aspecto ético. Entre más *consideración* y más *pan*, opta la mayoría por más pan. Entiendo que eligen mal. Cultura y respeto traen honra y provecho. No sólo de

pan vive el hombre. Pan sólo no da honra; más bien la quita, llevando á la glotonería.

Véase en ejemplos: frente al movimiento de socialistas y anarquistas se levantan, en traje mitad blanco, mitad negro, quiero decir, mitad anarquista y mitad socialista, los sindicatos de capitalistas, ó sean las asociaciones de capitalistas llamadas *trusts*.

Son socialistas, por cuanto *se asocian* con el fin de explotar, acaparando una industria ó negocio. Resultan socialistas de la peor especie, porque los obreros procuran asociarse para no ser explotados, pero los capitalistas se asocian para explotar á los demás.

Por otro lado, toman de los anarquistas lo peor y de la peor manera. No reconocen ley ni autoridad moral; y respecto á las leyes económicas y políticas, las eluden por el soborno y las amañan á sus usos. Y todo por tener pan, mucho pan; ó lo que es igual, oro, mucho oro. Y en efecto, se cargan de oro. ¿Y qué? ¿Qué ganan con eso? ¿Obtienen la verdadera estimación de las gentes? Al contrario. Una turba de parásitos les rodea, que humillada por delante, les hacen muecas por detrás. Las mujeres hermosas, los hombres

notables, se rinden á su oro. ¿Y para qué? Para encontrarse frente á frente con su hastío, y no percibir otro olor que el de su corazón podrido y el de los comprados igualmente podridos.

¡Los goces de familia! ¿Adónde van los goces de familia de esas gentes?

Compran príncipes perdidos para casar á sus hijas. ¿Y qué? ¿Qué bienes, qué venturas alcanzan, qué paz, qué dicha? Oro, flato, dispepsia, hastío, insatisfacción: todo el cúmulo de penalidades que acompañan al corazón vacío y que constituye la más terrible de todas las infelicidades, la infelicidad de los que viven hartos.



Toda exuberancia es monstruosa. La Naturaleza pone límites á todo, á lo chico y lo grande, al mar y al inútil polvo. Máximo y mínimo no pueden traspasarse. Más pena, después de sus afanes, quien acumula riquezas innecesarias, que quien por no tener ni lecho en que morirse se muere en un camino.

Daña, pues, al hombre y resiente á la so-

ciedad lo desmedido. Ni tanto, ni tan poco.

Ni oro para comprar maridos regios, ni penuria tanta que falte el pan de cada día.

Pensemos, pues, en el segundo problema: en el *Problema económico.*

***

Hay que confesar que, si de menos importancia que el problema ético, es de más difícil solución. Éste es igual en todas partes, en todas partes se resuelve de igual modo y con el mismo fruto. Aquél ya es otra cosa; varía con relación á tiempos y lugares y otras muchas circunstancias, de tal suerte, que lo que puede servir para Galicia sería desastroso para Extremadura y viceversa.

General, no hay más en él que la aspiración á obtener mayor producto del trabajo con menor tiempo de esfuerzo.

La sociedad es una entidad humana cuyas raíces profundizan hasta el átomo que se formó primero en el instante de la creación. No existía el hombre en la superficie de la tierra, y ya se preparaba la asociación de las moléculas para formar cuerpos compuestos. Apa-

rece la vida vegetal y se declara como una asociación de organitos simplicísimos constituyendo órganos asociados á su vez, para formar un individuo colectivo de mayor jerarquía. Sigue el proceso en el reino zoológico, y ya sorprende ver en muchas de sus especies verdaderos *Estados* regidos por un individuo de la misma asociación.

¿Qué más hace el hombre esencialmente sobre tal respecto que no hagan la hormiga, la abeja, el cuervo, las grullas, los elefantes y tantos otros animales que viven en sociedad?

Teniendo su origen tan hondo, ¿quién es el insensato que juzga posible arrancarlo de cuajo, ni volver, por titánico esfuerzo, lo de arriba abajo, en un solo momento?

Los que vemos, confesamos y nos dolemos de que en la sociedad humana no reine la justicia, lo que podemos hacer se reduce á proclamar y *establecer* su imperio.

Resulta, por consiguiente, un asunto esencialmente ético; un tema moral. Y no hay que engañarse: sin mejorar moralmente á obreros y patronos, no habrá paz y satisfacción para los unos, ni pan y satisfacción para los otros.

Por desconocerse la verdad de este principio, van dándose de calabazadas turbas y publicistas, proponiendo remedios ciegos, peores que la enfermedad, hasta llegar á las demencias señaladas páginas atrás.

La cuestión económica tiene una solución positiva, no las negativas que se piden.

«Muerte al capital.»

¿A qué conduce?

¿Qué puede hacer el mismo proletariado sin capital?

¿Sin *capital*, sin cajas de resistencia, puede hacer eficaz ni la simple protesta de sus huelgas?

Dirán que porque les sirve de impedimento para eso y para todo, no quieren que lo haya ni que exista.

¿Pero no advierten que padecen de obsesión igual á la del enfermo que por no tener salud dijese: «Muera la salud»?

Seamos sesudos. Declamad contra el *capitalismo*, contra esa forma de la usura en grande escala de que viven los mendigos morales que compran principados. ¡Pero contra el capital! Necio es renegar de él. Al contrario, procuradlo para vuestros usos honestos,

para fundar infinitas cosas que os aseguren una buena vida.

El camino está en abaratar el capital; quiere decir, en sacarlo de las garras de la usura y ponerlo en las manos de la equidad.

Diréis que eso es imposible. No lo es. Gradualmente, se ha logrado mucho. En mi juventud, el dinero sobre hipoteca valía doble más que hoy. Figuraba en escritura á un 8 por 100; pero cometiendo una ficción, por convenio privado de las partes, se recibía 10 y se declaraba recibido 15 ó 20.

El mismo Estado no cubría sus empréstitos si no ofrecía 10 por 100, que con corretaje, cambios y comisiones ascendía á 12 y 13.

Hoy, el precio ha bajado á 4 $^{1}|_{2}$. Los particulares no insolventes lo encuentran á 5 y pico.

—Sí, pero no el pobre bracero... Ese sigue cual antes, víctima de la usura.

Es verdad. Pero en que no lo sea está el remedio, no en que deje de existir el capital. En que se cure el enfermo del mal que sufre está el punto de razón, no en que se mueran los sanos y rollizos.

¡Capital, capital abundante y barato!

Capital que cueste poco poder disponer de él y que, con la garantía colectiva del producto de vuestro trabajo, pueda llegar á vuestras manos fácilmente.

—Se nos da un jornal mezquino, insuficiente.

—Agotan y abrevian nuestra vida con un trabajo desmedido.

—Aumento de jornal.

—Ocho horas de trabajo.

Está bien. Conozco la vida externa é interna de los trabajadores de Andalucía y otras provincias. He oído sus quejas.

En rigor y en la generalidad son justas.

No deja de haber quien pone el grito en el cielo, sin la razón que asiste á la mayoría. Hay quien pide ocho horas de trabajo, y no trabaja cinco. Hay quien dice que no gana para comer, y gana más que un capitán del ejército.

Pero la generalidad tiene razón. Las ocho horas se van imponiendo, y es de esperar que en breve tiempo llegue á ser la medida universalmente observada.

El aumento de jornal en la mayor parte de

industrias y labores se impone. Lo han impuesto, sin saber lo que hacían, los legisladores *jimios* y *pedantes*, que porque en Francia regía un sistema monetario más cómodo para la contabilidad, establecieron en España ese mismo sistema; sin parar mientes en que la moneda es una *institución social*, y que sin cambiar las *condiciones de una sociedad* no se puede alterar ni cambiar la moneda.

Ya hemos explicado en otra parte cómo y por qué. No necesito volver sobre el asunto.

El caso es que á la mayoría de los trabajadores se le paga hoy en ochavos como antes (tres, cuatro reales de jornal) y se les cobra en pesetas: cinco céntimos de sal, hilo ó especias; quince por el escaso tabaco para un día, etc.

El regulador de precios debiera ser el trigo ú otros alimentos que solos ó asociados resultasen completos.

En España todo está desequilibrado. Trigo y carne se producen á la antigua y se consumen á la moderna. El trigo, al tercio; la carne, á pico, de lo que Dios quiera dar.

Así no se puede vivir. Así se explica que

la cuestión social sea en España más peligrosa que en otras partes.

No hay remedio: ó más jornal, ó vida más barata. ¿No puede compaginarse lo primero con lo segundo? Pues no queda otro recurso que *producir mucho más á menos precio.*

¿Pero está eso en las manos del Gobierno, ni en la de los patronos, ni en la de los obreros?

No.

Podía estar en las manos de todos; pero no es propio de la naturaleza humana el concierto de opuestos intereses, como no sea para disfrutar del beneficio en el mismo momento.

Pues entonces, ¿adónde volver los ojos?

A la Fatalidad. Ella, con sus penas y dolores, impondrá el remedio.

Soy andaluz. Hace años que por lógica natural induje que pronto había de pasar lo que está ocurriendo.

Cada siega sería un conflicto. Los primeros años se saldría de él, de uno ú otro modo. Quizá convirtiendo en segadores á los soldados: recurso más peligroso de lo que parece. Pero en fin, se saldría, con más ó menos quebranto, de unos y de otros.

Después... Pues después las mieses se pudrirían en el campo, pagándose las costas con la ruina y el hambre general.

Los cortijos quedarán sin arriendo. Ya hay muchos así. Para no quedar sin rentas, algunos propietarios se han visto forzados á labrarlos. Ya no seguirán haciéndolo, si quedan las mieses sin segar.

Lo demás no hay que decirlo. Cualquiera, sin ser Daniel, podrá profetizarlo...

No quiero hacerlo yo...

Gran quebranto en la clase de burgueses: muchos tendrán que echarse al hombro las alforjas, ingresando en la clase trabajadora, diezmada y casi extinguida por la emigración y el hambre...

Luego, en el campo desierto, se verá algún escuálido escarbando la tierra para obtener unas patatas ó un poco de maíz. Comerá raíces entretanto, una culebra ó un lagarto. Otra gente famélica seguirá igual camino; hasta que, á la tercera ó cuarta generación, los campos vuelvan á poblarse y ser labrados, no en grandes cortijos al tercio, sino en las pequeñas parcelas que una familia pueda cultivar y abonar por su pro-

pia mano, en sistema intensivo y no extensivo, cambiando el jornal presente por el natural y equitativo *Pagasí*.

De tal modo veo á la *Fatalidad* poner lento y doloroso remedio á lo que no han querido ó no han podido remediar los hombres.

***

Así se producirá mucho á poco precio.

—«¿Qué estás diciendo? ¡Mucho á poco precio!

«¿Pues no ves, miope de entendimiento, que ese producir desmedidamente es una de las causas principales de las quejas unísonas de patronos y obreros; y que unos y otros denuncian el acúmulo de productos y competencias en bajos precios, como el doble motivo de la ruina del fabricante y la imposibilidad de dar trabajo para obtener productos sin demanda, por ser mayor la oferta?»

¿Qué he de oponer á tan fuertes razones? No tienen vuelta de hoja.

No hay más, sino que recuerdo, siendo niño, el siguiente suceso, que me produjo honda impresión.

De Cádiz al Puerto de Santa María se trasladaban las gentes y se conducían los encargos en unos incómodos, sucios é inseguros faluchos. No había otra cosa. De ello vivían patrones y marineros, y sus familias respectivas.

Un comerciante de Cádiz estableció dos vapores de ruedas entre ambas ciudades; y como era natural, los faluchos se quedaron sin pasaje. Tantas familias sin comer, tanto patrón arruinado, clamaba al cielo.

Muchas gentes se quejaban de tal iniquidad: y aunque iban á Cádiz en vapor y no en falucho. se indignaban de que las autoridades no pusieran manos en el asunto.

Ya se ve, el alcalde y los concejales del Puerto bien quisieran. Era irritante que un vecino de Cádiz, por su egoísta provecho, viniese á quitarles el pan á un centenar de vecinos del Puerto, haciéndoles perecer de hambre. Pero, como cosa de Marina, nada se pudo hacer. Reclamaron, esforzando las razones. Y nada, las autoridades superiores cruzadas de brazos como siempre.

Entonces, desesperados patrones y marineros, decidieron tomarse la justicia por su

mano, ¿y qué hicieron? Se apostaron en la Puntilla con sus faluchos, y ¡zás! al pasar el vapor, ¡pum, fuego! Gracias que, disparando con malos escopetuchos, las balas quedaron en el casco; gracias también que el viento no les favorecía y no pudieron abordar al vapor y quemarlo, con arreglo á programa.

Por fin, las autoridades de Cádiz pudieron arañar diez ó doce carabineros, los metieron en el vapor... y rumbo al puerto.

La gente de los faluchos salió al encuentro; pero viendo que el enemigo hacía más fuego que ellos, creyeron más prudente morir de hambre más tarde que morir en aquel trance.

Después, no sé si alguno se murió de hambre efectivamente.

Lo que sé es que aquellos faluchos se fueron al Portal para conducir botas de vino á la bahía, y aun me parece que aumentó el número de faluchos; y no sé si hoy mismo, establecida la línea ferroviaria de Jerez á Puntales, mantienen la competencia.

Lo que puedo decir es que, estando hoy el Puerto de Santa María en dolorosa ruina, sólo se ve próspera, con relación á los tiem-

pos que relato, la gente de mar. Ha crecido la industria pescadora, subsisten los faluchos, patrones y marineros manifiestan una cultura muy superior á la de entonces.

Se ve, pues, que la mejora del servicio y su menor precio aumentó el pasaje, favoreciendo á todos, lejos de perjudicarles.

En esto de la ruina de las industrias por exceso y estancación de los productos, ¿no se ve repetido el caso de los faluchos, marineros y patrones?

—«No trabajen forasteros, no trabajen mujeres; no trabajéis por obra, ni menos á destajo. Nos robáis á nosotros la seguridad de que seamos imprescindibles al patrono.»

Y dice el patrono, de consuno: —«No tengo más pedidos para el mes que cien camisas. Pues diez personas que me sobran, á la calle.» Cien camisas.

—«¿Qué es eso? ¿Se produce más azúcar que el pedido? Caros colegas, comprometerse á no fabricar más que tanto azúcar.»

¿No valdría más que dijeran: «Hay menos demanda de lo que puedo producir? ¿Qué gano en mil toneladas? Mil duros. Voy á ha-

cer dos mil, ganando mil seiscientos. Se abarrota el mercado.»

Falso, de toda falsedad, bajando el precio.

Es que fabricantes como obreros pretenden ganar lo más posible con el menor esfuerzo, y este deseo natural tiene su límite.

Falso el que por tener un pedido de cien camisas no pueda haber mayor demanda.

De los dieciocho millones de españoles, dieciséis no tienen las camisas necesarias; y un millón, ni una ni ninguna.

De los dieciocho millones de españoles, dieciséis no prueban el azúcar; y uno consume la mitad que el otro millón afortunado.

Bajad 5 por 100 el precio de las camisas, y los 16 millones de españoles que las tienen insuficientes aumentarán dos veces el pedido.

Rebajad 5 por 100 el precio del azúcar, y crecerá como la espuma el número de consumidores.

Producir lo más posible al menor precio posible: de esto depende en gran parte la solución del problema social, por su lado económico.

Capital, trabajo y producto, son términos correlativos.

Suprimid el trabajo, y suprimiréis producto y capital.

Suprimid producto, y quedaréis sin capital y sin trabajo.

Suprimid capital, y os quedaréis sin producto y sin trabajo.

¿Dónde está, pues, la solución?

Pues bien claro resulta: producir más. Costando menos las cosas, gana el trabajador la posibilidad de satisfacer necesidades que antes quedaban incumplidas, incluso la necesidad del ahorro; para, de este modo, seguir el camino del progreso económico que la vida actual ha señalado, y que consiste en *convertir el capital en institución colectiva, en* COSA DE TODOS.

¿Cómo? ¿Apoderándose de él por la violencia, como se propone por la desesperación?

No. Así no se tiene capital, se destruye.

Se obtiene capital colectivo, como ya se puede ver: como váis formando vuestras cajas de resistencia.

—«Es muy lento.»

—Ya andará más aprisa. Los primeros pasos son siempre torpes y lentos. Luego, se anda mejor y á la carrera.

Por el camino actual, sin inventar nada peregrino, el capital no será el tirano, sino el compañero auxiliar del trabajo. No será de uno, *sino de la sociedad, comunidad ó compañía de los hombres trabajadores;* entendiéndose por tales, no sólo al que ara ó cuida de un telar, sino también al que produzca cualquiera cosa necesaria ó intervenga en la producción, sea industrial, artística ó científica.

Obsérvese bien la marcha natural de las cosas.

No hace mucho, el capital era del prestamista y para el señor propietario.

Hoy lo es también. Pero á su lado se levantan compañías que los ahogan ó eclipsan. Sus productos se reparten entre muchos; y en esta evolución, hemos llegado al *capitalismo*, que hoy labra con el *trust* el puñal con que se ha de suicidar.

Como todo lo vicioso y abusivo, lleva en sus entrañas el germen de la propia ruina, después de arruinar á los demás.

Frente á tan repugnante movimiento, vemos á los humildes obreros crear cajas de resistencia. Ciertamente que no alcanzan ni

para sostener las huelgas. No importa. *Ya bastarán para eso y para mucho más.*

Con ir dando á la cabeza más parte en sus determinaciones y menos al furor de la pasión, disciplinando mejor las huelgas, *no abusando de las parciales*, acrecerían el capital considerablemente.

El ochavo del obrero suma mucho más que el millón del rico.

El general de la Orden de San Francisco, comunidad de mendigos, tenía más cuantiosos emolumentos que los demás generales de otras Órdenes, aun siendo tan acaudaladas algunas como las de jesuítas y jerónimos.

Estribaba el secreto en que, de los tres reales que á cada fraile correspondían de la misa, dejaba uno para el general; y como eran de ocho á diez mil frailes, podía disponer aquél de ocho á diez mil reales diarios.

Creo pues, firmemente, que el obrero, aun en medio de su actual porvenir, tiene los medios y anda el camino que le ha de conducir á la adquisición del capital preciso, no sólo para defenderse de las imposiciones del capitalismo, sino también para llegar á este fin: *El capital para la comunidad trabajadora;*

la renta para el trabajador que por enfermedad ó vejez no pueda trabajar.

***

Me he extraviado. ¡Qué difícil es ceñir el pensamiento! De unas cosas en otras se aleja de su objetivo; y por seguir las veredas que se abren al paso, deja atrás el camino principal.

Pensaba en el conflicto agrario de las provincias andaluzas; pensaba en su estado presente, y en el próximo de completa ruina; en su resolución, en último término, por virtud de la misma Fatalidad.

¿Es propio de racionales abandonarse á ella?

Si por algo es algo la preeminencia humana, es por su lucha constante contra la Fatalidad, con sus victorias y derrotas.

Sustraernos de la fatalidad, elevarnos al imperio de la libertad: he aquí la labor de toda la historia.

¿No podremos hacer nada en el conflicto agrario de Andalucía y Extremadura, sino cruzarnos de brazos y que la fatalidad haga su obra?

Leo en los periódicos muchas declamaciones, muy pocos remedios.

Los propuestos son desacertados.

Empieza el desacierto en encararse mal.

Los obreros se encaran con los patronos y les dicen:

—«Auméntame el jornal.»

Los patronos se encaran con el Gobierno, y le dicen:

—«Reprime estas turbas. Haz que yo recoja mis cosechas. Alíviame las cargas.»

No es eso, ni eso arregla nada.

Como cuestión social, hay que encararse con el sol y la tierra, y con las plantas, y con el agua, y con los albergues y las gentes que los habitan, y con la infinidad de complexos que constituyen la vida de cada pueblo; y en último término con el Gobierno, que es precisamente lo que primero se nos pone por delante.

El problema sólo tiene dos soluciones; la fatalidad misma no podría darle una más.

Ella lo haría en mucho más tiempo y á costa de mayores dolores.

Precisa examinar cuáles son dichas soluciones.

Pues son precisamente la *socialista* y la *anarquista*.

Hablo conmigo y no me asusto. Pero si lo escrito se llegase á leer, asustará al lector.

Abocada la imposibilidad de continuar así obreros y patronos, mal los unos, arruinados los otros, quedan asociados en la común desgracia, y asociados también en una aspiración: en buscar algún remedio.

El remedio está, sin duda alguna, en hacer más fructífera la tierra; *en producir más á menor precio*. Porque, es evidente: recogiendo á cinco por semilla, uno para la semilla y quedan cuatro; otro para la contribución y quedan tres; otro para la renta y quedan dos; otro para el capital y queda uno; y ese uno apenas basta para la más mezquina retribución del trabajo del jornalero, tan insuficiente y mezquino como la retribución.

Si en vez de obtener por un quinquenio cinco por simiente se obtuviesen quince, ya sería otra cosa. Labrador y trabajadores podrían ser recompensados por los productos de la misma industria.

El problema, por consiguiente, se reduce

á lo que ya tenemos dicho: producir más y á menos precio.

¿Pero cómo se produce más, ó cómo se hace más productiva la labor?

Esta es la cuestión. A ello se oponen graves dificultades. Porque es simple el suponer que los actuales labradores no recojan más frutos porque no les dé la gana. A poder, no hay duda que tendrían todos los años cosechas abundantes.

¿Por qué no pueden?

Pues por muchas causas que son superiores á sus fuerzas.

Primera: el sistema de barbechos.

Tener que labrar un predio de 900 fanegas de tierra para no sembrar más que 300, es doloroso. ¿Pero qué va á hacer? Si sembrase las 900, no recolectaría ni la semilla.

No es posible; no se puede abandonar el sistema de barbechos, si no cambian las condiciones sociales. Para abandonarlo y reemplazarlo por labores intensivas, se necesita abonos abundantes y económicos. ¿Dónde encontrarlos actualmente? ¿Abonos artificiales? Unidos á los naturales, son gran cosa. Sólos, ineficaces el mayor número de veces.

Sin agua oportuna que los disuelva, cáusticos y perjudiciales. ¿Qué labrador dispone de capital para abonar mil hectáreas? ¿Dónde están los caminos en otoño é invierno para transportar dichos abonos?

Siquiera, labrando al tercio, el aire, el sol y el agua meteorizan la tierra. Las yerbas que espontáneamente nacen, las consume el ganado y las devuelve en forma de abono, siquiera sea escaso.

—«Pues que el terrateniente en grande deje la labor y dé paso á los braceros pobres para que se arreglen como puedan.»

En eso se vendrá á parar; pero que no se engañe á nadie. Los braceros tropezarán, labrando pequeñas parcelas, con las mismas dificultades que los actuales labradores y algunas más, si bien algo compensadas en determinadas circunstancias por algunas ventajas.

En primer término, los braceros no podrán labrar más allá de una legua del pueblo de su residencia. Tendrían que instalarse en el mismo punto del cultivo. Ya lo hacen algunos, construyéndose chozas y viviendo en ellas. Pero son pocos los que se avienen á este género de vida; las mujeres andaluzas sobre

todo, prefieren mendigar á separarse del pueblo, de la iglesia y del comadreo con la vecina. Tan es así que, en las visitas que se hagan á las chozas de los actuales pegujaleros, el mayor número de veces se encuentran cerradas. Si por ser tiempo de siembra, escarda ú otra labor precisa, el hombre se encuentra allí, la mujer excepcionalmente; y si tiene hijas mocitas, mucho menos.

—«La necesidad hará variar esas costumbres.»

—Trabajo y tiempo ha de costar; y si se atiende á otras circunstancias, se verá que en la mayor parte de los distritos rurales esa extensión de los albergues es del todo imposible. Descártese primeramente los pagos donde no hay ni una gota de agua para beber. Muchos cortijos conozco en que no hay agua ni de pozo, apenas terminada la primavera. En carros tienen que traerla de una ó dos leguas de distancia, si es en la campiña: en burros ó mulos, con cántaros, si el agua está en la sierra. Hay ganados de labor que sólo beben cada cuarenta y ocho horas.

Pues descartemos también los pagos que quedan incomunicados con el resto del mun-

do en el invierno, ya por los riachuelos convertidos en torrentes, ya por los lagunazos y torrentes empantanados donde se sumen hombres y caballerías.

Descartemos además los terrenos palúdicos, donde sólo puede habitar la muerte.

Descartemos los pagos donde no hay más que tierra calma, donde en tres ó cuatro leguas á la redonda no se ve una mata ni se divisa un árbol, donde la comida de los gañanes hay que hacerla con fuego de boñiga; y digan si quedan en condiciones de laboreo intensivo poco más que los ruedos de poblado.

No hay que engañarse. No hay que engañar á los pobres braceros, señalándoles como panacea á sus males la división de las propiedades.

No se engañen hombres que pasan por ilustrados, echando la culpa de todo á los latifundos. Los latifundos subsisten, porque las condiciones sociales no permiten otra cosa. ¿Qué más quisieran los poseedores de latifundos, sino que viniesen cien personas á comprárselos en cien pedazos, por módico que fuera el precio?

No hay que darle vueltas: las cosas están

como están, porque no han podido estar de otra manera. Hoy no pueden seguir así; y no hay más remedio, por doloroso que sea, que cambiar de postura. ¿Qué postura se ha de adoptar? Pues dos diversas: la socialista ó colectiva, la anarquista ó individualista. La última la veo más fácil, donde haya condiciones para ello: en los ruedos de poblado, en los campos de fácil acceso, donde haya agua para beber al menos, donde haya leña, donde no reine el paludismo.

Para esto, lo que es esencialmente indispensable es cierta educación en el obrero: educación moral é instrucción agrícola.

Un pobre, enfermo y roto, vino á mí (hallándome en el campo) á pedirme una limosna. Díjome tener mujer y cuatro hijos, y estar imposibilitado para trabajar.

En efecto, piernas y brazos estaban sembrados de úlceras y manchas. Me compadecí. Le prescribí medicación y le dije que yo le podía dar un pedazo de tierra de bujeo, con un pozo abundante y poco profundo, donde casi sin trabajo podría poner un melonar y remediarse. Así lo hizo. Levantó un chozasgo; en él se estableció con su mujer y sus

hijos. Entretanto, le proporcioné trabajo para que ganara jornal.

Al mes, el hombre estaba bueno; y sus esqueléticos hijos, gordos y rollizos. Tuvo una buena cosecha de melones: me confesó haber sacado de ellos cien duros. Después sembró pimientos, y en unas y otras cosas prosperó bastante. Pero una vez aplacado el hambre, se le despertaron otros apetitos: el aguardiente y la vida de taberna. La choza estaba casi siempre vacía ó con los chiquillos abandonados, campando por sus respetos. Los pegujales, descuidados; y á falta de sus abundantes productos, le pareció al buen hombre lo mejor robarme las aceitunas, llevándoselas en sacos por la noche.

Mandarle á presidio no era difícil; ¿pero qué culpa tenían los chiquillos, para sufrir la pena?

Me pareció lo mejor echarle de la finca; pero me costó año y medio conseguirlo, ya porque tenía sembrado esto ó aquello, ya con uno ú otro pretexto. Y todavía no faltó abogado de secano que le soplara á la oreja, proponiéndole que me pusiera pleito por *probe*. Y así lo hubiera hecho, si no fuese por el

temor de tener probado el robo de las aceitunas.

Es decir, que con buena tierra, gratis, de riego, y ayudado con jornal, aquel infeliz, por mal educado y vicioso, volvió á la miseria.

—«¿Y cómo se educa á esas gentes ignorantes y rudas?»

Pues por lo pronto, dejadles que hablen y discutan los unos con los otros en sus sociedades públicas, lean periódicos y los comenten. No conozco medio educativo más eficaz ni rápido.

Por curiosidad, que el lector asome las narices por una de esas reuniones, y luego visite una sociedad de obreros de esas que están bajo el patrocinio de personas bien intencionadas, á cambio de afiliarse en un *partido manso de socialistas católicos.*

Vea y compare: vea cómo se avispan y discurren los primeros, y cómo se encazurran y encapotan los segundos.

Entre los unos se respira bullicio, vida y libertad; entre los otros reserva, silencio y peso de autoridad.

No conozco dinero más perdido que el que

gastan esos buenos señores en querer fabricar socialistas para el uso de sus tranquilas inclinaciones.

Resumiendo: paréceme factible remediar en parte el conflicto por virtud de la fuerza individual, aplicada al cultivo, en provecho del mismo cultivador bracero. Pero sólo en parte, y esa pequeña, por las obvias razones ya expuestas.

Ahora, donde no hay caminos transitables, donde hay riachuelos y arroyos aisladores, donde el terreno se empantana, donde no hay agua ni leña, donde el paludismo amenaza la vida, aquí no cabe más remedio que el de un *cierto socialismo* en que, desde el peón que sólo cuenta con sus brazos, hasta el capitalista y el Estado, todos á una, contribuyan con su voluntad y con su esfuerzo á que la tierra produzca cuanto debe producir.

Esta asociación, esta verdadera asociación mancomunada de intereses, tiene que abarcar necesariamente en estrecha unidad elementos tan diversos como son los de braceros, capataces, directores de labores, propietarios, accionistas, Municipios, Diputaciones

provinciales, Estado y directores de la asociación.

El objeto de ella ha de ser la explotación de la tierra en grande escala.

La ciencia agrícola tiene demostrado que el cultivo intensivo sólo puede llevarse á efecto de dos modos: ó en pequeñísimas parcelas atendidas individualmente—sistema japonés; —ó en grandes latifundos llevados por poderosas Compañías.

No es posible obligar al labrador ó propietario de Andalucía á que éntre en ellas: pero es muy posible que, ante la ruina que le amenaza, no tenga inconveniente en aportar su propiedad, aperos y ganados, previo justiprecio, á la Sociedad agrícola; tomando, en cambio, acciones de la misma, garantidas con hipoteca de la propiedad que aporte. Los braceros entrarán en la Sociedad como parte integrante de ella, recibiendo semanalmente un adelanto en forma de jornal, y el dividendo en las ganancias que les correspondan semestralmente. Los capitalistas darán empleo á su dinero en acciones, como acontece en otro negocio cualquiera.

En realidad de verdad, ninguno hay más

seguro que la agricultura. Toda riqueza sale de la tierra y del trabajo de la misma.

Si en determinadas regiones produce poco ó nada, es porque se vive en el absurdo; se quiere que la tierra dé para todo espontáneamente, sin trabajo.

Es preciso decir la verdad: en Andalucía, fuera de algunas viñas y algunos ruedos, por no haber agricultura... ¡ni *tierra agrícola!*

La tierra apropiada para rendir productos no es toda la que designamos con el nombre genérico de *campos*. Los campos, para que se conviertan en territorio agrícola, es indispensable *hacerlos*. Pretender que el cultivo empiece en lá siembra y acabe en la recolección, es el error que actualmente cometemos. Antes de la siembra *hay que hacer la tierra*. Esta es tan pródiga, que apenas se le rompe la corteza comienza á producir; y este mismo producto es el que ciega y engaña, haciendo creer que no hay que hacer más de lo que se hace.

Que no existe agricultura en Andalucía, se prueba con los datos que señalan lo que dejamos dicho.

Hay muchos cortijos aislados por las aguas

en determinadas estaciones. ¿Puede labrarse así? ¿Es eso agricultura?

Hay muchos en que no existe ni agua para beber. ¿Es eso agricultura ó aperreo?

Hay muchos en que se carece de leña, y hay que guisar con boñigas. ¿Es eso agricultura, ó es el colmo del abandono más supino y la más ciega ignorancia?

¿Hay pagos que las aguas dejan aislados? Pues á una Compañía con capital suficiente le es fácil hacer los puentes ó alcantarillas que remedien el mal. Pueden y deben auxiliar las obras el Municipio, la provincia ó el Estado.

¿Se empantana el camino y se pone intransitable? Pues una Sociedad puede desecar el terreno, *drenarlo* ó dar curso á las aguas detenidas, cosas que no puede hacer el labrador de hoy.

¿Hay pagos donde no hay ni agua para beber en el verano? Pues á una Compañía le es fácil traerlas ó recogerlas en cisternas durante el invierno.

¿Hay pagos que carecen de leña?

Pues lo primero que hay que hacer es dedicar las parcelas convenientes para pinares, monte y bosque.

No se olvide lo que dejamos indicado. El terreno agrícola no existe por sí solo; es preciso que lo haga el trabajo del hombre. No se hace en un día ni en un año, pero en compensación, va mejorando y haciéndose más productivo á medida que más se labra y más se abona; de modo que, lejos de esquilmarse, como hoy sucede, más produce cuanto más se labra y se le hace producir. De aquí resulta que la agricultura es el negocio más seguro en sí y más reproductivo.

Podrá en el primero, segundo y tercer año no cubrir los gastos, cosa común en todas las empresas; pero es evidente que al cuarto ó quinto empezarán los rendimientos y seguirán más pingües.



Ya lo véis, mujeres gaditanas; en vosotras he estudiado el génesis de la cultura que sirve de apelativo á vuestro pueblo, y bien puedo decir que casi el mío.

En sus rocas de moluscos tomé la primera clave de vuestra civilización.

Ved lo que sois y valéis; vuestras prendas

y condiciones no son hijas del acaso, sino cristalizaciones naturales de vuestra sangre y vuestra historia.

También podéis echar de ver que, habiendo procedido en el estudio por medio de la observación y por los procedimientos de las ciencias naturales, hemos llegado á conclusiones ciertamente éticas, resultando de ello la siguiente conclusión: *A una ley obedece el Universo*, desde la piedra tosca, á la comunidad de las criaturas.

La ley por que aparece en el vegetal la flor y el fruto, es la misma ley que lleva al hombre á su destino.

Y puesto que la cultura gaditana es el carácter más saliente de su pueblo, y pues la cultura se debe á la educación del corazón por el amor materno principalmente, vosotras tenéis el deber de continuar la misión social que venís desempeñando.

Lo que, por naturaleza, sangre y casta, venís haciendo sin saberlo y con bastante fruto, de hoy más hacedlo sabiéndolo y deliberadamente.

Conviene que os *asociéis* para tal fin, y que bajo este aspecto seáis socialistas.

Entrad en actividad y empujad á vuestros hijos á que sean activos.

Estableced escuelas bisexuales gratuitas para ricos y pobres.

Declarad guerra á los Casinos y Sociedades unisexuales por groseros y egoístas, cuando no inmorales y viciosos.

Si no podéis suprimirlos, invadidlos. Id á ellos y trocad sus salones de juego en salones de música y tertulia, donde hombres y mujeres aprendan á respetarse y estimarse.

Redimid, como verdaderas esposas de Jesucristo, á los hijos del pecado. Haced que se dignifiquen por la educación y por sus propias obras.

No arrojéis al basurero las conchas que arrastre el oleaje de la ciega Naturaleza, porque de ella hemos nacido; y ya habéis podido ver que todo surge del limo de la tierra.

Extended vuestra *propaganda por el hecho*, haciendo, ejecutando, asociándoos para estos fines y otros de importancia social; para que vuestro ejemplo *sea ejemplar maestro* y salga de las murallas gaditanas y se extienda y difunda á Málaga, Alicante, Cartagena, Valencia, Barcelona y hasta el Cabo de Creus, y

del otro lado del Guadalquivir al Bidasoa.

Continuad siendo mujeres.

Para nada de esto necesitáis, como ahora se pretende, que os convirtáis en hombrunas.

Haced todo esto sencillamente, con las condiciones naturales que en vosotras he advertido y declarado: con modestia, perseverancia, limpieza y amor.

Cada siglo tiene su misión que cumplir; y este siglo, á cuyas puertas penosamente he arribado, no puede ser estéril.

Os lega el mío aprisionado el vapor, sustituyendo con ventaja á la fuerza del esclavo y de los animales.

Os deja el rayo convertido en luz y palabra y calor y movimiento.

Os deja al alcance de los ojos el mundo de lo pequeño, antes invisible.

¿Qué misión es la vuestra?

Dar cuerpo al ideal presente.

Restar dolores.

Llamar al goce de la vida á las capas humildes.

Desarrollar las múltiples aplicaciones que ofrecen los adelantos de los antecesores.

Continuad el estudio de los problemas físi-

cos, biológicos, etc., que nos conduzcan al mejor conocimiento de las cosas, con el noble fin de perfeccionarnos.

Bajo tal concepto, el siglo que comienza tiene una misión esencialmente ética.

El pasado deja en litigio el gran problema: el terrible problema *del bien* y *el mal.*

¿Queréis verlo planteado?

No quiero recurrir á los publicistas extranjeros; no es preciso. La mayor parte de los que corren hoy de boca en boca dejan dudas sobre su integridad intelectual. Creedme: también en esta pobre y atrasada España hay alguna que otra persona que discurra, que discurra bien, y seguramente cuerda.

Transcribo á ustedes, amables y amadas mujeres gaditanas, el pensamiento de dos cerebros españoles, sanos y bien robustos:

«DESPUÉS DEL JUICIO

»De toda eternidad venía el Sér Supremo »complaciéndose en sus soledades. ¿Cómo, »cuándo, por qué surgió en el espíritu infini»to la idea de la Creación? ¿Qué motivo pudo »determinar que fuera un momento ese mun-

»do que nunca antes fue y nunca después
»será? ¿A qué ese Universo cuya vida, por
»más que se dilate en inmensidades de siglos
»llenará apenas un instante fugitivo en la
»inmortalidad del eterno solitario del cielo?
»¡Quién sabe! Ellos así lo cuentan. En un
»instante indivisible del infinito tiempo, la
»mente divina concibió el plan y la voluntad
»absoluta se determinó á ejecutarlo. Enton-
»ces se realizó el gran milagro. De nada se
»hizo todo. A impulso de la voz creadora
»surgieron el espacio, la materia, la fuerza,
»la forma. Los mundos llenaron la extensión
»vacía. La luz iluminó los ámbitos; el calor
»vivificó los seres. La vida nació en el seno
»de lo inorgánico. Sopló Dios, y apareció el
»alma.

»Tiene el aislamiento sus inconvenientes,
»pero también sus ventajas. La creación fue
»para su autor motivo de grandes preocupa-
»ciones y cuidados. El hombre, sobre todo,
»le dió muchísimos disgustos. Eligió como
»suyo á un pueblo, y le resultó díscolo, in-

»fiel, corrompido, idólatra. Envió á su propio hijo para redimir á los humanos del pecado, y la redención alcanzó á muy pocos, y los humanos siguieron pecando. Luego vinieron las revoluciones, la ciencia, el descreimiento. La Santa Iglesia de Dios sufrió muchas tribulaciones. Bien es verdad que, en compensación de tamaños sinsabores, los hombres dieron á su divino Creador el espectáculo de tantas y tantas tonterías, que más de una vez en el transcurso de los siglos la faz del Altísimo se desarrugó y de sus labios brotó la risa, sin ser parte la propia voluntad omnipotente á contenerla.

—

»Aun no fue el de la impiedad el más triste de los espectáculos que el mundo ofreció á su autor. Dominando el *hosanna* de los sacerdotes, mezclado y confundido con el holocausto de los fieles, llegó incesantemente á sus oídos el inmenso gemido que exhala la creación entera, el bárbaro clamor de la cruel batalla de la vida, el grito del dolor, la queja de la opresión, el sollozo

»del infortunio, el rugido de la desespera-
»ción y el estertor de la agonía. Oyó llantos,
»blasfemias, maldiciones, conjuros, ruegos,
»alaridos, ruido de cadenas y rechinar de
»dientes. El mal entero de lo creado, toda la
»abominación de la existencia se alzó hasta
»su trono inmortal como una protesta y un
»lamento. ¡Cuántas, cuántas veces en la lar-
»ga duración de las edades, el Artífice del
»Universo, conmovido por el inmenso infor-
»tunio de los seres, contemplando la desdi-
»chada condición sus criaturas, á fuer de
»sabio, á fuer de santo, á fuer de misericor-
»dioso, á fuer de justo, se habrá sin duda
»arrepentido de su obra!

—

»Todo acaba en el mundo, el mundo in-
»clusive. Apareció al fin la aurora del día
»anunciado, del día temido, del día de la
»justicia, de la ira, de la expiación y del
»juicio. Todos los culpables de haber vivido
»comparecieron como reos en el valle de Jo-
»safat. El Juez ocupó el estrado. Abrióse el
»juicio oral y público. Ofició el fiscal, y el

»ángel guardián de abogado. Uno á uno, »todos los humanos fueron desfilando ante el »temido tribunal. Luego, muy largo tiempo »duraron los debates forenses. Mas pronun»ciada al cabo la inapelable sentencia, dióse »al mundo por finiquitado, pasando á sus res»pectivas y perdurables moradas los santos y »los réprobos.

—

»Una vez ultimada la liquidación definiti»va de la vida, plugo á Dios contemplar el »resultado. Y he aquí lo que vió. Allá arri»ba, en inconmensurables alturas, un puñado »de justos gozaba la beatitud un tanto mo»notona de la paz, la bienaventuranza eter»nas. Allá abajo, en el insondable abismo, »la inmensa, la prodigiosa muchedumbre de »los condenados, se retorcía desesperada en»tre tormentos sin nombre que nunca deben »acabar. Y entre el cielo y el infierno, el »Universo, vuelto al cáos, aparecía informe, »monstruoso, oscuro, frío, desolado, como »un enorme cementerio de mundos muertos.

»De nuevo resonó potente entonces por las

»huecas concavidades del vacío la voz au-»gusta á cuyo mágico conjuro la creación un »día saliera de la nada. Y aquella voz decía:

»—Pues señor; bien pensado, la verdad es »que he hecho un pan como unas hostias.»

ALFREDO CALDERÓN.

—

Ahora leed esto. Es más breve:

«EL DOLOR

»El dolor no es para las sociedades ni para »los individuos un estado transitorio, una »consecuencia pasajera de circunstancias es-»peciales ó deplorables errores, sino una ne-»cesidad de nuestra naturaleza, un elemento »indispensable de nuestra perfección moral. »Por eso no debemos mirarlo como un ene-»migo, sino como un amigo triste que ha de »acompañarnos en el camino de la vida.

»Imaginemos si es posible una sociedad sin »dolores, y creyendo encontrar una mansión »de delicias, hallaremos un pueblo de mons-»truos repugnantes. El que nc recibe más

»que impresiones gratas, se degrada física y »moralmente, se envilece sin remedio. Sin »lucha. sin contrariedad, sin abnegación, »sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, »no es posible moralidad y virtud.

»¿Quién cambia los groseros instintos en »elevados afectos? El dolor: la amistad, que »no existe sin los amargos días de prueba; »el amor, que se purifica orando junto á un »lecho de muerte ó sobre una tumba queri»da; el afecto maternal, tan sublime en sus »temores y en sus penas; el heroísmo, que »bajo cualquier forma que se le considere se »riega con lágrimas ó con sangre; el arre»pentimiento. que no existe sin la amargura »de la falta: el perdón, que ha saboreado el »desconsuelo de la injusticia: todo cuanto »hay en el hombre grande, puro, santo, »¿dónde tiene su origen? En el dolor. Exami»nemos bien todo lo que nos interesa, nos »conmueve, nos admira, nos entusiasma, y »hallaremos en el fondo algún dolor como la »raíz necesaria.»

Concepción Arenal.

FIN

EL
VEIN-
TIDÓS . DE
SETIEMBRE
DE.MIL NOVECIEN-
TOS.DOS.SE.TERMINÓ
LA.IMPRESIÓN.DE.ESTE
LIBRO . EN . MADRID
EN.LA.IMPRENTA
DE . IDAMOR
MORENO
CRUZA-
DO


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 07 07 13 026 8